MUNDO HISPANICO



Número 146
15 pesetas

VIAJE DE BUENA VOLUNTAD

PLIEGO DE ALCANCE



EL 22 de marzo pasado, después de sobrevolar Washington, un avión de la compañía española Iberia aterrizaba en el aeródromo nacional de la capital de los Estados Unidos. Había esperanza en la espera, solemnidad en el recibimiento, alegría en la llegada. El ilustre viajero a quien tan grata y amistosamente se recibía era el ministro español de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, que llegaba con su esposa y un séquito de cinco personas en un viaje que sin duda habrá de contar mucho y positivamente en el futuro entendimiento y cooperación entre Norteamérica y España.

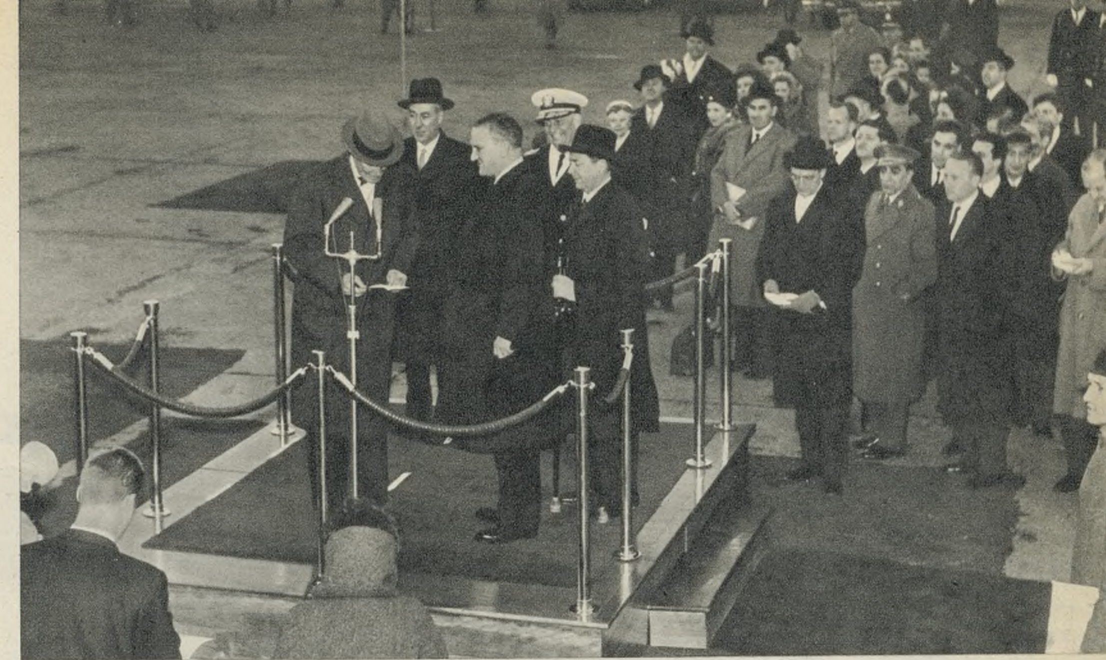
«Espero que mis entrevistas con las autoridades norteamericanas contribuyan a estrechar y mejorar aún más las relaciones entre España y los Estados Unidos», había dicho Castiella nada más tomar tierra. Mr. Herter, secretario de Estado norteamericano, que le esperaba, expresó su gran placer al darle la bienvenida.

El programa de trabajo del ministro español en Washington ha sido intenso y difícil de traducir a palabras. Y su visita, de un significado como el futuro se encargará de confirmar en

su gran trascendencia. Las impresiones de Castiella sobre el interés de los Estados Unidos y su amistad por España quedaron reforzadas después de las francas conversaciones que sostuvo con Mr. Herter y tras la conversación, de cuarenta y cinco minutos, con el Presidente Eisenhower en la Casa Blanca. Castiella quedó profundamente impresionado por la cordialidad con que le recibió y trató Eisenhower. Igualmente significativa e importante fué la reunión organizada en homenaje a nuestro ministro por el Comité de Relaciones Exteriores, en el Senado. Y definitivamente revelador de la poderosa humanidad, de la valía intelectual y moral, de la talla política de Castiella, su discurso en la Universidad de Georgetown ante una audiencia de 2.000 personas. Después de serle entregado a Castiella el Premio «Axsaca», creado como homenaje a los cinco jesuítas españoles que murieron en Virginia treinta y siete años antes de que allí llegaran los primeros colonizadores ingleses, el ministro español hizo un amplio, documentado, honesto y claro resumen de la política española durante los últimos años, esclareciendo actitudes españolas que muchas gentes se han empeñado en oscurecer, abordando la guerra del 98 con los Estados Unidos y la serenidad con que hoy puede estudiarse aquel conflicto. La obra española en América, la presencia de España en Africa, la consciente neutralidad que, en medio de las circunstancias más desfavorables y adversas, ha mantenido España a lo largo de más de siglo y medio, desde las guerras napoleónicas, y que tan decisiva ha resultado, especialmente en la segunda guerra europea; el pleito aparte que supuso la presencia de la División Azul en Rusia, en una lucha ideológica y material contra el comunismo; la doble raíz moral y práctica de nuestro anticomunismo y las paradójicas dificultades que esta actitud nos ha creado; la constante política exterior española, preocupada por Iberoamérica, de cuyas inquietudes participamos tan entrañablemente; la integración occidental, las relaciones entre los Estados Unidos y España y el momento optimista de nuestro país cara a un futuro más próspero, fueron algunos de los temas más importantes aludidos por Castiella.

Luego, después de las jornadas políticas de Washington, Castiella vivió en Nueva York lo que podríamos llamar jornadas económicas. Si el alcalde de la ciudad, Robert F. Wagner, le hizo entrega de la llave de oro de la puerta principal del Ayuntamiento, el Instituto Español y la Cámara Hispanoamericana de Comercio le abrieron las suyas de par en par en un agasajo de honor, al que asistió, entre numerosísimas personalidades, el secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld. Ante la selecta concurrencia, el ministro español expuso los avances de nuestra estabilización económica, el signo favorable de nuestra actual balanza de pagos, las liberaciones previstas en las importaciones españolas y la modernización de los aranceles.

El éxito logrado por Castiella en esta embajada extraordinaria, la admiración y elogio ganados por su persona, la importancia de su visita, han sido cosas que la prensa norteamericana ha reconocido, incluso periódicos tan poco amistosos hacia España como el diario «New York Times». En Norteamérica Castiella ha dejado la noble rúbrica de España con inteligencia, con claridad, con honor. Como entre amigos.





LLEGADA Y BIENVENIDA

Ofrecemos en estas páginas algunos testimonios gráficos de la llegada del ministro español de Asuntos Exteriores a Washington y de la bienvenida y homenajes que le fueron tributados.—A la izquierda: Herter y Castiella se encuentran: diálogo amigo.—Sobre estas líneas: Bienvenida en el aeropuerto y revistando las fuerzas.—Abajo: Herter, Castiella y nuestro embajador, José María de Areilza, acompañados de sus respectivas esposas, en el transcurso de una solemne fiesta.

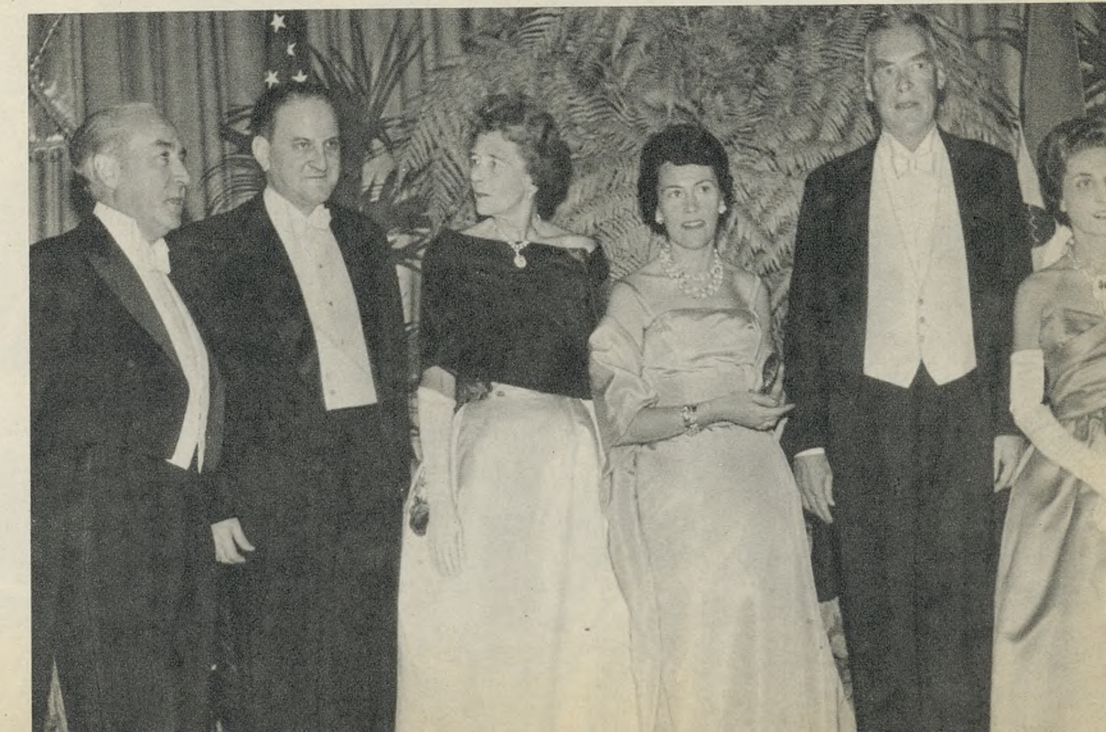






FOTO: CONTRERAS

BARAJAS: REGRESO FELIZ AL HOGAR

El martes 29 de marzo, un avión de la Iberia tomaba tierra en el aeropuerto transoceánico de Barajas. De él descendía, sonriente, con la alegría que produce siempre el regreso al hogar, el ministro español de Asuntos Exteriores. «Regreso extraordinariamente satisfecho de este viaje oficial a los Estados Unidos, porque he podido comprobar de cerca cuán sólidos son los lazos de amistad y el espíritu de colaboración que existe entre la gran nación americana y España.» Estas fueron las palabras de nuestro ministro. Y esta llegada suya a Barajas era el final feliz de un viaje de buen entendimiento entre los dos pueblos y de un panorama de trabajo fecundo y alentador para el mañana. El avión nos ha hecho hoy a todos más vecinos y parientes.—Encima de estas líneas: Castiella, con su perfil viajero, acompañado de su esposa, a su llegada a Wáshington y de regreso en Barajas.—Bajo el texto: Recibiendo el abrazo de bienvenida de sus colegas los ministros de Comercio, Agricultura y Aire.

FOTO: CONTRERAS



ESPAÑA 1960

Texto del discurso pronunciado por el ministro español de Asuntos Exteriores, excelentísimo señor don Fernando María Castiella, en la Universidad de Georgetown

El honor que se me dispensa al pedirme que hable ante ustedes no es debido a mis méritos personales, sino en razón del cargo que inmerecidamente ostento. Es una prueba de amistad y de interés hacia España, lo cual me halaga mucho más.

Voy a hablarles de la política exterior de España en este siglo. Me esforzaré en ser breve porque no debo abusar de su paciencia. Un gran escritor español, Francisco de Quevedo, decía que el único robo que no se perdona es el del tiempo, pues hay la imposibilidad física de devolver la cosa sustraída.

Trataré solamente de aludir a algunos aspectos que me parece de especial interés, particularmente para ser expuestos en esta distinguida Universidad de Georgetown, en la que se alberga la primera escuela de diplomacia de los Estados Unidos.

DEFENSA DE LA VERDAD

Les hablo de España en un intento de esclarecer algunos puntos oscuros, porque mi patria es un tema confuso para muchas gentes. Tiene y ha tenido siempre eso que ahora se llama «mala prensa». Antiguamente sufrió de la Leyenda Negra, que era la «mala prensa» de su tiempo. Recuerden ustedes. A partir del reinado de Felipe II empiezan a circular por Europa grandes acusaciones contra España. Se citan unos nombres que han rodado por todos los libros de historia o por las obras literarias, a través de los siglos, como si fueran grandes vergüenzas de España: el duque de Alba, Torquemada, la Inquisición, el príncipe Don Carlos, los conquistadores de América, la colonización...

Una serie de escritores, y aún peor, de historiadores, que olvidaban la imparcialidad de su profesión, tomaron partido contra España, y toda nuestra historia fué deformada burdamente, conforme a una imagen prefigurada. No se reparó en medios para presentarnos ante el mundo como un pueblo intolerante, fanático y feroz. Afortunadamente, en la época moderna, se han hecho esfuerzos inmensos por restaurar la verdad histórica española por parte de una verdadera escuela científica hispanista, dentro de la cual los Estados Unidos han tenido brillantísimos representantes, como Charles Lummis y William Thomas Walsh.

Hoy, cuando todavía muchos juzgan a España desde los mismos falsos puntos de vista—a pesar de tantos esfuerzos para reconstruir la verdad—, padecemos la hostilidad de un sector de esa nueva clase de historiadores, los periodistas, los hombres que escriben—como ha sido dicho con acierto—, «la historia universal de las últimas veinticuatro horas». Me refiero a ciertos elementos de la prensa mundial que, imitando a los escritores sectarios de la Leyenda Negra, día a día silencian o deforman la verdad de España.

Pero esta nueva persecución ya no cae únicamente sobre nosotros, puesto que es un mal extendido en nuestro tiempo. También los Estados Unidos la padecen y también vuestro país, a pesar de vuestros poderosos medios de difusión de las noticias, de lucha contra las informaciones falsas, comienza a sufrir esa hostilidad de los que utilizan la noticia como instumento de una política determinada, como elemento exclusivo de acusación y no como relato honrado de la verdad.

LA GUERRA ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Ese estado emocional de confusión y falsedades que es capaz de crear una prensa decidida a ello—permitidme que os lo diga sinceramente—no estuvo ausente del único choque que hemos tenido con vosotros. El siglo XX empieza para España bajo la impresión de una derrota, inferida precisamente por los Estados Unidos en lo que se ha llamado *the splendid little war*, quiero decir la guerra del 98.

Al cabo de medio siglo, España contempla aquel conflicto sin rencor y sin el menor complejo de culpabilidad.

En este sentido debo rendir homenaje a la serenidad y a la elegancia con que algunos historiadores y escritores de los Estados Unidos reflexionan actualmente sobre los orígenes de aquella guerra.

Recordemos, por ejemplo, a uno de los más distinguidos diplomáticos y escritores norteamericanos: George Kennan, antiguo embajador en Moscú. Kennan, hace nueve años, en el primer capítulo de su libro *American Diplomacy, 1900-1950,* al referirse a la decisión del Gobierno de los Estados Unidos de ir a la guerra contra España, dice: «Esta decisión debería más bien ser atribuída al estado de la opinión americana, al hecho de que aquél era un año de elecciones para el Congreso, al descarado y en verdad fantástico belicismo de un sector de la prensa americana y a las presiones políticas que, en forma tajante y desenfrenada, fueron ejercidas sobre el Presidente desde diversos sectores políticos.» Así, la guerra comenzó, como dice Kennan, cuando «las posibilidades de un arreglo por procedimientos pacíficos no habían sido ni mucho menos agotadas».

Coincidiendo con estas palabras, otro compatriota vuestro, el periodista Herbert Agar, uno de los autores del libro *The Americans,* editado en Londres en 1956, dice, al referirse a la creación de la opinión pública por medio de la prensa: «En 1898 los Estados Unidos libraron una de las más innecesarias guerras de la Historia, la llamada guerra hispanoyanqui. Y la llamo innecesaria porque, antes de empezar, el Gobierno español había accedido a todas las concesiones reclamadas por el Gobierno norteamericano.

»Pero por aquel entonces, dos propietarios de periódicos —Mr. William Randolph Hearst y Mr. Joseph Pulitzer—habían logrado suscitar tales pasiones y odios en el pueblo americano,

que el Presidente había perdido las riendas de su propia política exterior. Comunicó al Congreso que España había cedido en todos los puntos. A pesar de ello, el Congreso, sin más, declaró la guerra.»

Contemplados los sucesos con la perspectiva de más de medio siglo, ¿cuáles han sido los resultados de aquella contienda? Comprenderán que no intente contestar ahora a esta pregunta.

En todo caso, el 98 representó para nosotros la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La nación descubridora del Nuevo Mundo, la patria de De Soto, Coronado y fray Junípero Serra, no poseía ya un solo palmo de tierra en este continente. España cerraba un capítulo de su historia en beneficio de la más completa libertad de los países americanos. Sesenta años después otras potencias europeas aún conservan colonias en América. España puede señalar esta paradoja con títulos de autoridad suficientes, porque en nuestros días, en que parece que sólo la violencia es escuchada, propone soluciones pacíficas a un problema de índole semejante que está planteado en su territorio.

Nos fuimos, pues, de América, pero aquí ha quedado una veintena de naciones que poseen nuestra fe, lengua y cultura. Nos fuimos también de Filipinas, pero en esas islas, tan amadas de España, hemos dejado la única nación cristiana del Extremo Oriente.

ESPAÑA EN AFRICA

Con el comienzo del siglo, nuestra política exterior se centra sobre otros problemas. La atención española se vuelve hacia el continente vecino. La despierta y sensible conciencia española de los problemas africanos se explica por nuestra historia y nuestra geografía. Quisiera aclararles el concepto recordándoles que España es, en realidad, un país que, por estar situado en la encrucijada de dos continentes, participa, en cierto modo, del destino de ambos, como—al otro extremo del Mediterráneo—le ocurre a Turquía con Europa y Asia. Así, pues, no en virtud de una aventura o expansión colonial de tipo decimonónico, sino a causa de estos poderosos motivos histórico-geográficos, nada de lo que suceda en Africa puede sernos indiferente.

Nosotros habíamos estado allí—en la Mauritania Tingitana—durante muchos siglos, desde el tiempo de los romanos y los visigodos, antes de que en el siglo VIII llegaran los árabes. Volvimos a Africa los peninsulares cuando en 1415 fué reconquistada Ceuta. Cinco años después del descubrimiento de América, Melilla es española como lo fué Orán desde 1509 hasta 1791, es decir, prácticamente durante tres siglos. Les hago gracia—en aras de la brevedad—de una cadena de nombres y fechas que ligan a mi patria con aquellos territorios. Quiero subrayar únicamente que no somos, pues, unos recién llegados a Africa. Nosotros hemos estado allí durante siglos y siglos y la historia española tiene en gran parte como escenario las tierras africanas.

No olvidemos tampoco que más al sur, en la costa atlántica del continente africano, frente a las islas Canarias, se extiende la inmensa vastedad del Sáhara, cuya costa, desde siempre, utilizaban los pescadores y comerciantes canarios para el desenvolvimiento normal de sus actividades.

Hoy el Sáhara español sigue siendo la verdadera espalda de nuestras Islas Afortunadas, que son una de las provincias más florecientes de mi país. Se trata de un gran territorio desértico de 280.000 kilómetros cuadrados, con 900 de costa sobre el Atlántico y una reducida población nómada que no llega a los 20.000 indígenas. Es decir, con menos de un habitante por cada 100 kilómetros cuadrados. En este gran vacío, en el que no ha habido nunca—por razones obvias—ni la sombra de una civilización, y menos de un Estado, España, que se esfuerza en poner en valor ese territorio, desarrolla ahora un vasto proyecto de trabajos que han de abrir en aquella zona un nuevo mundo de progreso y bienestar. A él contribuirá, sin duda, la gran operación de investigaciones petrolíferas a que se dedica el Gobierno español, con la cooperación de numerosas compañías norteamericanas.

Insisto en que Africa era para nosotros algo diferente de una simple región fronteriza. Un imperativo indiscutible nos obligaba allí a una determinada política. Un costado de España estaba frente a Francia, frente a los Pirineos, en donde se ha dicho, con cierta reticencia científica, que el Africa comienza. El otro, frente a ese continente, del que, en algunos puntos, sólo nos separan 12 kilómetros, y en el que otras potencias europeas intentaban instalarse. En esta posición, España juzgó que tenía que practicar una política de seguridad que ha justificado nuestra acción en Marruecos y que hoy ha terminado ya, con la amistad entre dos pueblos vecinos, el español y el marroquí.

Sin embargo, actualmente España ve que el mismo problema de seguridad, pero con otras dimensiones, se plantea ahora para Europa en Africa, debido a los intentos de Rusia y China de infiltrarse en esas regiones.

Nosotros creemos que hay que comprender las aspiraciones de los pueblos africanos y que hay que ayudarlos en su lucha por el bienestar y el progreso. Pero sabemos también que hay que estar vigilantes y no permitir que Rusia y China atentando contra las nuevas independencias, ocupen en ese continente ninguna posición que trate de envolver a Europa por el sur. En ese sentido, nosotros tenemos voluntad de permanecer y de resistir cualquier agresión.

LA NEUTRALIDAD

Aparte de ese imperativo africano que he intentado describir, la política exterior española durante la primera mitad del siglo se caracteriza por una actitud: la neutralidad. Nuestra neutralidad, sin embargo, no es absoluta ni constituye una finalidad única de nuestra política, como, por ejemplo, podría decirse de la neutralidad suiza. Es una neutralidad conscientemente impuesta en razón de unas circunstancias. Ha durado más de siglo y medio, desde las guerras napoleónicas. Durante ese tiempo, España no ha estado mezclada en ninguna guerra de las que han arrasado a Europa repetidas veces. La convicción de que no existía ninguna razón superior que obligara a España a tomar partido en aquellas luchas intestinas, ha mantenido a mi país al margen de dichos conflictos.

En la primera guerra mundial, gracias a la actitud española, Francia pudo desguarnecer sus fronteras del Pirineo y de Marruecos, para llevar sus tropas al frente de combate.

Durante la segunda guerra mundial, la neutralidad española fué aún más decisiva.

Uno podría entregarse a toda clase de hipótesis sobre el giro que hubiera tomado el conflicto de no haber sido fieles ciertos países a una política de neutralidad. Pensemos, por ejemplo, en el año 1940. En Europa había dos guerras. En el frente occidental, a un lado y otro de las líneas Maginot y Siegfried los ejércitos aliados y alemanes, inmovilizados, se observaban sin combatir. En el este, Rusia había invadido Finlandia. Los aliados quisieron ayudar a aquella pequeña República contra Rusia, que entonces era amiga de Alemania, y para ello necesitaban enviar tropas y material de guerra en tránsito por Noruega y Suecia. El 2 de marzo de 1940, los Gobiernos británico y francés anunciaron a los de Oslo y Estocolmo su intención de enviar fuerzas expedicionarias. Los dos países neutrales se negaron a la petición aliada, que de haber sido concedida hubiera colocado a Inglaterra y Francia frente a Rusia, juntando así, probablemente, a Alemania y la Unión Soviética en un gigantesco bloque de poderío militar que hubiera llegado del Rhin al Pacífico. No parece necesario resaltar como este suceso habría alterado todo el dispositivo de la guerra y habría cambiado el curso de la Historia. Con gran acierto ha escrito Bruce Hopper, diplomático norteamericano que estuvo agregado a la Embajada de los Estados Unidos en Estocolmo en 1942-43: «A la luz de los subsiguientes acontecimientos, se puede razonablemente presumir que los aliados no lamentarán ahora las negativas de Suecia y Noruega.»

Pero volvamos a España. No hace mucho tiempo, el 12 de diciembre de 1959, el diario liberal *The Guardian*, de Manchester—nada afecto al régimen español—, comentando en un artículo editorial la aparición del libro *The Power of Small States*, escrito por vuestra compatriota la doctora Baker Fox, hacía el elogio de la habilidad diplomática con que España defendió su neutralidad durante la guerra del 39 al 45.

Equiparando a Suecia y España como ejemplo de neutrales llenos de tacto, decía *The Guardian*: «España y Suecia fueron tal vez los que tuvieron más éxito, y a pesar de las obvias diferencias que había entre sus ideologías y sistemas sociales, las razones de aquel éxito resultaron fundamentalmente muy similares. Ambos países supieron curvarse al viento, ambos supieron esperar, ambos prefirieron combinar las buenas palabras con la ausencia de hechos.» Sin embargo, creo que *The Guardian* no hizo suficiente justicia a España en la equiparación. No olvidemos que Suecia permitió el paso por su territorio de tropas extranjeras. Evidentemente, Suecia *bent to the wind*. Nadie se lo ha reprochado nunca. En cambio, España, que no admitió siquiera una insinuación en sentido análogo, ha sido acusada—sin duda, por no estar gobernada por los socialistas—de siniestras complicidades. Una vez más, la opinión pública ha sido deformada en contra nuestra y de la verdad.

Muy recientemente, sir Ivone Kirpatrick, brillante diplomático inglés que fué alto comisario británico en Bonn, hombre de confianza del secretario del Foreign Office, el laborista

Ernest Bevin, y subsecretario permanente de dicho departamento, ha publicado, a fines de 1959, un libro de memorias de gran interés, *The Inner Circle*. Sir Ivone relata en uno de los capítulos la visita que hizo a Goering poco antes de comenzar el proceso de Nüremberg. El diplomático inglés se encontró con el mariscal alemán, antiguo conocido suyo, prisionero en el balneario de Mondorf. En presencia de testigos, Kirpatrick y Goering hablaron de la guerra durante dos horas. Lleno de curiosidad, preguntó Kirpatrick cuál había sido, a juicio de Goering, la mayor equivocación de Hitler. Aquél admitió que Hitler había cometido varias. «De éstas, la más grave y perjudicial para Alemania fué el fracaso de Hitler en sus deseos de apoderarse de España y el norte de Africa.

»Goering dijo que Alemania debería haber decidido, inmediatamente después de la caída de Francia, cruzar España—con o sin el permiso de Franco—, capturar Gibraltar y extenderse por Africa. Esto se podría haber hecho muy fácilmente y habría alterado el curso completo de la guerra. El había presionado en vano sobre Hitler. Cuando le pregunté por qué Hitler había rechazado su consejo, Goering me replicó que en 1940 Hitler estaba convencido de que había ganado la guerra. Le había enloquecido de furor la actitud de Franco en la famosa reunión de ambos, y estaba decidido a demostrar al dictador español que Alemania podía muy bien prescindir de España. Pregunté a Goering si no creía que Hitler había cometido dos grandes equivocaciones al atacar a Rusia y al declarar innecesariamente la guerra a los Estados Unidos. Goering me mostró su conformidad, pero opinó que si en 1941 Hitler hubiese estado en posesión de Africa, se habría podido permitir tranquilamente el lujo de atacar a Rusia y a los Estados Unidos al mismo tiempo.»

Permitidme que recuerde también el bien conocido tributo rendido a la neutralidad española por sir Winston Churchill en el debate parlamentario celebrado en la Cámara de los Comunes el día 3 de junio de 1944. No podría transcribir aquí, por falta de espacio, los largos detalles dados por el *premier* británico sobre el comportamiento español y sobre los enormes peligros y daños que hubiera traído para la causa aliada una actitud española simplemente indecisa durante la guerra. Citaré solamente estas nobles palabras. «Siempre creeré que España, en aquel tiempo, prestó un servicio no solamente al Reino Unido, al Imperio británico y a la Commonwealth, sino también a la causa de las Naciones Unidas. Por tanto, no siento la menor simpatía por aquellos que piensan que es inteligente e incluso gracioso insultar y ofender al Gobierno de España cada vez que se presenta la ocasión.»

Termino estos excepcionales testimonios recordando la carta que vuestro propio Presidente Roosevelt dirigió el 8 de noviembre de 1942 al general Franco, anunciándole el desembarco aliado en el norte de Africa. Dándose cuenta claramente del valor de la neutralidad española, el Presidente acababa su carta con estas amistosas palabras: «Creo también que el Gobierno y el pueblo español desean conservar la neutralidad y permanecer al margen de la guerra. España no tiene que temer nada de las Naciones Unidas. Quedo, mi querido general, de usted buen amigo. Franklin D. Roosevelt.»

LA DIVISION AZUL

Acabo de citar el testimonio de Churchill, dado ya con cierta perspectiva histórica, cuando empezaba el último año de la guerra. He reproducido también las palabras de Roosevelt en las que reconocía que habíamos sido y estábamos siendo neutrales en aquellos días de noviembre de 1942, cuando hacía casi año y medio que había comenzado la campaña de Rusia. Pero acaso alguien podrá decirme que he olvidado un importante episodio de la historia reciente de España. Ciertamente que no lo he olvidado porque es también un episodio de mi vida personal. Hablo de la División Azul española, que luchó en el frente de Rusia contra el comunismo y en la cual yo combatí como soldado.

En aquel verano de 1941, en que la División Azul salía hacia Rusia—cinco meses antes de que los Estados Unidos fueran atacados en Pearl Harbour—, para nosotros seguía habiendo dos guerras en Europa. De un lado la que se libraba en el frente del Oeste entre las potencias del Eje y los aliados. De otro lado estaba el frente del Este, en donde se alineaban las fuerzas de la Rusia soviética.

Si España no hubiera tenido la firme voluntad de ser neutral, podría, gracias a su posición geográfica, haber asestado golpes mortales a Francia e Inglaterra. Pero ni desbordó los Pirineros, desguarnecidos por los franceses, ni en Africa quiso aprovechar circunstancias favorables, ni intentó cerrar el estrecho de Gibraltar, como pudo haberlo hecho. Por el contrario, los españoles fueron a luchar bien lejos de su territorio, en la frontera oriental de Europa, en las inhóspitas y heladas tierras en donde se encontraba su verdadero enemigo: la Rusia soviética, máximo responsable de las tragedias que España sufrió en su propia carne durante los tres años de guerra civil. La Rusia que nos había arrebatado centenares y centenares de niños con la intención de convertirlos en agentes comunistas de agitación no sólo en España, sino en los países de Hispanoamérica; que nos había despojado de toda la reserva de oro del Banco de España, cifrada en 650 millones de dólares, y que todavía en 1960 alienta la subversión en nuestro suelo y no renuncia a vengarse de la derrota que le infligimos. En resumen, esa Rusia que no nos permite ser neutrales porque en su continua agresión nos fuerza siempre a colocarnos en estado de legítima defensa, como en el día de hoy las naciones libres de Occidente bien saben y España conoce desde 1936. Insisto en que España permaneció estrictamente neutral en la lucha que sostenían entre sí las potencias occidentales, y ya hemos visto a quién benefició esta neutralidad.

La División Azul sólo puede entenderse y enjuiciarse colocándola dentro de un pleito completamente aparte, dentro de una lucha ideológica y material entre España y el comunismo. Este, al cabo de los años, ha venido a transformarse en una amenaza para todo el Occidente.

Y esta es la razón por la cual en 1953 España hubo de firmar con los Estados Unidos un tratado de asistencia militar. Abandonábamos así una larga neutralidad de siglo y medio. Surgieron en mi país unas formidables bases aéreas y navales. Los nombres de Rota y Torrejón se citan entre los de los más fuertes y eficaces puntos de la defensa occidental. ¿Qué había pasado?

ANTICOMUNISMO

Sucedía, simplemente, que un peligro común para el Occidente, una causa superior a los motivos de índole nacional que determinaron las guerras del siglo XX, había aparecido de lleno en el horizonte. El comunismo, no con el poder limitado que tenía en 1942, sino con toda su potencia de agresión, amenazaba al mundo libre. Y España, requerida por los Estados Unidos, entró en una alianza militar.

El anticomunismo español tiene una doble raíz, ideológica —que no precisa de explicación mayor—y práctica. Esta última arranca de una experiencia nacional: la guerra civil de 1936-39, durante la cual España luchó y venció al comunismo. De esta guerra española existe una especie de «cliché» histórico, fabricado y distribuído principalmente por cierto sector de la prensa mundial, tan falso como tenazmente repetido desde hace veinte años. Según ese «cliché», en España, la República, que encarnaba la libertad, el derecho y el progreso, fué vencida por las fuerzas reaccionarias y de opresión eclesiástico-militares del país, sostenidas por la oligarquía de terratenientes y apoyado todo por el nazifascismo germano-italiano. La verdad, bien distinta, es que las fuerzas nacionales lucharon contra el caos en que pusieron a España los partidos socialistas y anarquistas y del que se aprovechó el comunismo soviético de tal manera que el Gobierno republicano perdió toda sombra de poder en beneficio de la omnipotente influencia de Moscú.

Nuestro anticomunismo, contra lo que parecería lógico, nos ha traído innúmeras dificultades. Ha impedido durante largos años la entrada en la O. N. U. de España, patria de Vitoria y Suárez, los fundadores del Derecho internacional moderno. Ha provocado un sinfín de campañas antiespañolas y de bloqueos políticos y económicos que estuvieron al borde de estrangular al país. Ha motivado acusaciones que llegaron al ridículo. Se nos tachó de ser un peligro para la paz. De nosotros —un pueblo debilitado por una guerra civil—se dijo en 1945 que estábamos fabricando la bomba atómica en el pueblo de Ocaña, con lo que se caía en el absurdo de suponernos dueños de un poderío económico y de unos medios técnicos tan grandes como para lograr lo que ningún país del mundo, excepto los Estados Unidos, había logrado.

Esta y otras supercherías fueron recogidas por el delegado polaco en la O. N. U., Oscar Lange, y elevadas a acusación formal ante las Naciones Unidas por medio de dos cartas dirigidas al secretario general de dicha Organización con fechas 8 y 9 de abril, respectivamente, en las cuales se solicitaba la inclusión del caso de España en el orden del día del Consejo de Seguridad. El Consejo, respondiendo a esta demanda, incluyó en la agenda de su sesión del 17 de abril de 1946 el caso de España, y el señor Lange, primer orador en el debate, rindió ante la citada Organización un informe sobre mi país en el cual se decía, entre otras cosas, que en España se hallaban 2.200 científicos alemanes trabajando en la energía atómica y que 3.000 espías y agen-

tes de la Gestapo habían sido incorporados a la Policía española y colaboraban en estos trabajos.

Estas imputaciones eran perfectamente grotescas, y, sin embargo, entonces fueron acogidas en gran parte de la prensa mundial como artículo de fe.

Cuando parecía que tales fantasías informativas ya no se podían repetir, surge el caso de las supuestas negociaciones hispanoalemanas para el establecimiento en nuestro territorio de bases militares de la República Federal. Con este pretexto, el mes pasado, en la Cámara de los Comunes, de Londres, el diputado laborista y antiguo miembro de las Brigadas Internacionales que combatieron en España del lado del comunismo Mr. Robert Edwards, nos acusó, también formalmente, de estar fabricando secretamente en Bilbao, en colaboración con la firma Krupp, proyectiles teledirigidos para el Ejército alemán. La buena información y la energía del secretario del Foreign Office, Mr. Selwyn Lloyd, impidieron que la pintoresca acusación de Mr. Edwards pudiera prosperar. Pese a la evidente falta de fundamento de estas y otras alegaciones, la prensa mundial ha caído de nuevo en una campaña de falsedades, que a España no le afectan porque está acostumbrada a salir airosa de estos ataques. Hace, en cambio, el juego a la U. R. S. S., al resquebrajar la unidad occidental.

En una lucha a muerte contra el comunismo—con el cual el mundo occidental se vió un día asociado en otra lucha a muerte—se nos ha reprochado el recibir la ayuda de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. No olvidamos los españoles, pues no somos ingratos, que esa ayuda, por mínima que fuera, contribuyó a que nos libráramos del comunismo. Pero ¡qué más hubiéramos querido que todos los países de Occidente hubieran comprendido las razones de nuestra guerra y nos hubieran ahorrado la entrada de las Brigadas Internacionales comunistas en nuestro territorio! No fué nuestra la culpa de que así no ocurriera ni tampoco nuestra la culpa de que no hubiéramos quedado entonces dentro del círculo de sus amistades. Nadie tiene derecho a censurar la forma en que resolvimos un problema de política interna. Lo tendrían quizá si hubiéramos hipotecado nuestra soberanía y si nuestra decisión hubiera alterado el equilibrio europeo. La indiscutible neutralidad española durante la guerra mundial prueba que no fué así.

INTEGRACION OCCIDENTAL

En nuestros días, ese peligro común que motivó el abandono de nuestra neutralidad tradicional también ha servido de catalizador de unas tendencias de unidad occidental con las que España se siente solidaria. Estamos en esa línea. Al servicio de una política de unidad hemos realizado los mayores esfuerzos para mejorar nuestras relaciones con todos los países, y especialmente con aquellos a los que nos unen estrechos lazos históricos.

España mantiene una política de fraterna amistad con Portugal, que se ha concretado en un instrumento político de gran eficacia: el Pacto Ibérico. Nuestras relaciones con Iberoamérica están fudadas siempre en los íntimos vínculos de religión y cultura y en los sentimientos de afecto que son propios de una gran familia. Conscientes de nuestro carácter esencialmente europeo, hemos trabajado incansablemente por mejorar nuestras relaciones con los países de Europa, y en este sentido han progresado notablemente las que manteníamos con Francia, Gran Bretaña, Alemania y Bélgica. Recientemente, España ha entrado como miembro de pleno derecho en ese gran organismo de unidad europea que es la O. E. C. E. Más allá de nuestro continente, España sostiene y desarrolla su amistad con los pueblos árabes, con cuya cultura nos une un pasado histórico de convivencia secular. Defendemos una idea nueva de la vecindad, basada en la amistad leal y no en aquella que se llamó «la regla de oro de la política internacional», y que recomendaba ser únicamente amigo del vecino de nuestro vecino, suponiendo que los vecinos solamente pueden ser rivales. Por el contrario, nosotros no queremos tener vecinos débiles y postrados, sino fuertes y poderosos.

Finalmente, no parece necesario recordar el estado amistoso y lleno de fecundas realizaciones en el campo de la cooperación política, económica, militar y cultural que preside las relaciones entre los Estados Unidos y España.

Mi país agradece sinceramente la ayuda que está recibiendo de los Estados Unidos, y piensa que, en cierto modo, esa ayuda responde al mismo espíritu de amistad que motivó el apoyo dado por los españoles a la lucha de vuestra patria por la independencia.

IBEROAMERICA

Una de las constantes de la política exterior española es su preocupación por Iberoamérica. Los problemas que afectan a cualquiera de los miembros de esa gran familia de naciones a la que España pertenece son sentidos en mi país con enorme interés y un profundo afecto.

Creemos que Iberoamérica se encuentra en un decisivo momento de su historia, enfrentada—en un instante de crecimiento y expansión—con unas cuestiones que son vitales para su futuro. Al mismo tiempo, el inmenso potencial demográfico y económico que albergan sus países constituye, junto a la gran tradición cultural de que son depositarios, un factor político de primera magnitud en el mundo.

España participa de las inquietudes iberoamericanas, y cree absolutamente imprescindible y urgente comprender las necesidades y aspiraciones de aquellos pueblos. Ignorar la realidad de Iberoamérica o enfrentarse a ella con una inercia mental, hoy enteramente anacrónica, sería probablemente muy peligroso. No hacer justicia a sus aspiraciones, tratar a esos países sin generosidad y respeto, sería una grave estupidez cometida con uno de los bloques de naciones que más futuro tienen en el mundo.

LOS ESTADOS UNIDOS

Pero estamos convencidos de que la mejor garantía del futuro de todo este continente han de ser la comprensión y el apoyo de los Estados Unidos. España renueva su confianza en el Gobierno y el pueblo norteamericanos, y en el momento en que se aproxima la conferencia internacional de alto nivel —que puede ser un encuentro decisivo para la paz del mundo—contempla con seguridad. respeto y admiración la figura del Presidente Eisenhower. Hace unos meses, cuando el pueblo español aclamaba entusiásticamente a vuestro Presidente en las calles de Madrid, sabía que aquel hombre que dirigía la nación más poderosa de la tierra, la nación que ha sabido conjurar la firmeza y la amistad, sabría él también, en cualquier momento grave para el Occidente, unir el sentido de responsabilidad a la más enérgica decisión.

ESPAÑA ANTE EL FUTURO

Frente a las perspectivas futuras, España trabaja con su mayor esfuerzo para reconstruirse, progresar y elevar el nivel de vida de los españoles. Los años que han transcurrido de este siglo son, en cierto modo, años de «entre épocas», particularmente para España, que al finalizar el siglo XIX terminó una era de su historia. Ahora tratamos de recuperar el pleno ritmo de nuestra vida nacional, y en colaboración leal y amistosa con todos los países, especialmente con aquellos a los que nos unen lazos indestructibles, laboramos para que la época que comienza ahora sea una época de plenitud y bienestar.

Me es muy grato proclamarlo así ante esta noble casa y su cuerpo de gobierno, a quienes agradezco profundamente la concesión del *Axsacan Award.* La distinción me llena de orgullo y me conmueve sinceramente por todo cuanto ella me evoca.

Hace más de cuatro siglos, unos jesuítas españoles, dignos soldados de la Compañía gloriosa de San Ignacio de Loyola, murieron valerosamente por su fe después de haber sido los primeros europeos en llegar y establecerse en estas costas. Con espíritu idéntico al de aquellos antepasados que cayeron cerca de Santa María Bay, más de la mitad de mi generación ha muerto en España hace veinte años defendiendo los ideales de la fe cristiana en una guerra civil que para nosotros fué una cruzada.

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

I PREMIO DE TEATRO "TIRSO DE MOLINA"

El Instituto de Cultura Hispánica, con el fin de fomentar la producción de obras teatrales escritas en lengua española, convoca el I Premio de Teatro «Tirso de Molina», con arreglo al siguiente

Extracto de las bases

1.ª Podrán concurrir escritores de cualquier nacionalidad, sean o no noveles, siempre que los originales presentados al concurso estén escritos en lengua española.

2.ª Las obras deberán ser originales e inéditas, siendo el tema libre.

6.ª Las obras deberán enviarse al Departamento Audiovisual del Instituto de Cultura Hispánica (Ciudad Universitaria, Madrid-3), mencionando en el sobre «Para el Premio de Teatro Tirso de Molina».

7.ª El plazo de admisión de originales se abre con la publicación de estas Bases, y termina el día 15 de septiembre de 1960.

8.ª El Premio de Teatro «Tirso de Molina» está dotado con la cantidad de CUARENTA MIL PESETAS.

9.ª El Premio de Teatro «Tirso de Molina» no podrá ser declarado desierto.

11.ª El Jurado seleccionará, mediante lectura, las cuatro mejores obras presentadas, que pasarán con la categoría de finalistas a la fase decisiva del certamen.

12.ª Las cuatro obras calificadas como finalistas serán representadas en Madrid, en público, y el Jurado Calificador emitirá después el fallo.

13.ª La decisión del Jurado se hará pública antes del día 1 de enero de 1961.

17.ª El plazo para retirar los originales no premiados caduca a los noventa días de la publicación del fallo del Jurado.

NOTA.—Para toda clase de información, dirigirse a: I PREMIO DE TEATRO «TIRSO DE MOLINA», Departamento Audiovisual, Instituto de Cultura Hispánica, Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3 (España). Las bases completas de este Premio se publicaron en el número 144 de MUNDO HISPANICO.

Oportunidades comerciales

Jefe técnico molinero, soltero, excelentes referencias. Informarán sin compromiso. Apartado 214. Albacete (España).

●

Gane dinero en casa en horas libres haciendo cuadritos ornamentales y otros trabajos. Enviamos manual y elementos por dos dólares o equivalencia. Arte práctico. Calle Guatemala, 5200. Buenos Aires (República Argentina).

Está a la venta en CASA GALVEZ, Príncipe, 1, Madrid (España), el mejor catálogo de especialidades de sellos de correos de España. Edición limitada. Solicítelo.

●

Disponemos en Toledo (España) magnífico estudio pintor, etc., por temporadas. Escribid: Ana Saldana. Tirso de Molina, 18. Madrid (España).

Las notas para insertar en esta sección deberán remitirse directamente a la Administración de MUNDO HISPANICO. Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria). Madrid.

"MUNDO HISPANICO" pide respuesta

MUNDO HISPÁNICO se siente orgulloso de la atención que le dispensan sus lectores y del interés con que éstos esperan nuestro habitual correo mensual. Ello se refleja en las frecuentes cartas que se reciben en la redacción y que contribuyen, no poco, a que la Revista cumpla la misión que tiene encomendada. Hoy, MUNDO HISPÁNICO pide una colaboración más directa, sometiéndose, a través de este breve cuestionario, al juicio que merezca de todos los lectores, con el propósito de hacer, de la suma de opiniones que reciba, autoexamen y programa de trabajo.

1. ¿Qué es lo que más le gusta de «M. H.»?
2. ¿Qué es lo que menos le interesa?
3. Opine sobre las secciones:

   Mensaje para la otra orilla.
   Los trabajos y los días.
   Los lectores escriben.
   Seis fotos sueltas.
   Páginas literarias.
   Modas.

4. ¿Cree que es necesario suprimir o añadir alguna? ¿Cuál?
5. ¿Qué aspectos españoles echa de menos?
6. ¿Qué aspectos de Hispanoamérica?
7. Opine sobre el aspecto técnico y artístico de la Revista.
8. ¿Qué firmas le gustaría ver?

   De España.
   De Hispanoamérica.

9. ¿Le gustaría leer también alguna firma europea, no española?
10. ¿Es usted suscriptor? ¿Colecciona la Revista? ¿Le llega con regularidad?
11. ¿Lee alguien más su revista? ¿Cuántas personas?
13. ¿Qué otros periódicos lee?

MUNDO HISPÁNICO agradece a todos los lectores las observaciones anotadas en la respuesta a este cuestionario. El lector queda en libertad, naturalmente, para contestar a todas o a algunas de las preguntas, de firmar o de remitir la encuesta anónima. Sin embargo, «M. H.» desearía tener estos datos:

Edad ....

Profesión ....

Sexo ....

Nacionalidad ....

Lugar de residencia

Envíe su respuesta a «Mundo Hispánico», Apartado de Correos, 245, Madrid. Muchas gracias.

Marañón como escritor de España

POR

CESAR GONZALEZ-RUANO

ERA tan admirable y tan querido don Gregorio Marañón, que sería grave pedantería arrogarse el título honrosc de ser de quienes más le admiraban y amaban.

Una larga amistad, humilde y aprendiz por mi parte, me unió a él durante cerca de cuarenta años, porque me cupo en suerte conocerle allá por los años de adolescencia, cuando Abril andaba en mis ojos y la luz del entendimiento me alumbraba con afanes de seguridad y acierto las afinidades electivas. Desde entonces hasta sus últimos días terrenos he sido un enamorado testigo de su asombrosa y eficaz existencia, le tuve cerca de mí en los momentos difíciles y pude darme bien cuenta de que en Marañón había varios grandes hombres en uno, y que cualquiera de ellos hubiera merecido, sobradamente, la inmortalidad de un hombre, la señera condición que sobre el plano de la vida nacional le daban categoría rara de un impar candelabro al que no se podía encontrar pareja.

En todos esos «marañones» reunidos en un solo y verdadero Marañón estaba el hombre de ciencia, el naturalista, el escritor, el historiador, y algo muy importante: el hombre bueno que había llegado a la bondad, practicante e incansable, por el camino real de la inteligencia, haciendo que talento y bondad de alma fuesen una misma y hermosa cosa.

Quiero ocuparme aquí del Marañón escritor, aunque el Marañón escritor no pueda explicarse sin los otros «marañones» en esa ingente y humana antología de excelencia.

De siempre había yo visto en Marañón un gran escritor, dotado de una preciosa prosa, que si en cierto modo puede admitirse como orteguiana, tenía más contactos de curiosidad humana, más radios de acción, y también, en cierto modo, quedaba menos profesoral que la de Ortega. Esto es: una prosa en el alto sentido de la palabra, más en contacto con las raíces esencialmente populares, que tomaba la cultura como un medio mejor que como un fin.

Será muy difícil encontrar una sola línea de don Gregorio que no haya sido escrita en función de algo. El se sirvió de un sereno lenguaje, con absoluta economía de lo retórico, para expresar ideas, para apuntar o apuntalar teorías, para abrirse paso en las selvas de la confusión, cumpliendo la conquista de un objetivo. O sea, don Gregorio escribió mucho, porque siempre tenía mucho que decir. En él, conocedor insaciable de la literatura, no había nada únicamente literario. Amputándose, estoy seguro, muchas tentaciones que le hubieran sido gratas y para las que nació perfectamente dotado, Marañón no hizo nada de estricta creación literaria, sino, en todo caso, de recreación al servicio de las ideas, que en él estuvieron incluso por encima de los ideales.

Cada libro suyo, fuera de su obra profesionalmente científica, está escrito, alguno hasta lo exhaustivo, con un criterio de andamiaje y aportación de pruebas de convicción que sirviesen para ahondar en una teoría: *Amiel* no es sino el estudio de la timidez, *Tiberio* es la historia del resentimiento, *El conde-duque de Olivares* es una tesis de la pasión de mando y sus epílogos melancólicos. La historia antigua fué para él un estudio humano de la historia de todos los tiempos, un afortunado ensayo de lo estrictamente contemporáneo a través de lo que, cronológicamente, parecía haber pasado, y que tenía para él la novedad, la identidad de las aguas de los ríos, que son siempre otras y siempre discurren como la misma.

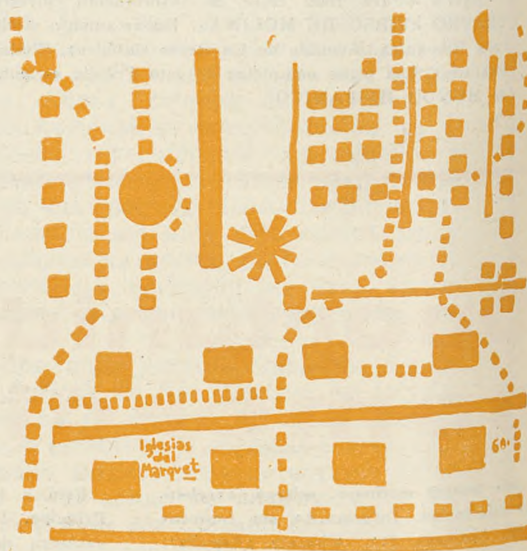
Un alto ejemplo para los jóvenes es la heroica insistencia, sin desmayo, en el trabajo, la reclamación de una tarea diaria, la convicción firme que él tenía de que el talento es voluntad y de que el milagro humano está en convertir el milagro en costumbre.

A Marañón, el Tiempo—con mayúscula—encontró siempre tiempo—con minúscula—para todo; para cumplir una existencia que, aparte de la calidad, dió en cantidad lo que hubiesen podido dar las vidas bien aprovechadas de varios hombres excepcionalmente juntos.

Fué como un espléndido ejemplar humano de los tiempos de la Ilustración y de la Enciclopedia puesto a la orden y la exigencia del día. Como un gran espíritu del siglo XVIII al que había que añadir todos los beneficios de experiencia y de sabiduría de dos siglos más y la mágica condición precursora del vate, esto es, del adivino. Cada vez que él miraba hacia atrás, a lo que ya había ocurrido, se planteaba, desde su actualidad rigurosa, un futuro en el que ya veían sus ojos de aguda y serena mirada.

Conmemoramos ahora, con profunda tristeza, la desaparición de una criatura ciertamente excepcional. Pero si la Ciencia está de luto, si el recuerdo de un humanísimo personaje nos aflige insobornablemente, si la historia interpretada pierde el exponente más ilustre y jugoso que teníamos, si lo español se resiente sin consuelo con la desaparición de un español sin par, quiero dejar bien sentado que la Literatura no ha perdido menos.

En la lápida de esta criatura perfecta yo hubiera escrito estas palabras: **«...Y además, escritor.»**



Heráldica


VALLADO O BALLADO

Juan Beitia Vallado. La Habana (Cuba).—Los Vallado o Ballado son oriundos de Noya, en el arzobispado de Burgos, y se extendieron por Beranga (Santander) y por la merindad de Trasmiera. Alonso Ruiz de Ballado pasó a la conquista de Sevilla, alcanzando repartimiento en Alcalá de Guadaira.

Genealogía: I.—Don Lucas de Vallado casó con doña María de los Corrales, naturales ambos del lugar de Isla, en el Ayuntamiento de Arnuevo, partido judicial de Santoña (Santander), el 8 de enero de 1675.

II.—Don Juan de Vallado y Corrales, bautizado en Isla el 25 de abril de 1680, donde casó con doña Mariana de Igual Ballenilla. Padres de doña Manuela (que sigue), don Andrés, don Francisco y don Juan de Vallado Igual.

III.—Doña Manuela de Vallado Igual, bautizada en Isla el 24 de diciembre de 1711, donde casó, el 13 de junio de 1731, con don Juan de Hontañón Viadero.

IV.—Don Lucas de Hontañón Vallado, caballero de la Orden de Carlos III, con pruebas de nobleza, en 1792.

Usa este linaje por armas: **en campo de gules (rojo), un león rampante de púrpura; bordura de oro con ocho aspas de gules (rojas).**

C. Werd. San Juan de Puerto Rico.—Los Bereterbide tuvieron su casa solariega, que aún existe, en las cercanías de Tolosa (Guipúzcoa). Hace unos cincuenta años era propiedad de la familia Garmendia.

Traen por armas: **escudo de oro con una banda de púrpura engolada en dragantes del mismo color.**

Jesusa Contera. Madrid.—Los Contera probaron su nobleza ante la Real Chancillería de Valladolid, en 1569, en cabeza de don Pedro de la Contera, vecino de Ameyugo, partido judicial de Miranda (Burgos). Desconozco sus armas, que acaso pudiesen figurar en la citada ejecutoria, que se conserva en el archivo de la mencionada Real Chancillería de Valladolid.

Julio ATIENZA

MUNDO HISPANICO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid)

TELEFONOS:

Dirección 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción: 24 91 23 y 24 87 91

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES:
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria)

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1960. NUMBER 146. ROIG. NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:
ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas. Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas.

AMERICA.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares.—Suscripción por tres años: 12 dólares.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.

EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, o 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.

Estafeta

ESPAÑA

Adquiriría números de MUNDO HISPÁNICO (1, 2, 17 y 55). Puerto Rico, República Dominicana y Ecuador. Escribid condiciones a Asociación Cultural Iberoamericana. Facultad de Derecho. Valladolid (España).

RAFAEL MUÑOZ. San Bernardo, 24. Madrid.—Estudiante, desea correspondencia con señoritas filipinas y sudamericanas.

DOMINGO SEVILLA AMUEDO y RAFAEL RODRIGUEZ, rederos de barcos de pesca.—Solicitan empleo en América del Sur. Escribir a Trigueros, 6. Huelva.

EVELIO RICARDO GOMEZ TORDESILLAS. José Antonio, 26. Mérida (Badajoz).—Desea correspondencia con una muchacha de dieciséis a veinte años de cualquier parte del mundo.

JUAN SAEZ GARRIDO. Segura, 22. Alicante. Desea intercambiar postales en color con cualquier país del mundo.

JOSE LUIS FIESTAS. Apartado de correos 29. Arrecife (Canarias).—Desea correspondencia con chicos y chicas de dieciséis a diecinueve años, españoles y extranjeros, para intercambio de postales y sellos.

JOSE PEREZ CANTON. Casino Almanseño. Almansa (Albacete).—Desea correspondencia con aquellos señores o señoras que hayan tenido trato o amistad con don Enrique Cantón Alarcos, que residió en Buenos Aires el año 1885, en que se ausentó de España, o con su señora, doña Fanny Carman de Cantón.

ROSA MARIA BARROS RAVENTOS. Avenida del Caudillo, 60. Rubí (Barcelona). Y MARIA JOSE SANCHEZ JIMENEZ. San Cayetano. Puente San Oriol. Rubí (Barcelona).—Desean correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de España y del extranjero, en español.

JAIME MAYOR CASES. Grupo G. Lorenzo del Munt, 26, 5.°, 1.ª Tarrasa (Barcelona).—Desea establecer relaciones amistosas por correspondencia en español con señoritas de cualquier nacionalidad y raza, estudiante o profesoras de Filosofía y Letras.

CARLOS GUARNIDO MORENO. Buenavista, 27. Madrid.—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo para intercambio de sellos y vitolas de los países americanos y Filipinas.

ANA MARIA QUIROGA. Virgen del Sagrario, número 9 (barrio de la Quintana). Madrid.—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier país, en inglés, portugués y español.

RAFAEL ORCERA. Apartado 13009. Madrid.—Estudiante, solicita correspondencia con señoritas españolas.

PEDRO MINGUITO GONZALEZ. Apartado 5. Alar del Rey (Palencia). Desea mantener correspondencia con muchachos de todo el mundo, especialmente norteamericanos e ingleses, para intercambio de sellos y revistas.

MARIBEL ALVAREZ ALVAREZ. Claudio Moyano, 4. Medina del Campo (Valladolid).—Desea mantener correspondencia con chicas de su edad (diecisiete años) y con chicos de veinte a veinticinco años de todo el mundo, para intercambio de postales y fotografías de artistas.

AGUSTIN GARCIA NIZ. G. Porras, 30. Arrecife de Lanzarote (Canarias).—Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos de todo el mundo. Asegura contestación.

FRANCISCO MUÑOZ. Apartado 376. Madrid.—Desea correspondencia con señoritas de dieciocho a veinticuatro años de cualquier país para intercambio de postales, revistas, ideas, etc.

FRANCIA

CALAS CLAUDETTE y PAILHAS JOSETTE. Collège Moderne de Jeunes-Filles. Rue St-Antoine. Albi (Tarn). Francia.—Desean correspondencia con jóvenes de trece a catorce años para perfeccionar el español.

MONIQUE VAN HALL. 112, Rue de Vancelles. Taverny. Seine et Oise (Francia).—Desea correspondencia con señorita joven que resida en Sevilla.

ANNE-MARIE MERCERON. Ecole Normale d'Institutrices. Canderan. Gironde (France).—Un grupo de once alumnas, de edad de dieciséis a dieciocho años, desean correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, españoles.

ITALIA

GIOVANNA GARIGLIO. Corso Tortona, 25, Torino. MARIA GARETTO. Corso Belgio, 46, Torino. LUISA NEIROTTI. Via Butigliera, 6, Torino. GABRIELLA POGGI. Via Carlo della Porta, 18, Torino. GIOVANNI PERACINO. Via Ettore de Sonnaz, 16, Torino. SILVANA LISA. Via Mongrando, 36, Torino. GIULIANA CAUDERA. Via Morazzone, 21, Torino. BLANCA GERA. Via Gassino, 22, Torino.—Desean correspondencia con chicos o chicas españoles de quince a veinte años.

MEXICO

ENRIQUE HURTADO. Miguel Blanco, 715. Guadalajara, Jalisco (México). Desea intercambiar sellos con todos los países.

INGLATERRA

VACACIONES EN INGLATERRA. — Archer's Court, Hastings. Tel 51577. Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

GUATEMALA

CARLOS HERNANDEZ BONNE. 12 Av., núm. 4-50 Z. 1, Guatemala, C. A.—Desea sostener correspondencia con amigas y amigos de todo el mundo, para intercambio de postales, sellos, etc.

PUERTO RICO

MIKE A. CORREA. Regional, 190 (Mirador). Urbanización Valencia. Río Piedras (Puerto Rico).—De veinticuatro años, soltero, sin fines matrimoniales, católico, desea correspondencia con españoles, exigiendo fotografía, para intercambio de revistas, postales, fotos, discos, etc.

PORTUGAL

ACURCIO GONÇALVES. Casa Pía de Lisboa. Secção de Pina Manique. Belem, Lisboa (Portugal). Desea correspondencia con jóvenes españolas de dieciséis a dieciocho años.

FILIPA MARTINA ALMEIDA. Rua 1.° de Dezembre. Lote 5, 1.° izquierda. Amadora (Portugal).—Estudiante portuguesa, de diecinueve años, desea mantener correspondencia de carácter cultural con jóvenes lectores de MUNDO HISPÁNICO, pudiendo escribir en español, portugués, francés e inglés. Desea conocer a joven de una Academia Militar, Naval o de Fuerzas Aéreas.

JOSE ALFREDO ALBURQUERQUE. Outeirinho da Amandaeira. 2. Lisboa.—Desea correspondencia con una joven de quince a diecisiete años.

ALFREDO SAMUEL PEREIRA. Rua 12, lote 35, 2.° izq. Pontinha (Portugal).—Desea correspondencia con joven lectora de MUNDO HISPÁNICO, de dieciséis años.

Buzón filatélico

LINDOLFO FUERSTENAU. Rua São Francisco, 380. Santa Maria, Río Grande do Sul (Brasil).—Desea intercambio de sellos de correos universales.

MARIO TRAPANESE. Lavalle, 2594, 4.°, 16. Buenos Aires (República Argentina).—Desea sellos conmemorativos y aéreos de todo el mundo.

CASA GALVEZ. Príncipe, 1. Madrid (España).—Tiene a la venta el mejor catálogo de sellos de España; edición limitada.

CARLOS LOPEZ RODRIGUEZ. Meléndez Valdés, 43. Madrid (España).—Desea sellos de «escudos» de Venezuela, a cambio de otros de España y Europa, usados.

Los trabajos y los días



INTERCAMBIO COMERCIAL

En un reciente informe de la CEPAL se expresa que «las corrientes tradicionales de intercambio comercial de América latina con el resto del mundo han dejado de ser adecuadas para satisfacer por sí solas todas las crecientes necesidades de sus pueblos». El informe aporta un dato definitivo: «tan sólo en 1958, en comparación con el año anterior, el valor de las exportaciones tradicionales de América latina se redujo en 700 millones de dólares, principalmente debido a la baja de los precios de los productos primarios en los mercados mundiales». He aquí, pues, la dramática situación de los pueblos subdesarrollados de Iberoamérica: el precio de sus exportaciones baja, mientras que el de sus importaciones sube. La única salida, que ahora se afronta, es la diversificación económica, la industrialización y el aumento del comercio interiberoamericano a través de un amplio Mercado Común.

BUENAS RELACIONES

Las relaciones entre Iberoamérica y el Oriente Medio se intensifican. Es cada día más frecuente la elevación al rango de Embajadas de las representaciones diplomáticas mutuas. Ahora, el Irak establece su primera representación diplomática en la América hispana, en Buenos Aires.

SINDICALISMO CRISTIANO

En el Congreso de la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC), tercero de los celebrados, que ha tenido lugar recientemente en Quito, con asistencia de delegados de diecinueve países americanos, se ha decidido organizar la Confederación en tres zonas: la del Pacífico (Perú, Bolivia, Ecuador, Chile), con sede en Lima; la del Atlántico (Argentina, Paraguay, Uruguay, Brasil), con sede en Buenos Aires, y la del Caribe (Venezuela, Colombia, América Central, Antillas), con sede en Caracas. La CLASC es, a su vez, la organización regional de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos, con sede en Bruselas, y se creó en Santiago de Chile en 1954.

COMUNISTAS

La atención que el mundo comunista dedica a Iberoamérica es cada día mayor y, por tanto, más inquietante. Lo mismo Rusia que China se interesan cada día más por su penetración en este continente, conscientes del gran futuro de Iberoamérica en el juego mundial. En Moscú se ha establecido una llamada «Universidad de la Amistad», especialmente dedicada a alumnos becarios de Africa, Asia e Iberoamérica. Por su parte, la China roja incrementa en forma considerable su dedicación a los problemas suramericanos. Recientemente se ha destacado que la prensa comunista china ha concedido un mayor espacio a los acontecimientos de Hispanoamérica que a la misma visita de Jruschov a los países del sudeste asiático.

DEMOGRAFIA

En un estudio publicado por la Universidad norteamericana Jorge Washington sobre la población y su crecimiento en todo el mundo, se expone que los países de la América Central figuran a la cabeza en cuanto al índice de aumento demográfico anual. Si la tasa actual continúa constante, resultará que en el año 2000 Centroamérica, incluyendo México, alcanzará los 150 millones de habitantes, aunque tendrá recursos para hacer frente a este contingente humano.

FILATELIA Y ARQUEOLOGIA

La Dirección General de Correos del Paraguay ha sido autorizada para realizar una emisión de estampillas postales, de cuyo producto se destinará una parte para la defensa de las famosas ruinas de Humaitá, que se encuentran en precaria situación «por el avance en forma acelerada del derrumbe de las barrancas del río Paraguay», que pone en peligro la estabilidad del edificio. El decreto autorizando la emisión señala que es un deber patriótico defender las reliquias históricas de la nación, y que las «ruinas de Humaitá materializan el espíritu de sacrificio, el valor y la entereza del pueblo paraguayo», constituyendo «uno de los motivos de mayor orgullo de la nación».

MERCADO COMUN IBEROAMERICANO

El doctor Raúl Prebisch, director de la Comisión Económica para América latina (CEPAL) de las Naciones Unidas, en su defensa del establecimiento de un Mercado Común Iberoamericano, ha aportado datos tan significativos como los siguientes: «Se ha calculado que la población de esta región, actualmente de unos 200 millones, llegará a los 300 millones en apenas quince años. Todo esto significa que, para recuperar y mantener la satisfactoria tasa de crecimiento económico de 2.7 por 100 que caracterizó a la década de postguerra, será necesario que hacia 1967 América latina casi cuadruplique su producción industrial y eleve en un 120 por 100 su producción agropecuaria.» Prebisch considera imprescindible para alcanzar estos objetivos la integración económica iberoamericana, pues es imposible crear industrias competitivas para los pequeños mercados locales. «La necesidad ineludible de dar mayor ímpetu a la industrialización—dice—es, pues, manifiesta; pero cuanto más quiere avanzarse en esa política, tanto más difícil será hacerlo si el proceso sigue cumpliéndose en los 20 compartimientos estancos de los mercados nacionales.» Señálase también que el comercio interiberoamericano es hoy sólo el 10 por 100 del tráfico comercial internacional total de Iberoamérica.

FERIA DE LIMA

La Feria Internacional del Pacífico, de Lima, volverá a celebrarse el año próximo. En vista del éxito constituído por la primera en 1959—visitada por 600.000 personas, que aportaron en concepto de entradas seis millones de soles y en la que se concertaron acuerdos de venta por valor de 300 millones—, el Presidente del Perú ha decidido que la Feria tenga carácter bienal.

LA RUTA DEL CHACO

No tardará mucho en poderse cruzar por carretera el continente suramericano, desde Río de Janeiro al Callao, a través del Paraguay. Este viaje del Atlántico al Pacífico por «la ruta del Chaco», pasando por Asunción, espera el término de algunos tramos de carretera en el Paraguay y de uno de los mayores puentes del mundo, que se construye en «Puerto Stroessner», bajo los auspicios del Brasil. El término de estas obras también permitirá al Paraguay una fácil salida por carretera hasta los puertos brasileños del Atlántico.

ISLAS GALAPAGOS

El rector de la Universidad de Guayaquil, señor Parra Velasco, se alarma, en un artículo publicado en la prensa de esta ciudad ecuatoriana, ante los planes de colonizar las islas Galápagos—adelantadas del continente iberoamericano en el Pacífico y, por tanto, de incalculable valor estratégico—con cien familias norteamericanas. El señor Parra Velasco teme una posible «tejanización» del archipiélago.

PRIVILEGIOS AL CLERO IBEROAMERICANO

Por Su Santidad Juan XXIII ha sido prorrogada hasta el 31 de diciembre de 1969, o sea, por diez años más, la concesión otorgada por sus antecesores León XIII, Pío XI y Pío XII autorizando al clero y fieles iberoamericanos y filipinos para no ayunar en determinados días del año.

OPERACION MATRIMONIOS

Uno de los mayores problemas legales de toda Iberoamérica—desde luego, más grave en algunos países que en otros, pero muy acentuado en las regiones campesinas, sobre todo del Caribe—es el enorme porcentaje de familias no constituídas legalmente. Esto origina que, en algunas zonas, más de la mitad de los nacidos son hijos naturales. Actualmente se está procediendo en Cuba a la llamada «Operación Matrimonios». Miles de éstos están siendo legalizados, contrayendo al mismo tiempo el matrimonio civil y el religioso.

MUNDO HISPÁNICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 146 - MAYO 1960 - AÑO XIII

Depósito legal. M. 1034-1958

SUMARIO









Y ADEMAS, EN ESTE NUMERO:
«Ricardo Levene».—«El Museo Marés, de Barcelona».—«Los sefardíes y el Congreso de Academias de la Lengua».—«Los muertos», cuento de José María Sanjuán.—Dos narraciones de Hugo Lindo.—Y las habituales secciones: Los lectores también escriben, Heráldica, Estafeta, Los trabajos y los días, Libros abiertos, Exposiciones, Humor, Decoración, etc.

PORTADA: **Fotocolor Lara.**

CONTRAPORTADA: **Políptico de Santa Clara, del Museo Marés, de Barcelona. Fotografías de Basabe, Lara, Masats, Henecé, Ortiz, Ruiz Vernacci, Pando, Trabajos Fotográficos Aéreos, Simón López, Anglada, E. Ruiz García y Archivo «M. H.». Colaboración artística de Molina Sánchez, Carpe, Opisso, Tapiola, Iglesias del Marquet, Manzano, Aurelio, Daniel del Solar y A. Montero.**

La venta abier

Con la cultura al hombro

PARTIENDO, al paso, desde las tierras de maíz centroamericanas, se puede seguir, hasta Nuevo México y Arizona, el rastro estratigráfico de una vieja cultura milenaria: la vasija de barro.

Este indio—pantalón blanco, petate y huaraches—lleva, sin saberlo, la cultura de su pueblo al hombro. A lo largo del camino, dejando atrás los volcanes, las milpas cultivadas y los campos verdes y cálidos del plátano, este alfarero recrea la historia convirtiéndose en arqueología viva: hombre.

Dando un corte vertical a la tierra, aparecen, confundidas con el derrotero geológico de los siglos, los cementerios de las colectividades indias del pasado, reflejando su existencia en el barro: vasos para el agua, cántaros para el camino, vasijas e incensarios para las ofrendas a los dioses. Sobre todo al señor de las cosechas de maíz: la vida de cada día.

Desde las alturas de Guatemala a las tierras bajas—hasta El Salvador y Honduras—, la cerámica *Tepeu* significó y fué un día el ejemplo estético más alto. Después los mayas introdujeron las variantes de los colores. Lo plástico y lo empírico riñeron así su eterna batalla. Como siempre, dan ganas de preguntar: ¿Qué es preferible, la belleza o la duración?

Gran número de pueblos indios eligieron la belleza, y sus alfareros se esforzaron en proporcionar a sus piezas los más bellos colores: el rojo y el negro, la escala de los anaranjados y turquesas. El problema técnico estribaba, como es sabido, en algo esencial: los óxidos de hierro, utilizados como pigmento, no resistían las fuertes temperaturas, de forma que su relampagueante brillantez se perdía si el barro pasaba de los 900 grados. ¿Qué hicieron? Prefirieron el color y la belleza, pero también la fragilidad, porque los hornos a muy bajas temperaturas no endurecían totalmente el barro.

Todavía en San Ildefonso (Nuevo México) se conserva la tradición de la vasija policromada y relampagueante—lustre negro—, donde la temperatura no pasa de los 670 grados centígrados. Por eso este alfarero, con la cultura al hombro, representa siglos de búsqueda perspicaz, curiosa e inagotable para lograr la síntesis entre la solidez y la belleza. Pisando el duro, bello, caliente, suelo de la historia centroamericana, este indio caminante nos devuelve la imagen, trascendida, de la existencia y el arte de vivir.

ENRIQUE RUIZ GARCIA


na
ta

MADRID DE TODOS LOS TIEMPOS

Por EDUARDO MARCO

La portada de La Latina, recientemente reconstruida y restaurada y fiel a uno de los estilos más puros que en Madrid se han desarrollado, sirve desde ahora de pórtico a la ciudad y de marco simbólico a las páginas que, como cada mayo, dedicamos a la Villa. Las de hoy están dedicadas a la más popular y más nueva fisonomía de Madrid. (Foto Henecé.)



DOS PUERTAS DEL SOL

HUBO un tiempo en que Madrid empezaba—¿o acababa?—en este famoso lugar, al que todavía llegan viajeros inquiriendo dónde puede admirarse esa célebre Puerta del Sol de tanta nombradía en el mundo entero. Y no hace mucho, ante la obstinada curiosidad de toda una familia extranjera y turista, se dispuso a pasear y relatar la historia de la Puerta del Sol un amigo mío, que, por mor de la amabilidad cortesana, consumió toda la tarde—y aún se quedó corto—en esta breve y entretenida circunvalación.

Parece que no sólo se alzó aquí una de las puertas de la ciudad, sino que había existido un castillete en el que se defendían los moros de los cristianos o los cristianos de los moros, o de ellos mismos. Esto está oscuro. Más claro es que el sol debió de estar representado en esta puerta, desde cuyo umbral Madrid era ya campo: camino de carretas, carrera hacia San Jerónimo y camino de Alcalá. Puerta que fué derribada «para ensanchar y desenfadar una tan principal salida», según nos dice Lopez de Hoyos en 1570, una de las primeras veces que se deja nota escrita sobre la Puerta del Sol.

En riesgo ya de cometer desaguisados, y puesto a recoger opiniones, la de Rafael García Serrano, que es también la mía: que se llama Puerta del Sol porque por aquí entra el sol cada mañana, porque por aquí se dan las horas a toda la Península, porque aquí está ese redondo y exacto kilómetro cero desde el que se mide la andadura desde los tiempos de Felipe II el Serio. Desde aquí—¿no es lo lógico?—el primer minuto, el primer rayo de sol y las primeras varas castellanas de buen paso hacia el mundo entero. Y si pensamos en Madrid vemos la Puerta del Sol, y si nos vamos de Madrid recordamos la Puerta del Sol. Es centro cierto y verdadero, y más aún, es el corazón de Madrid. Diana, gol, premio, blanco, caras. Estar en Madrid y en la Puerta del Sol, eso que llaman miel sobre hojuelas no puede ser nada mejor.

Algunos quieren ver ahora la Puerta en la de Gobernación, hoy Dirección General de Seguridad, pero antes Casa de Correos, que es para lo que la hicieron en 1786. Y eso sí que es locura.

La Puerta del Sol ha sido escenario de toda la historia madrileña y aun de la Historia de España, y hasta, a veces, también un poco de la de Hermana América. De vez en cuando ha sido tintero de tinta clara e indeleble para plumas insignes. Y en cualquier momento ha sido siempre aventura, evocación, comercio, visita, paseo, cita, encuentro, olvido, fiesta, trabajo y holganza. ¿Para qué decir más? La Puerta del Sol está ahí, en dos imágenes que en todo y en nada se diferencian.





LOS DOS MADRILES

He aquí los dos Madriles más famosos: el que dibujara don Pedro Teixeira en 1656 y el que la luz de nuestro mes de mayo dibuja desde esta altura. A un lado, la «topographia de la Villa de Madrid». A la derecha, el fotoplano aéreo de Madrid, según las últimas obras y modificaciones que se han operado sobre su extensa piel.

Este nuestro Madrid, que en una determinada época púsose a crecer sin rebasar el área de su edificación, pues que estaba creciendo hacia arriba, como los infantes, es hoy una extensión urbana de 531 kilómetros cuadrados, un polígono ocho veces mayor de lo que permite ver esta doble ventana de nuestra fotografía. Pasada su mayoría de edad, comienza su ensanchamiento. Madrid alza sus nuevos barrios. Los 281.000 habitantes de 1857 son, en 1959, dos millones cumplidos; serán, para cuando redondee el siglo, cinco millones. Madrid, abierto, extenso, organizado, casa y balcón de los trienta millones de españoles, ha de trazar previsiones para este desarrollo interno. A esos sectores del centro, sin nada digno de conservarse, han de sustituir nuevas urbanizaciones, tal como años atrás se hiciera con la Gran Vía, justamente el 4 de abril de 1910, hace cincuenta años.

Aquí, a vista de pájaro, y debidamente señaladas, las tres arterias que constituyen las tres reformas principales de Madrid, conjugada cada una en su tiempo (pasado, presente y futuro): Gran Vía (A), Gran Vía San Francisco (B) y Gran Vía Diagonal (C). La primera—avenida de José Antonio, mejor llamada Gran Vía José Antonio—pertenece a un cercano pretérito imperfecto; unió la calle de Alcalá con la plaza de España. La segunda está en gozo de realidad presente; despejará una estupenda vía desde San Francisco hasta el monumento a Cervantes. La tercera sólo es proyectada perspectiva.

Si la primera Gran Vía comenzó siendo ilusión, y después bromas e ironía, y más tarde alegría en la zarzuela de Chueca, y luego realidad, y estrechez por último, no parece que la nueva Diagonal vaya a dar los mismos pasos. En ésta, en primer lugar, fué el entusiasmo; en segundo, la polémica; en tercero, el proyecto, la ilusión y el temor. En la primera, desde el primer proyecto hasta la iniciación de las obras, transcurrieron ochenta y seis años; desde el comienzo hasta el fin, treinta y ocho. En 1862 se había presentado el primer proyecto; en 1885, veintitrés años más tarde, el segundo. Motivo suficiente para que ello se convirtiera, antes que en ninguna otra cosa, en una «revista madrileña cómica-lírica-fantástica-callejera», por obra e inspiración de Felipe Pérez y los maestros Chueca y Valverde: «La Gran Vía».

En 1909 se presentó, al fin, el proyecto definitivo, y un año después, a los sones del pasodoble «Dos de mayo», de Chueca, Alfonso XIII inauguraba las obras.

Toca ahora dar somera noticia de la nueva Gran Vía Diagonal, a la que deseamos más expeditivos trámites. El 17 de marzo de 1958 se aprobaba un anteproyecto de Vía Diagonal plaza de España-plaza de Colón.

Este proyecto de vía comprende tres calles: una central y dos laterales, de acompañamiento, para ordenar el tráfico. La calle central tendrá 49 metros de anchura, sin contar las aceras, que medirán 10,45 metros cada una. La calzada estará dispuesta para ocho líneas de circulación—cuatro en cada dirección—, separadas por un seto central, más una franja de estacionamiento en línea en cada lado. Las dos calles laterales serán de 16 metros de anchura, más 2,50 metros de acera a cada lado.

Cuanto ocurrió con la Gran Vía puede, es cierto, suceder con la Diagonal. Pero ahora se ha estudiado bien la anterior experiencia. Tal vez por eso no ha hecho aparición el escepticismo, sino la polémica.

Puntos de referencia: 1. Plaza Mayor.—2. Puerta del Sol.—3. Plaza de la Cibeles.—4. Parque del Retiro.—5. Palacio de los Deportes (este último en la zona que hace mucho tiempo desbordó la vieja planificación de Teixeira).


C
5
3
A
4
2
1
B



NOCHE Y DIA Y ENSUEÑO DE MADRID

Lo bueno de la Gran Vía es que no tiene noche. Tiene, en cambio, dos días igualmente claros y bulliciosos. Uno de luz cenital, celeste, limpia; el otro, de luz blanca, de neón, de artificio, de guiños. Un día le viene a la Gran Vía de su arranque con Alcalá, en el aristocrático tramo, en el importantísimo sector de los bancos; el otro le nace de su propio seno, balcones abajo, de esas enormes teas de luz eléctrica, de sus actualísimos y locos anuncios y de los proverbiales escaparates de sus tiendas, cuyo lujo y buen gusto es, para el Alto Tribunal de las Mujeres Expertas en Tiendas, de categoría internacional.

La Gran Vía José Antonio tiene, como la música de «jazz», ritmo sincopado. Apresura el circulatorio torrente de gentes y de automóviles a unas horas fijas. Es la hirviente sangre de la ciudad, pintada con el tecnicolor de su diversidad, estimulante como esa roja hemoglobina del rioja seco. Con la perezosa cadencia de Harlem—Gran Vía cosmopolita—, recala en la calma de sus terrazas y de sus casinos. La gigantomaquia de sus edificios juega con la liliputiense aventura de su hormigueo continuo. Grandes cines, grandes sueños, grandes pantallas para comerciar, grandes espacios superpoblados y superespirados por multitudes pululantes. Aquí, en la Gran Vía, viven millones de hombres y mujeres. Viven en las casas, en el ensueño, en el deseo, en la ambición. Son millones los que se juegan, los que se pierden, los que se anotan en las pizarras inmutables de las cotizaciones de Bolsa, los que se calculan y se desean cada noche, en cada alba pálida de neón.

La vida, esa cosa tremenda, indecible, se vive a toda tensión en la Gran Vía. Hay seres que despiertan y duermen en la Gran Vía, que jamás salen de ella, que no han visto otro paisaje y conocen, sin embargo, todos los paisajes. Hay gritos sólo para la noticia, para la idea, para el periódico. Hay quioscos de guardia, como bienhechoras farmacias del insomnio y del tedio.

Más abajo, una imagen de la Gran Vía Diagonal representa el sueño, el dorado porvenir, el presente perfeccionado y deseado. Un mundo nuevo que se abre también para la ilusión, para la vida inédita, para la trepidación de un Madrid nuevo y adaptado a sus propias exigencias.

En cuanto a ese otro encuadre, nada podríamos decir ahora. En él, la Gran Vía San Francisco se despereza en silencio. Sale de su endormiscada madrugada hacia el amanecer luminoso de su nueva vida. Vía San Francisco es la realidad inmediata, callada y efectiva. Saludémosla para que se incorpore pronto a ese vivo palpitar de su hermana Gran Vía.

Vieja, nueva y novísima estampa de Madrid, de este Madrid que hace bien poco ha sido definido como una de las capitales mejor iluminadas del mundo. Prueba de ello son estas tres fotografías, como planos de una película que está en pleno rodaje. La vibrante y neoyorquina Gran Vía, en su confluencia con la calle de Alcalá, famosísima y tonadillera. La quietud y la soledad de la carrera de San Francisco, que en breve se habrá transformado en una arteria trepidante, y, por fin, la armonía y la proporción maravillosa de lo que puede llegar a ser la plaza inicial de la nueva Gran Vía Colón-España.



MADRID DE TODOS LOS TIEMPOS

De 1621 a 1665 Madrid vive su mayoría de edad y su prodigalidad más fastuosa. En menos de un siglo no habría variado apenas la fisonomía de Madrid. Sus 12.000 casas—las 14.000 que asegura Quintana o las 16.000 que exagera Núñez de Castro—, entre ellas bastantes casones y muchísimas casuchas, se amontonaban, en un capricho de saledizos, rinconeras, corcovos y esguinces, en las calles y plazuelas tortuosas. Casas miserables de ladrillos y arena, encaladas cada cinco años, que si ostentaban vidrieras ya podían ser ponderadas de magníficas, según asegura Alvarez Colmenar en «Les délices de l'Espagne»; casas cuyos interiores remedaban la arquitectura de los topos, a confesión de Alcide de Bonecase...

La pintura nos la ofrece Federico C. Sainz de Robles en su «Historia y estampas de la villa de Madrid». Tres generaciones se habían sucedido desde que Felipe II estableciera la corte en Madrid sin que se sintiera todavía la necesidad de ensancharlo o de adecentarlo. Es la época en que aparece el plano más antiguo que de la Villa se conoce: el denominado de De Wit, de hacia 1635, en el que se dibuja un Madrid achatado—deformado por la convencional perspectiva de la representación—y corto, que posee aún el soberbio Alcázar, hacia el que se agrupa su caserío, y que acaba no más allá de Recoletos, bordeándole el Prado hasta Atocha, limitándole por el sur el templo de Santa Bárbara, poco más abajo del Rastro.

El primer salto en la historia de Madrid es éste. Un millón de años atrás, el valle del Manzanares nos ofrece un escenario habitado, cuyos vestigios van siendo desenterrados y estudiados ahora en el siglo XX. Pero es, sorprendentemente, a la otra orilla del río. Por la de acá no se sabe que ocurriera nada hasta el siglo XI (año 1083), en que los cristianos de Alfonso VI conquistan a la morisma la famosa fortaleza alzada sobre el cerro del Manzanares, sobre los barrancos que hoy son calle de Segovia y cuesta de la Vega. Levantada la muralla que circunscribiría al primer recinto, fué dejada fuera la Morería, dibujándose ya el cinturón sobre el que se ceñirían los sucesivos ensanches y demarcaciones de la ciudad. Todavía hoy pueden observarse las fases más importantes del crecimiento de la Villa contemplando atentamente cualquier diseño o fotoplano.

En tres siglos Madrid se ha transformado en urbe de nivel internacional, conservando, no obstante, sus más esenciales características vitales. Su crecimiento obedece a los estímulos de sus tenaces gentes, a la incesante incorporación de contingente humano, de aglutinantes políticos y culturales. Se extiende acelerada y dócilmente junto a los caminos que conducen a Alcalá, a Fuencarral; construye iglesias y monasterios, casas y palacetes con el depurado gusto que dicta cada período.

Pocas ciudades en el mundo pueden mostrar su entraña histórica tan a lo vivo como este Madrid de 1960, al que podemos medir el pulso de sus diferentes épocas como el diástole vivo de una entidad palpitante. Porque Madrid conserva intacto el corazón de su pasado en cada una de las plazuelas o monumentos que descubrimos a diario.

El Madrid medieval de los Reyes Católicos se manifiesta en la casa y torre de los Lujanes. El Madrid de los Austrias está todavía en el aire inmóvil de la plaza Mayor, en la que se festejó la canonización de San Isidro y de Santa Teresa, en la que se daban—todavía no había muerto—comedias de don Félix Lope de Vega y Carpio. El Renacimiento italiano adquiere nueva expresión en Madrid por mano de Crescendi y Juan de Herrera. Nacen aquí la cárcel de Corte y el puente de Segovia. Gómez de Mora levanta el noble edificio del Ayuntamiento. El barroco madrileño está inmejorablemente representado por la portada del Hospicio. Más tarde, el Rey Alcalde, Carlos III, impregna a Madrid de un aroma neoclásico, dotándole de palacios, de centros científicos y de expansión, que no sólo afectaba a la cultura, sino a las condiciones de vida y al trazado urbano.

Pero hay también un Madrid de Goya y de gabachos, y un Madrid romántico e isabelino. Hay, para que no se eche en olvido, un Madrid de 1939 y un Madrid de 1960, que para nada recuerda ya la ruina y la escisión sino para plasmar indeleblemente la alegría de la victoria de 1939.

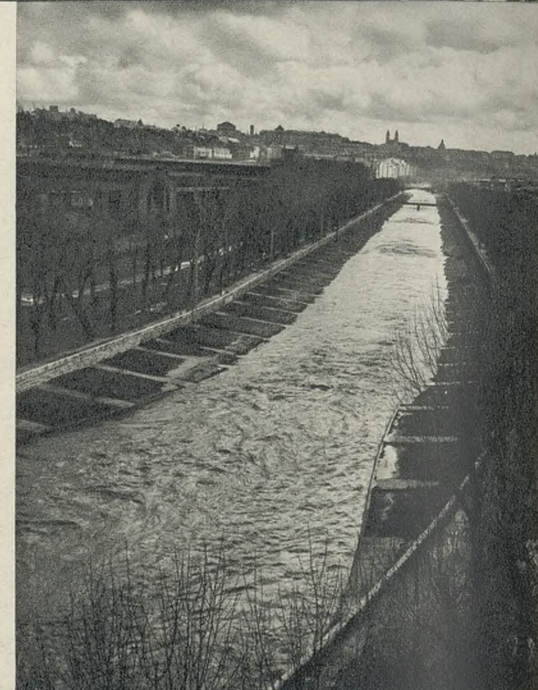


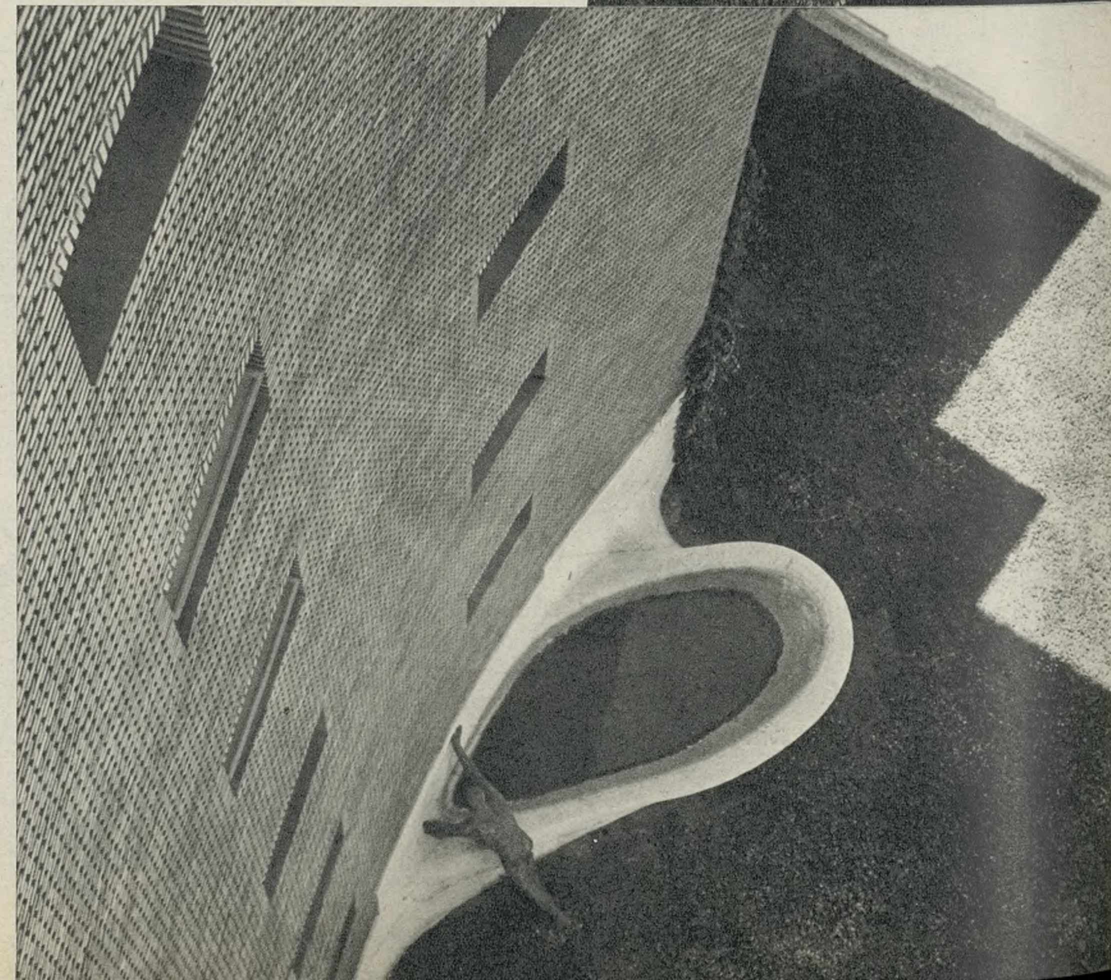
Un Madrid hermoso para los pobres, un Madrid seductor para los ricos, un Madrid admirable para todos los de todos los lugares.

«Madrid—ha dicho uno de sus cronistas, Aguinaga—es una ciudad hecha de muchas incorporaciones. Madrid ha incorporado un baile escocés, que es el chotis; un establecimiento norteamericano, que es la cafetería; una prenda oriental, que es el mantón; una dinastía europea, que es la Casa de Austria; un instrumento italiano, que es el organillo; unos empresarios vascos, que son los Otamendi; un músico salmantino, que es Bretón; una palabra flamenca, que es la «kermesse»; un novelista canario, que es Pérez Galdós; una antigua villa romana, que es Carabanchel; un sainetero alicantino, que es Arniches; una diosa frigia, que es Cibeles; un pintor aragonés, que es Goya, y hasta una infanta borbónica, que es la "Chata".»

Nosotros añadiríamos que Madrid ha incorporado un modo de ser que es síntesis de la raza española.

Fotografías: HENECE, TRABAJOS FOTOGRAFICOS AEREOS, PANDO (AGROMAN) y ARCHIVO DE «MUNDO HISPANICO»





BARAJAS, PUERTA DE AMERICA





En las fotos que ilustran esta doble página aparece, junto al proyecto grandioso, la realidad actual, ya en fase extraordinariamente avanzada. Barajas, puerta de América, como quien dice a dos pasos de la otra puerta, la madrileñísima, la españolísima Puerta de Alcalá, se prepara para recibir a los gigantes del aire. Un nuevo y soberbio edificio, de 600 metros de fachada, se yergue, joven, en las nuevas estructuras. Madrid, corazón de España, recibe y despide con todos los honores a quienes van y vienen cruzando su hospitalario cielo.

LA estación terminal se quedó vieja. Un tráfico muy intenso la sepultó en vida. Ahora, junto a su estructura modesta, se alza la mole brillante del edificio que va a sustituirla.

Desde 1956, la intensificación de los trabajos en el edificio inconcluso ha permitido contemplar lo que será Barajas dentro de unos pocos años. La estación actual no tiene más de 60 metros de fachada frontal. La nueva, cuando esté terminada, alcanzará más de 600 metros de fachada cara a las pistas.

MAS PISTA PARA AVIONES MAYORES: LLEGAN LOS «JETS»

La aviación civil de todo el mundo se ha orientado hacia los aviones de reacción en las grandes líneas. Barajas ya conoce los vuelos habituales del Comet IV, pero resulta un aeropuerto incómodo para los gigantes norteamericanos: el Boeing 707, el Douglas DC-8 y los Convair, grandes cuatrimotores que transportan una media muy por encima de los 100 pasajeros.

La «incomodidad» no es incapacidad. En Barajas puede aterrizar, y de hecho ha aterrizado, el Boeing 707 en vuelo de pruebas. Pero como Madrid se encuentra a más de 500 metros sobre el nivel del mar, los aviones grandes necesitan pistas muy largas para despegar a plena carga. Como se sabe, al aumentar la altura se hace más difícil el despegue de los aparatos.

Por todo ello, Barajas se está disponiendo para cuando lleguen los aparatos a reacción, prolongando una pista hasta 4.100 metros y preparando el edificio terminal, por lo menos en parte.

Los gigantes de 135 toneladas, que cargan 80.000 litros de combustible y pueden volar 8.300 kilómetros sin escalas a casi 1.000 kilómetros por hora, tendrán en Barajas una acogida digna de nuestro aeropuerto central. Se habla de ese acontecimiento—vuelos regulares de los «jets»—para el próximo mes de agosto.

En el nuevo Barajas habrá dos grandes zonas, que separarán a los viajeros del interior y exterior, de modo que distintas dependencias atiendan a quienes precisan trámites diferentes.

En ambas zonas hay detalles curiosos. Por ejemplo, en la nacional se preparará un garaje, con capacidad para 45 automóviles, de modo que, si usted viaja hacia Barcelona, pueda acudir al aeropuerto en su propio coche, dejarlo en el garaje y recogerlo a la vuelta.

En la zona internacional se dispondrá de un verdadero «puerto franco» para los viajeros que, sin entrar en España, tengan que hacer escala en Barajas. Mientras su avión reposta, o mientras aguardan, a la espera de enlazar con otra línea, podrán utilizar los servicios completos de una pequeña zona, separada del resto de las dependencias. Así, evitándose el pasar la aduana y demás etapas oficiales de entrada en el país, se ven atendidos por completo.

LAS MALETAS, EN CINTAS TRANSPORTADORAS

Vamos a acompañarle a usted a la nueva estación terminal para desearle un hipotético buen viaje. En un automóvil llegaremos a la autopista, la recorreremos hasta Barajas y, una vez allí, admiraremos, como paletos, el moderno trébol que forman las distintas rampas al entrecruzarse.

Entraremos en la zona de llegada. Es una calzada cubierta y aislada del exterior, formando un abanico. El coche nos dejará en la puerta de entrada, y seguirá luego hacia el aparcamiento.

Estamos entonces muy por encima de las pistas. ¿Tendremos que transportar las maletas hasta las oficinas de las compañías? No. En absoluto. En la misma entrada son recogidas y transportadas hacia su destino mediante un sistema de cintas y elevadores. Nosotros seguiremos hacia un amplio vestíbulo.

Los servicios del aeropuerto incluyen además los de sanidad—para desinfección de pasaje y equipajes, en caso de necesidad—, comedores—los hay para tripulaciones, altos jefes, subalternos, aparte del general del aeropuerto—, peluquerías de señoras y caballeros, «nursery» para niños, cocinas—con una notable capacidad de preparación de comidas, tanto para los distintos comedores como para los aviones que las sirven en vuelo—, etc., etc.

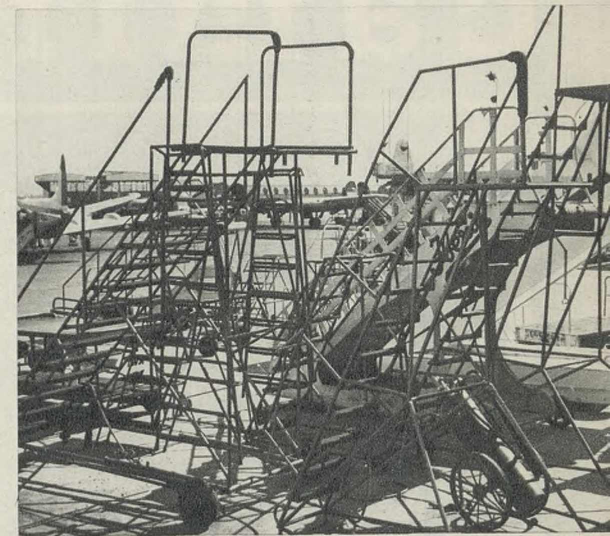
Sobre las pistas darán unas amplias terrazas, a las que se extenderá el servico de bar y restaurante, cuando el tiempo lo permita. Amplias terrazas para que el público pueda contemplar cómodamente el ir y venir del aeropuerto. En una de ellas se ha previsto una sala de fiestas con una pequeña pista de baile.

En el edificio central, para mayor eficacia, se han instalado «buscapersonas», pequeños paneles en los que aparece un número, a la vez que suena un zumbido. Cada empleado que trabaje en esa zona responderá a un número determinado.

EL METRO

El edificio central ha costado alrededor de 41 millones de pesetas; la zona internacional se ha presupuestado en 92 millones, y la zona intermedia, que enlaza con la nacional y el gran edificio central, se ha subastado en 98 millones.

Sería incompleto no citar la instalación de la central térmica, que asegura el alumbrado de pistas y edificios en caso de averías en la red general; los depósitos de combustible, instalados lejos de las pistas, y con las que se comunican por oleoducto subterráneo. Hay varias tomas de combustible en la zona de aparcamiento de los aparatos, de modo que, con rapidez, varios aviones podrán repostar simultáneamente.



Y, por fin, un detalle que ha de llamar la atención de quien no se interese por otros detalles técnicos: se ha previsto la llegada del «metro» a Barajas. En la estructura inferior del edificio se ha reservado un espacio para andén del ferrocarril suburbano. Un detalle de previsión que nos hace soñar en el futuro, cuando Madrid y su «metro» se hayan acercado a Barajas, y uno pueda pedir en la taquilla: «Aeropuerto, por favor.»



COSTA BRAVA



camino adelante

EL turista que salga de Barcelona hacia el norte, en tren o automóvil, tendrá ocasión de admirar muchas veces el panorama que sus ojos contemplen. Irá bordeando playas y más playas: unas prolongadas, otras más pequeñas, todas alegres, separadas por risueños salientes de tierra, en que serpentea la carretera o que atraviesa el ferrocarril. Pasará por muchos pueblos, industriosos casi siempre, limpios, con numerosas «torres», situadas las más en lugares pintorescos, con la montaña a las espaldas y el mar de frente. Cruzará el maravilloso vergel de La Maresma, cuyas flores se exportan a toda Europa. Y llegará, por fin, a la iniciación de la Costa Brava, en Blanes, que no carece de industria y tiene un puerto lleno de barcos de pesca y de embarcaciones de recreo.

Habrá de continuar por carretera, y desde entonces su vista no podrá dejar de recrearse ni un solo momento. Alcanzará Lloret de Mar, el renombrado pueblecito de las varias playas, a cual más bella, con los pinos al borde del agua, que en muy pocos años ha logrado un extraordinario desarrollo turístico, de que es muestra la existencia de más de cien establecimientos de hostelería, varios de lujo, y emplazados en sitios atrayentes. Seguirá hasta Tossa de Mar, «descubierta» por los alemanes antes de nuestra guerra de liberación y ahora conocida de Europa entera, que vuelca sobre ella una muchedumbre de turistas, ávida de las bellezas que atesora y de su despreocupado vivir. Continuará por la célebre carretera que, ciñéndose a las preciosas e innumerables calas, y mediante docenas y docenas de revueltas, llega a San Felíu de Guixols, que estos últimos años se ha decidido a ofrecer al turista cómodos y lujosos hoteles. Hallará poco más adelante S'Agaró, con uno de los mejores hoteles de la costa y su cuidada playa al fondo de una ensenada, hace unos decenios lugar deshabitado, pero hoy urbanización espléndida, con encantadores rincones y un magnífico y prolongado paseo marítimo, que sigue los contornos de las calitas que allí existen. Después, nuevas playas, todas acogedoras, y, entre ellas, Palamós, industrioso también. A continuación, los pueblecitos de Calella de Palafrugell, Llafranch y Tamaríu, a cual más atractivo, y en las inmediaciones de Bagur, esas calas y playas idílicas que se llaman Aiguafreda, Aiguablava, Sa Tuna y Sa Riera, que son la admiración de todo visitante, hoy poco conocidas, pero que muy pronto serán familiares a la masa turística, tanto nacional como extranjera.

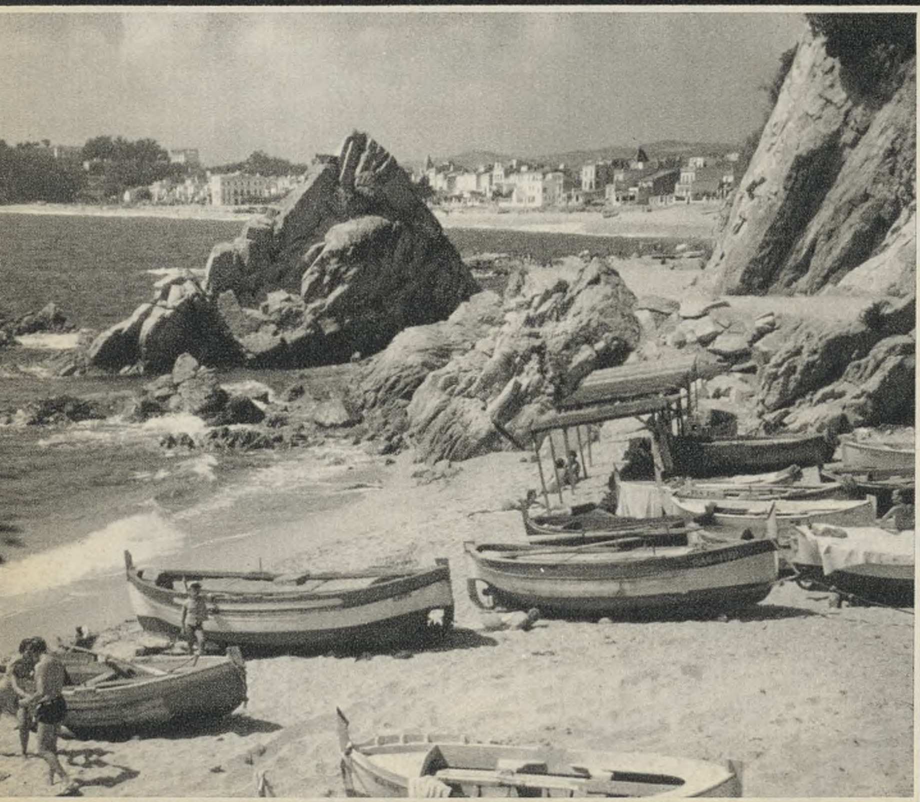
Luego pueblecitos de pescadores, como Estartit y La Escala, con veraneantes deseosos de esa tranquilidad que ya en pocos lugares se halla.

Varía entonces totalmente el panorama, desaparecen las calas y los montecillos con sus bosques y se contemplan las llanuras ampurdanesas, de características tan distintas. Pero a poco, desde Rosas a la frontera francesa, vuelven a sucederse las calas y los cabos, y la costa adquiere toda su bravura, haciéndose inaccesible con frecuencia. Cadaqués, Port Lligat, Puerto de la Selva y Llansá son los pueblos que salpican y embellecen, si cabe, este trozo de la provincia de Gerona, tan hermosa y rica en su parte costera—que a la ligera estamos describiendo—como en su interior, plagada de reducidas agrupaciones humanas, generalmente dedicadas al cultivo del fértil suelo y a la explotación de sus productivos bosques, que pueblan los montes que constituyen las estribaciones de los Pirineos, en los que no faltan estaciones invernales, como La Molina y Nuria, donde la iniciativa privada está haciendo cuanto puede, construyendo hoteles y telesillas, para atracción del turismo.

No es posible terminar sin aludir a la capital gerundense, llena de sabor y recuerdos históricos.

Id, americanos; id, españoles, a esa maravillosa provincia. Encontraréis sol, alegría, selvas al lado del mar, playas como hay pocas y alojamiento adecuado a vuestras posibilidades. Volveréis a vuestros puntos de partida con recuerdos inolvidables.

Texto e ilustraciones fotográficas de CARLOS ANGLADA



De izquierda a derecha y de arriba abajo: Blanes, desde el Jardín Botánico. San Pol de Mar. Lloret de Mar. Tossa de Mar. Aiguafreda. Tossa de Mar.









A Opisso

Dos pintores del circo

Por Sebastián Gasch

EL circo, simple y casto, fuerte y sano, emporio de la fuerza, del equilibrio, de la gracia y de la destreza, ha ejercido siempre una influencia decisiva en la obra de los pintores.

Es muy natural que así sea, porque esa fuerza, ese equilibrio, esa gracia y esa destreza se ven quintaesenciados a la luz de los reflectores del circo. En efecto, cada gesto en el circo, dentro de un lenguaje universal, aparece cargado de potencial humano. No deja nunca de sorprender el punto de exigencia personal, la cantidad de inventiva, con que cada ejercicio circense se nos presenta para que parezca lleno de significado. Surge ese ejercicio a nuestra conciencia, despertándonos con el clarinazo de las cosas conocidas, pero acto seguido vemos que aquello es distinto, que se le ha dado un sesgo emotivo o humorístico de la mejor cepa, lírico en su arranque humano, definitivo, por cuanto han sido agotadas física e intelectualmente todas las posibilidades expresivas.

Así, pues, los pintores van al circo para descubrir en él una verdad humana y para reaccionar emotivamente ante unos elementos altamente plásticos que puedan dar mayor fuerza y viveza a su concepto estético o proporcionarles un nuevo enriquecimiento.

Los pintores han amado siempre el circo. No puede ofrecer duda que nadie ha superado a Toulouse-Lautrec, pintor del circo. Nadie ha descrito el circo con la autenticidad y la pasión de



Lautrec. Los demás pintores se han valido del espectáculo de la pista para expresar los temas que les son peculiares. El circo se metamorfosea al capricho de estos pintores.

Se vuelve poético con Joan Miró, abstracto con Villon. Los acróbatas se convierten en «monigotes» sublimes en la obra de Klee; el grafismo y los colores de Léger dan a las formas su mayor pujanza expresiva. En un rostro de payaso, Rouault descubre los estigmas de un drama humano. En los arlequines de Picasso, azulada o rosada geometría de la desolación, ante las carretas de la farándula, que levantan sobre la tierra el último polvo, hallamos el gran símbolo de la eterna tristeza humana, mostrada en su último sedimento.

Asoman hoy a estas páginas dos pintores españoles que han advertido

Alfredo Opisso se siente irresistiblemente atraído por los circos ambulantes, en donde la sensibilidad se afila y agudiza. Es en los circos trashumantes donde respiramos con mayor intensidad los olores cálidos y fuertes, los olores turbadores del circo, esos acres aromas que suben de los pasillos y de la pista cual el perfume tosco de la aventura. Es en los circos viajeros donde más podemos sentir el frío de un férreo barandal, la suave caricia de un tapizado...

Así Alfredo Opisso es el hombre que ventea como un perdiguero la instalación de unos mástiles, de unas lonas, en el solar de una feria, y evoca el circo con la fidelidad, con la sensibilidad de los mejores pintores de la pista. Pero sus lienzos no son simples documentos, como los vemos con frecuencia en tales dominios, sino pintura; ante todo y sobre todo,



la gran cantidad de elementos humanos y plásticos que les brinda el circo. Así, el circo tiene ancha representación en la obra de Alfredo Opisso y de José Tapiola.

ALFREDO OPISSO

Nació en Barcelona el 7 de agosto de 1907. Cursó sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de su ciudad natal. Entre los años 1931 y 1958, Alfredo Opisso ha efectuado quince exposiciones particulares y ha participado en numerosos certámenes colectivos celebrados en España y en el extranjero, entre ellos las Bienales Hispanoamericanas. Figuran obras suyas en importantes colecciones españolas y extranjeras.

Si bien es verdad que Alfredo Opisso cursó sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, no es menos cierto que se formó artísticamente a la vera de su padre, Ricardo Opisso, célebre dibujante humorístico, que pasó una gran parte de su juventud en París. En la ciudad del Sena, Ricardo Opisso colaboró en *Le Rire*, en *Fantasie*, en *Frou-Frou*, en otras publicaciones parisienses. Gran amigo de Picasso, Ricardo Opisso frecuentó con él los bastidores del Circo Medrano, y el circo ocupa un lugar destacado en su producción artística de aquella época. El veterano artista ha legado a la posteridad sabrosas evocaciones de la gente del viaje.

Alfredo Opisso ha heredado de su padre el fervoroso amor al circo. La fragancia de la pista le ha sujetado, le ha encadenado, le ha envenenado, desde su tierna infancia. El amor al circo se le ha metido dentro, en los entresijos del ser que determinan las vocaciones.

pintura. Y con medios específicamente pictóricos, Opisso consigue rememorar lo más difícil de evocar: la atmósfera cálida e íntima del circo, su inefable poesía, su rotunda plasticidad, su luz; incluso osaríamos decir sus olores, su fuerte y áspera fragancia, los aromas mezclados y embriagadores del circo—a cuero, a resina, a maderas raras, a corcho y estera, a cuadra y establo—, esa extraña fragancia de la pista que, dotada de extraordinaria sutilidad, se introduce suavemente entre los poros de la circunferencia de arena, aromatiza las lentejuelas del payaso y circuye las lámparas eléctricas de un halo azulado, perfuma la sonrisa de la amazona y el *voilà !* del acróbata.

El apasionado amor al circo sugiere a Alfredo Opisso asuntos de una gran diversidad de formas. Y Opisso las eleva a una especie de universalidad, conservando, empero, para los conocedores de la vida del circo, su carácter peculiar. Algunos de los lienzos de Opisso mezclan la intimidad en la grandeza con un acento misterioso y casi esotérico (el circo tiene también instantes de ésos, y pienso en los efectos de luz verdosa, que proporcionan a ciertas pinturas de Opisso una poesía turbadora). De soberbia calidad son igualmente sus apuntes espontáneos, que ponen bellamente de manifiesto un excepcional dominio del dibujo y la libertad irreemplazable que ese dominio lleva aparejada.

Alfredo Opisso no se acantona en los temas circenses, pero constituye una gran ventura el hecho de que el circo pueda rebasar los simples límites del documento, merced a uno de los pintores más inteligentes y agudos del momento actual.



JOSE TAPIOLA

Nació en Gerona el 29 de octubre de 1919. Entre los años 1942 y 1958 ha celebrado veinticinco exposiciones particulares. Ha participado en innumerables exposiciones colectivas, efectuadas en España y en el extranjero, entre ellas las tres Bienales Hispanoamericanas, las Exposiciones Nacionales de Madrid (desde 1944 a 1956), los Salones de Primavera y de Otoño de Barcelona (desde 1944 a 1953), Salón de Mayo de Barcelona (1957), etc. Obtuvo premios en la Exposición Nacional de Madrid (1944) y en la II Bienal Hispanoamericana. Tiene obras con importantes colecciones españolas y extranjeras.

José Tapiola es índice de afabilidad y trato cordial. Posee todas las elegancias, y naturalmente la de la sonrisa, que es siempre expresión de un espíritu selecto. Físicamente grueso e intelectualmente agudo, rostro ancho y moreno—color de terracota—, calva prematura en la frente, bigote filiforme, cuando Tapiola lleva su abrigo corto con cuello de astracán, tiene todo el aspecto de un domador de la *belle époque*...

En su niñez, y en su Gerona natal, producía una viva impresión en el ánimo de Tapiola una barraca en que se bailaba el charlestón, unas ciclistas que evolucionaban a los acordes de «La marcha triunfal» de *Aida* y el olor despedido por los claustros románicos de San Pedro del Galligans, adonde su padre le llevaba los domingos. Allí sintió por vez primera el amor hacia las piedras románicas y una repugnancia invencible por las estatuas de yeso sitas en la parte alta del claustro, en donde estaba instalado el Museo Provincial. Nada le decían los Vayreda, los Clará, los Urgel, que albergaba aquella pinacoteca. Jamás le han interesado esos artistas, y en aquellos años ya se sentía atraído por la elegancia y la vistosidad de las tablas góticas, que el muchacho asociaba con la deslumbrante rutilancia de los trajes de lentejuelas de los payasos.

Hablamos de la primera infancia de Tapiola y de los posibles puntos de arranque de su pintura. Ambiente burgués que, por contraste, estimula su vocación pictórica, que no logran encauzar las enseñanzas recibidas en la academia de un señor Aguilera, el cual no acierta a comprender las inquietudes artísticas del muchacho. Total, una infancia vulgar, una adolescencia frustrada por nuestra guerra. ¿Se debe a ellas el expresionismo dramático, a veces patético, que se trasluce en los temas circenses de José Tapiola? Pocos animales hay en estos lienzos, donde el pintor se muestra principalmente preocupado por revelar la soledad del artista circense, ya sea payaso, ya prestidigitador o acróbata. Y los escasos animales que el artista traslada a sus cuadros se hallan solos también, en un circo desierto, sin que ni siquiera los acompañe el domador. Es ese carácter de aislamiento, de soledad, contraste sorprendente con la vida trepidante de la pista, lo que constituye el auténtico elemento dramático de las obras de Tapiola.

Otros pintores han expresado esa visión triste, melancólica, del circo, pero con un vocabulario distinto; sin esa reciedumbre expresiva implacable, sin ese patetismo escalofriante, que infunden a la pintura de Tapiola una originalidad indestructible. Y si muchos pintores internados en tales dominios han caído en el melodrama, Tapiola puede enfrentarse con todos los personajes del circo sin correr el riesgo de caer en esa trampa, a causa, sin duda, de la vehemente predilección por el color que siente rotundamente nuestro artista. En efecto, Tapiola posee un sentido portentoso del color. Hay en todas sus telas una fuerza cromática viva, incisiva, desbordante. Tapiola inunda sus lienzos de vigorosas tintas, de cálidos tonos, que a veces rozan la estridencia polifónica. No por ello, sin embargo, dejan de tener una expresividad verdadera y ese agudo sentido del ritmo efectivo y atrayente que guía y conduce a la composición. La pintura de Tapiola lleva a cuestas una fuerte carga de transposición decorativa del color. Pero el artista no se sirve de esa transposición para evadirse de la vida, sino para acercarse a los seres y a sus ambientes como si intentara libertarlos de toda angustia, logrando así redimirlos con una buena dosis de cordial humanidad, y a veces dejando vislumbrar en ellos un poco de alegre y diáfano pintoresquismo; un pintoresquismo de buena ley.

Esa soledad, esa melancolía, ese drama del artista circense, redimidos por la luz y la alegría del color, los ha visto a maravilla el poeta Fernando Gutiérrez, que ha escrito las siguientes líneas: «Esa alegre melancolía del circo y esa melancólica alegría de los artistas de circo, de la mujer del caballo—que es como llaman los niños a la *écuyère*—, o del payaso, de todo ese color que se mueve y alborota un poco, Tapiola nos la trae con esa luz que no es la socorrida, casi con la misma ingenuidad con que la recordamos de nuestros mejores tiempos. Viene vestida un poco de gala, como si dijéramos a toda luz. Parece pintada por unos pinceles contentos, tan contentos como para sentir de pronto un poco de tristeza que dejar en el rostro de una mujer, o en un rincón de galería de esa Gerona que se mira en el río. Entonces le sorprende a uno ver que algo de la triste alegría del circo ha ido a posarse en esa ropa tendida que cuelga sobre el agua. Tapiola saca entonces de su paleta una poesía tan viva, tan elocuente, tan vibrante, que se hace difícil no reconocerle como si fuera una especie de tercera dimensión que diera profundidad a sus lienzos y hondura a sus personajes circenses.»

• • •

Resumiendo: Alfredo Opisso y José Tapiola han visto el circo de la mejor manera posible: con entrañable emoción. No pueden ambos pintar sus lienzos de otro modo. La pista sin luz y sin calor, sin anécdota viva y palpitante, apenas se diferencia de otro espectáculo cualquiera. Pero para quien sabe captarla y sorprenderla en su escorzo rápido y difícil, para quien es capaz de desarrollar esos trazos y esas curvas y esas volutas de rayas discontinuas y de puntos suspensivos con que en los añejos carteles se explicaba la trayectoria o la parábola de los saltos, el circo ofrece la más fragante sugestión, el más fresco y puro encanto, los mismos que emanan de los lienzos de Alfredo Opisso y de José Tapiola.



VILLA RICA DE LA VERA COCINA Y EL BON VINO

CUANDO la primavera presenta sus cartas credenciales, uno siente ganas de echarse a la carretera. La carretera quedó al margen de la vida con la invención del ferrocarril. Las fondas de estación reemplazaron, sin ventaja notable, a las viejas posadas camineras. Luego, el automóvil nos ha devuelto felizmente la carretera y, con ella, la noble institución de la venta. Como dichosa consecuencia, la sopa caliente de las fondas de estación ha pasado a la historia, de modo que la gastronomía viajera se ha apuntado un buen tanto.

Por la carretera se va viendo a España, y a mí me gusta verla y aun saborearla desde un coche pequeño—conviene añadir que tampoco tengo ningún prejuicio sobre el coche grande—, sin pisar apenas el acelerador, tan por lo menudo que casi no haga falta frenar para detener el coche, y luego bajar a ver algo, conversar con alguien, echar un trago o un taco, o ambas cosas, en una fórmula de síntesis que alcanza dimensiones poéticas, para después, con pereza, seguir adelante. Recuerdo siempre un capitán barojiano que me decía que los barcos no estaban hechos para estar en la mar, sino para llegar a puerto, de manera que cuanto antes se llegase, mejor. Por mi parte, y también con cierta competencia, puedo decir que los coches no están hechos para llegar a ningún lado, sino para ir a todos, y, a ser posible, pormenorizando.

Gracias a Dios, no hay travesía larga en coche, y gracias al coche han revivido todas las venturas de la carretera, que el ferrocarril destrozó con pedantería decimonónica y progresista. De repente han vuelto a nosotros las posadas, las mozas que sirven el vino con buen arreglo y mejor cara, los mesones y las mesoneras—allá la paremiología con ellas—y hasta las serranillas, que, sobradas de buenas costumbres, se limitan a ofrecer fruta en los puertos; por ejemplo, en el del Frasno, entre Calatayud y Zaragoza, mientras el sol cae a plomo. La carretera es un largo restaurante, una inmensa tasquita, un gigantesco mostrador, una antológica cocina. No hay un solo panorama que no tenga hielo y cerveza a punto—¿el vino, amigo?; el vino, por descontado—, ni un solo lugar de cierto tono—y el tono lo dan los surtidores de gasolina y, sobre todo, la clase de nafta—, por muy apartado que esté de la costa, donde «la compaña del mar» no tenga su debida y fresca representación, de manera que uno puede darse el gusto de comer, a su debido tiempo, unas alubias royas de la tierra y una langosta recién llegada de San Sebastián, a fin de reponer las fuerzas gastadas en la etapa, en el negocio o en la contemplación de un claustro gótico, que agota mucho.

Seguramente que las huestes culinarias de don Carnal y doña Cuaresma—a cuyos pies estamos—han hecho las paces al borde de los caminos españoles, y ya no disputan, sino que se complementan. Seguramente que Juan Ruiz lo pasaría muy bien por estas carreteras a bordo de su *scooter* parroquial o del utilitario del médico, con su pequeña pinta de *haiga*. Seguramente que Juan Ruiz algo diría de la gula de carretera, a la que podría aplicarse aquello: «Desque te conoscí, nunca te vy ayunar», porque la carretera se ha trazado para la discreta gula del ir reponiendo fuerzas al compás del verso del Arcipreste:

Almuerzas de mañana, no pierdes el yantar;
sin mesura meriendas, mejor quieres cenar;
si tienes qué, ya quieres a la noche recenar.

A través de caminos, carreteras, villas, pueblos y ciudades, me gustaría levantar los planos de una especie de Pueblo Español de la Cocina: Villavieja del Buen Yantar o, quizá, Villa Rica de la Vera Cocina y el Bon Vino. A esta Villa Rica la pondría bajo la advocación de San Gonzalo de Berceo y de San Juan Ruiz, quien primero inventarió las materias primas de la despensa española.

Me gustaría juntar en una planta ideal el mesón de la Joshepa, orilla del Bidasoa, con la zarzuela de Gatell, ribera del Mediterráneo; el ventanal de «Las Pocholas» sobre el paseo de Sarasate, con los tinglados de la paella en la Malvarrosa; el ajoarriero con langosta del hostal Aralar, en la calle de San Nicolás de Pamplona, con las freidurías sevillanas o el oro de los chanquetes malagueños; mezclar los colmadillos de la calle de Echegaray, en Madrid—¡salve la salsita de «La Casona», que transforma las patatas en perdices de don Illán!—, y la fastuosa parte vieja de Donosti; el «Tubo» de Zaragoza y aquella inolvidable venta orillas del Adaja, en Avila; el «Guría» barcelonés, ese convento culinario lleno de hermosura por todos lados, y aquella fonda de Arévalo donde sirven un cordero que sabe a gloria, sin despreciar el cochinillo ni siquiera por su nombre; las sugerencias—tan firmes y sólidas—de Cándido, en Segovia, con las pochas del «Iruña» y las mariscadas de la Barceloneta; las aves mágicas de Venta de Aires, donde la historia se hace suculenta realidad, y los cordericos de Marceliano; las delicias de la Lonja, en Palma de Mallorca, y la silvestre entereza de un par de tabernas en Aranda de Duero; el Misisipí de los «tripaundis», en las Siete Calles, y el fondeadero de Rogelio, en Calatayud; el pollo de Ventureta, en Pons y las judías verdes de cualquier figón leridano; la calle de los Olmos, en La Coruña y los bosques del valle de Hecho, donde las migas de pastor superan al maná; el jamón de Mora de Rubielos y las alubias con rabo de cerdo de una dehesa salmantina; las ostrerías de Arcade y su vino blanco, picante y espumoso, con el ensaladón veraniego en una bodega de Olite; las creaciones de «C'an Miserias» y la pipirrana de Almagro regada con valdepeñas; y mil sabrosidades y lugares que así, a vuela pluma, uno siente no recordar, y que ellas y ellos me perdonen tamaña ingratitud.

Las moradas de la delicia. La ciudad de Pantagruel. Los episodios nacionales de la gastronomía. El diario de un testigo de la cocina española, así podría titularse la memoria que acompañase al plano de esta ideal Villa Rica de la Vera Cocina y el Bon Vino. Pero uno duda de que el frenético ataque de los jugos gástricos, de las agüillas aperitivas y de otras incitaciones así, le dejen la serenidad suficiente para semejante empresa.

RAFAEL GARCIA SERRANO




CARPE

RICARDO LEVENE

LA HISTORIA

de un hombre que hizo historia

La historia argentina no tuvo historiadores hasta que Bartolomé Mitre les enseñó a decir la verdad. Mucho de lo que se había escrito estaba empapado en la fobia que dejaran ciertos enfoques de la Emancipación y de la Independencia. Un raro e inútil sentimiento rencoroso—y quizá resentido—estaba incendiando los corazones contra España. Se hablaba de la gesta libertadora con alma de fusilador. Y entonces la historia no era un sustantivo definidor, sino un adjetivo hiriente y maldiciente: desfiguraba la verdad, borroneando sus raíces y mellando sus aristas.

Mitre buscó los papeles esenciales. Los ordenó. Les dió un valor y comenzó a dirimir razones. Desbrozó las palabras de toda impaciencia y de todo fervor que no fuera legítimo y leal. Entonces proclamó y demostró que la Emancipación americana y la Independencia argentina eran dos actos claros, limpios y de profunda validez racial. Porque empezaban en la casta misma y subían hasta ser consecuencia de la misma casta, inatajable. Por ello implantó los nombres de José de San Martín y de Manuel Belgrano como símbolos. Sin las fobias de ciertos liberales afrancesados y sin las calificaciones de los historiadores, que hacen de la Historia la histeria de sus deliquios, a veces veleidosos.

Paul Groussac, el francés criollo—que nunca fuera un criollo afrancesado—, completó esa tarea y ayudó a decidir las direcciones de la Historia como moral auténtica de los pueblos en el tiempo. Los documentos no desdicen jamás la verdad que solventan los corazones, y cuando así se hizo, entre nosotros, España dejó de ser la «Metrópolis», para convertirse en esa «Madre Patria» que ya hemos denominado, para siempre, como «Patria Primordial», por cuanto constituye todo lo que hemos sido, lo que estamos siendo y lo que vamos a ser. Los buenos hijos no pueden renegar de dónde vienen ni en el color de la voz ni en la sustancia de su sangre...

Glosadores, comentaristas, críticos, algunos exégetas más o menos felices, dieron a la historiografía piezas de valor inicial. Pero Ricardo Levene le dió autoridad de equilibrio, de método, de documentación y de análisis sensato. Fundó, sin lugar a dudas, «una nueva escuela histórica argentina». Cuando compuso su ensayo acerca de *Mariano Moreno y la Revolución de Mayo*, dió a la verdad toda su luz, modificó el concepto y apagó las llamas que tanto había alimentado Echeverría, romántico y descontento de doble filo. Esa obra de Levene ganó premio nacional en 1921 y alcanzó el Premio Raza, discernido por la Real Academia de la Historia de Madrid. Y acerca del tema no quedó duda alguna ni en lo político ni en lo jurídico ni en lo económico. La Revolución de mayo no podrá torcerse, como interpretación, a pesar de las tendencias con que jacobinos y girondinos aspiran a demostrarse «propietarios» del signo.

Después vino una interpretación acerca de la historia económica del virreinato del Río de la Plata, que ya tenía el precedente de un estudio relativo a la obra económica y educacional de Manuel Belgrano, más doctor que general, aunque los doloridos de la verdad insistan en adjudicarle lo que no fué ni quiso ni supo ser... El proceso de esta labor exegética probó que «la Colonia» no había sido un incendio moral y que los virreyes rioplatenses no eran cocos de las finanzas ni de lo otro.

Con sus afirmaciones relativas al Derecho indiano, Levene abrió un camino hacia lo que ahora es la *Historia del Derecho argentino*, que él definió como un destino legal, que «se desprende del derecho indiano, y es, desde sus orígenes, vertebral formativo de nacionalidad». Y que es el mismo Derecho que ahora nos rige y que el calificado académico Leoncio Gianello considera como auténtico, desde que «iba a adquirir personalidad definidora, en su largo período de Derecho precodificado, para manifestarse poderosamente en la etapa de codificación». España permanecía y permanece latiendo: latiendo en nuestro pulso, más allá de las tentativas de romper el tiempo y de trizar las vocaciones heredadas, so color de un futuro que no podrá jamás edificarse sino en función de un pasado innegable y vigente.

En la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata—que había sido fundada por Joaquín V. González, un prócer de la cultura que aún tenemos arrumbado entre las trapisondas del olvido—, Ricardo Levene encontró una «escuelita» de profesorales ambiciones. «Fabricaba» profesores para remendar las ausencias y las carencias magistrales. Se daban títulos sin rango, y para facilitar la ecuación, hasta se salteaban asignaturas, porque no había quien las dictara, y al final del curso se las tenía por aprobadas. inspirado y estudioso previó las vigencias formativas que podían darse a una escuela de veras. Obtuvo la autorización, la instaló aparte. Le dió una estructura escolar definitiva y la convirtió en esa Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, que alguna vez fuera llamada «Salamanca de Hispanoamérica» con justa y sancionada razón.

Otro día—los creadores siempre tienen «un día de más» para colmarlo con una nueva obra—encontró que los cajones del Gobierno Provincial estaban llenos de expedientes y de papeles positivamente históricos. Se habían salvado de las ratas porque los empleados las estorbaban con su paralelo menester devorador. Y puso en orden todo eso. De allí nació el *Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires*, que es una especie de «álbum de familia» para nuestro porteñismo fundamental y vivacísimo y que nos permitirá equivocar los atributos de nuestra historia provinciana cuando queramos desteñir el cielo o procuremos reteñir las albas indudables...

Heredero de Mitre y de Groussac—y discípulo de éste en sus cursos y lecciones—, Levene tenía que afirmar las direcciones de la entidad central de nuestra historiografía. Los políticos—que tanto se demoran en las paciencias de lo inútil—no sabían que la Historia tiene que tener su casa propia, por lo mismo que se autoriza al tener su nombre propio. Y Levene—que ya presidía la Junta de Historia y Numismática, creada por Mitre—anduvo y sostuvo sus razones hasta que el Gobierno se decidió a transformar esa entidad, más o menos privada, en esa «cosa pública» que es nuestra Academia Nacional de la Historia. Y él fué su presidente hasta su muerte. Era lo justo.

Creó el Instituto del Derecho y de su Historia en la Universidad de Buenos Aires. Presidió la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía argentina y americana, que buena falta estaba haciendo, para enmendar las gestas y corregir los mapas donde el criollo trajina sus pasiones. Le vino luego el rango de académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, y culminó su orgullo de estudioso y de maestro el día en que fué electo rector de la Universidad Nacional de La Plata.

En esa Universidad, dirigida por Alberto Palcos, mal andaba, entre anaqueles baratos y salones oscuros, la biblioteca mayor de la casa, fundada por González. Levene se encaramó en los balcones de la Casa Rosada, sede de nuestro Gobierno Nacional. Gritó—no pidiendo, sino exigiendo—que había que darle una casa entera a esa biblioteca. Y el Presidente Agustín P. Justo le hizo el gusto. Allá, frente a la plaza Rocha—que recuerda al fundador de la ciudad de La Plata—, Levene instaló la monumental institución de esa Biblioteca Central, orgullo de la Universidad, de la Patria y de América.

Y para cerrar su tarea, ya sintiendo que le faltaba el tiempo y presintiendo los deslindes de la fama—sin vanidades que nunca tuvo—, convocó a una verdadera pléyade de estudiosos y maestros responsables en el difícil arte de escribir la Historia. De eso nacieron la *Historia de América*, en quince volúmenes, y la *Historia de la nación argentina*, que es nuestra meridiana definición, en todos los órdenes de la civilidad, de la ciudadanía y hasta de los errores en que debemos incurrir para aspirar a ser perfectos, si Dios nos deja.

Más de cien títulos hacen su bibliografía. Más de cincuenta diplomas honorarios determinan su rango reconocido. Y más de un recuerdo fervoroso hace de su prestigio razón de reverencia afectuosa. Porque Ricardo Levene—gran argentino y entrañable amigo de España—hizo de la Historia una verdad, y de la verdad, su historia.

Su palabra, siempre encendida y fervorosa, dibujaba la moral de su estructura magistral: «La historia, sin adulterar los hechos, pues su objetivo, por excelencia, es el culto de la exactitud y la fe en la verdad—cualquiera ella sea, grata o ingrata a nuestra vanidad—, puede servir al ideal del sano nacionalismo, reviviendo los recuerdos comunes del pasado, los grandes hechos y los hombres representativos, sin omitir los desaciertos y errores culpables, para doctrina y ejemplo de las nuevas generaciones. En este único sentido es lícito hablar de la Historia como maestra de la vida...»

En octubre del año pasado, al descubrirse un busto que recuerda su nombre y pervive su memoria en el Museo Sarmiento, de Buenos Aires, el orador de circunstancias citó las palabras de San Pablo: «Si vivimos guiados por el espíritu, procedamos también según el espíritu.» En la tribuna, en el rectorado, en la cátedra, en la acción, en la amistad, en la familia, en las ideas que sostuvo, Ricardo Levene cumplió con la vertical de su destino: el espíritu.

Y alguna vez, en nuestra Argentina, habrá que levantarlo—en los planos de su paralelismo realizador—hasta las cifras de Mitre y de Groussac, así como a las cuentas cabales de Joaquín V. González.

Porque merece las dignidades de continuador, que sólo los creadores de verdad saben acreditar en serio.

HORACIO J. DE LA CAMARA



EL TANGO

Alma y espíritu de Buenos Aires

Por HUGO FERRER



INDUDABLEMENTE, el tango argentino es alma y espíritu de Buenos Aires. Según sus historiadores, es hijo directo del «tango andaluz», o «tanguillo», y heredero de la habanera, especialmente en su primera manifestación: la «milonga». Poco a poco fué tomando vida propia, siendo su cuna el «arrabal porteño». Creció a la luz del farol de un «boliche» de extramuros. Interpretado por músicos intuitivos, que amalgamaron instrumentos muy dispares—flauta, violín, guitarra y piano, incorporándose más tarde el bandoneón, instrumento alemán llevado a Buenos Aires por inmigrantes italianos—, fué tomando así color y forma personalísimos.

Según estudios publicados por Juan Alvarez y Carlos Vega, el origen de la palabra «tango» es una deformación de la exclamación negra «changó», con que los hombres de color aludían a sus dioses del culto vudú. Primero el candombe y luego la milonga, fueron en la fiesta de los morenos la música con reminiscencias selváticas, que ellos bailaban al compás de los parches, mientras en éxtasis repetían la invocación vudú: «¡Changó! ¡Changó!» Con el tiempo, la «ch» se transformó en «t», y el acento se perdió, quedando entonces el nombre de «tango» al heredero suave y melodioso de aquellos ritmos febriles del comienzo camdombero, y ya más delicado al perderse el tamborileo de los parches, pasó a denominarse «milongón» o «milonga». El tango, al ser ya «pibe», saltó del suburbio de la gran aldea a los lugares alegres del Buenos Aires nocturno, vedados a familias tradicionalistas y burguesas de la aristocracia argentina. Fué allí precisamente donde se hizo hombre, en el café «El Americano» o «El Tambito», en «La Vasca» y en lo de «Hansen». Hasta que en 1911 el tango entra en el gran mundo del brazo de aristocráticas damas de la sociedad porteña, al organizarse el primer concurso de tangos en el hoy ya desaparecido Palace Teatro, de la calle de Corrientes. Firmaban la invitación del acto, patrocinado por la Sociedad Sportiva Argentina, apellidos ilustres, como María Luisa Quintana de Rodríguez Larreta, Esther Llavallol de la Roca, Elvira de la Riestra de Láinez, Carola Benítez de Anchorena, María Roca de Demarchi, María Estrada de Lezica Alvear, etc., siendo animada la fiesta por el desaparecido Florencio Parravicini. Ese fué el espaldarazo que necesitaba para dejar de ser «vedado» y para que nuestras damas y caballeros lo bailaran sin ruborizarse, ligados en estrecho abrazo, juntando sus rostros con expresión seria, casi nostálgica: los ojos semicerrados, dibujando «firuletes» con sus pies. Cortes, quebradas tres pasos de costado, una ligera media vuelta y la clásica corrida o la sentada demandaban verdadero alarde a las parejas danzarinas para bailar el tango de antes. Claro está que el rápido aprendizaje de que se enorgullecían muchas damas, buenas horas de práctica en secreto les habían demandado; los caballeros llevaban la ventaja de sus ocultas escapadas nocturnas a los lugares en que se mezclaban con «compadritos» y mujeres de vida galante.



Es por aquel entonces cuando decae en el favor del público argentino el tango-milonga, y se impone firmemente el tango-canción, con letras que son reflejo y alma del sentir popular. *La Morocha*, *Mi noche triste* y otros, encuentran pronto intérpretes con personalidad, que suman su emoción a la inspiración de los compositores de esa época. Azucena Maizani Ada y Adhelma Falcón, Libertad Lamarque, Mercedes Simone, junto a Ignacio Corsini, Charlo, Alberto Gómez y otros muchos, acaparan el fervor popular. Pero sobre todos ellos se alzó un nombre que el sólo pronunciarlo es sinónimo de tango. Idolo de multitudes, verdad y leyenda, auténtica emoción y sentimiento, voz cálida y melodiosa, que paseó

triunfalmente su acento porteño, deleitando, ayer y hoy, a los públicos del mundo entero: Carlos Gardel. Al respecto dice el documentado periodista Luis F. Villarroel en su libro dedicado al estudio del tango: «La desaparición de Gardel, cuyo lugar nadie ha ocupado todavía—acaso porque a la fama y las dotes del cantor insigne se sumó, en la fantasía popular, un mito que la declara inconformista para hallarle sucedáneos—, forzó la emulación de los intérpretes vocales.» El llorado ocaso de Gardel, con dejar la puerta franca a sus émulos y propiciar una superación en las filas de esos trovadores, no sumó más que una larga serie de nombres, muy fugaces para la historia del cancionero argentino. La verdad cierta es que Buenos Aires no desea, no quiere otro Carlos Gardel; prefiere reservar en el recuerdo su plena dilección al intérprete que se fijó en perdurabilidad en los sentimientos populares. Respecto a Gardel, también dice Villarroel: «De la larga serie de figuras consulares de la canción, sólo dos, Carlos Gardel y Azucena Maizani—aquéllos en la renovada nostalgia de su muerte prematura y ésta en su vigorosa militancia hasta nuestros días—, han merecido ocasionales comentarios para su inclusión en la historiografía del folklore porteño.

* * *

Carlos Gardel fué, en realidad, el caso más ejemplar de la entrañable identificación de un intérprete con el mensaje emocional que le toca transmitir. Algo parecido acontece con Azucena Maizani, en cuya labor aún se advierte—la voz ya derrotada por los años—el perfil de una personalidad distintiva totalmente compenetrada con el espíritu del tango. Gardel entronca, muy joven todavía, con la tradición de los payadores. Las mentas de Gabino sirven aún de fuerte emulación. Aquí y allá—en Puente Alsina, en San Telmo o en Palermo Chico—cantan y construyen su fama de barrio otros payadores. Entre ellos se cuenta el *Oriental*—José Razzano—, y es tanta la afición, que, siguiendo una costumbre de la época, se organizan «tenidas» para la confrontación. Imperativo de inacabable ancestro éste; como que se remonta por igual a los anales del pugilato y de los reñidores; sólo que ahora encarna líricamente, y que es la virtual vivencia que aún late de la «payada», esto es, del obligado encuentro entre dos troveros que libraban singular duelo de inspiración. El «barrio del Abasto» mandó a su crédito a un encontronazo de este tipo con el *Oriental*. Ni que decir tiene que este crédito era el *morocho* Gardel. La anécdota cuenta que Razzano, lejos de mostrar antagonismo a su rival de la ocasión, se volcó a ser el más entusiasta de sus partidarios. A poco formaron dúo, y en pareja abrieron rumbo hasta el Armenonville, ámbito consagratorio de ese entonces. De vez en cuando, Gardel, en quien el tango ejercía un poderoso influjo, cantaba como solista. Hasta que llegó el día en que cedió al imperativo de una vocación indudable, y se entregó por entero al cancionero que él sentía con fuego de su «barriada del Abasto», pródiga en la estampa afirmativa del carrero de clavel en la oreja.

Cuando el tango crió pujanza y audacia como para salir a correr mundo, Gardel se lo llevó de la mano a Europa. No fué de los primeros. Ya otros andariegos lo habían precedido en siembras de sentir rioplatense, y París—el París trasnochado que insumía el producto de la venta de las vacas criollas, graciosamente despilfarrado por hijos y nietos de estancieros—ya había sido asimilado el espíritu del tango argentino, con la misma ternura traviesa con que sus *midinettes* convertían en francos sus sonrisas para *les gauches*...

* * *

En la historia del tango está escrito, con letras de oro, un nombre: Enrique Santos Discépolo. El autor de *Yira, Yira*, y *Chorra*, es un filósofo del pueblo argentino; refleja crudamente el sentir del hombre humilde, pero de corazón noble, que llega a sus propias conclusiones después de ser golpeado por la vida, como, por ejemplo, en *Yira, Yira*:

Cuando rajés los tamangos,
buscando ese mango
que te haga morfar.
No esperes nunca una ayuda,
ni un amigo, ni un favor.

Por rara paradoja de la vida, después de muerto, los tangos de Discepolín cobran, día a día, actualidad, y entretanto Tania, la compañera del poeta, sigue entonando sus composiciones como antes; el cine español le dará difusión universal y un matiz nuevo en la voz de Sarita Montiel, ya que éste es uno de los tangos que Amadori incluye en el film de la «estrella» favorita de todos los públicos, *Mi último tango*. Otro tanto podría decirse de Juan de Dios Filiberto, cuyo *Caminito* dió la vuelta al mundo; de Mattos Rodríguez, que hizo con *La Cumparsita* el himno de los tangos, y de Cátulo Castillo, romántico cantor del suburbio, en *Organito de la tarde*, *Silbando* y *Caminito del taller*.

* * *

Hoy ya la música de Buenos Aires perdió un poco aquella nota suburbana de sus comienzos; dejó atrás la época de decadencia de sus letras llenas de lamentaciones por la «mina» que se fué y superó la crisis de autores e intérpretes. El tango, ya maduro en toda la extensión de la palabra, se viste de frac, y nos lo presenta Mariano Mores, al frente de una orquesta sinfónica de cien profesores, o nos lo entrega Astor Piazola, con su orquesta de cuerdas y ritmo de vanguardia. Como desagravio a lo que muchos consideran una ofensa y desvirtuación de la música porteña, hoy nuevamente se pone de moda el tango antiguo, interpretado, como en sus comienzos, por flauta, violín, piano y guitarra. Los tangos de Poncio, Arolas, Rosendo, Greco, Villoldo y otros, renaciendo de sus propias cenizas (como el ave Fénix). Resucita en este siglo atómico e interplanetario; el viejo tango que nació a la luz del farol de la esquina de un «boliche orillero» del Buenos Aires de ayer.



BOLICHE.—Humilde almacén o taberna frecuentada por gente de mal vivir.

PIBE.—Niño, apodo que alude a la perenne juventud de la persona a la que se le aplica.

FIRULETE. — Filigrana o adorno que hacen con los pies los bailarines.

COMPADRITO.—Alude a la condición de «compadre» que ostentaba una subdelincuencia en cuyas esferas la danza popular encontró su resonancia inicial. Compadrito es el individuo provocador, agresivo y vanidoso, pagado de sí mismo y de su poder de hombre de acción.

PAYADOR.—Cantor y guitarrista que acostumbra improvisar coplas o décimas aconsonantadas y que interviene en las «payadas»—suerte de duelo de ingenio dialéctico, voz y condiciones de intérprete—, torneos singulares que están hondamente entroncados dentro de la tradición campesina de Argentina.

MOROCHO.—Persona de cabello negro y rostro aceitunado.

CHORRA.—Ladrona.

RAJAR.—Romper.

TAMANGO.—En lunfardo, zapato.

MANGO.—Expresión popular del argot porteño. Se refiere al peso, unidad monetaria de la Argentina.

MORFAR.—Comer.

MINA.—Se dice de la mujer que «pertenece» al explotador de mujeres. Tiene analogía peryoativa con la palabra mujer.

ORIENTAL. — Se denomina así a las personas de nacionalidad uruguaya, o sea, provenientes de la Banda Oriental.

DEL ABASTO.—Personas que viven en las inmediaciones del Mercado de Abasto, centro de aprovisionamiento de víveres situado en la esquina de Corrientes y José E. Uriburu, en Buenos Aires.

CAMDOMBE. — Antigua danza negra que los esclavos introdujeron en tierras rioplatenses.

MILONGA.—Canto popular en ritmo de 4 por 8, fué primero compás adecuado para entonar coplas, y concluyó siendo danza que tiene entrañable afinidad con el tango.

ORILLERO.—Refiérese al individuo que vive en los alrededores de la ciudad, en sus orillas.

YIRA.—Italianismo acoplado al lunfardo que significa girar, dar vueltas. Se aplica a las trotonas callejeras, en el mismo argot, llamándolas yirantas.

CORTES Y QUEBRADAS.—Denominación popular que recibían algunas figuras que la imaginación creadora de los bailarines añadía al bailar el tango, con propósitos de lucimiento.

CARLOS GARDEL

EL TANGO

A LOS VEINTICINCO AÑOS

FUE el lunes 24 de junio de 1935. Gardel se había despedido del público de Bogotá, en el Teatro Real, la tarde del día anterior. A las once de la mañana salió en avión, con dirección a Panamá, con sus guitarristas Barbieri, Riverol y Aguilar y su representante y colaborador, Le Pera. Llegaron sin novedad a Medellín. El avión, que era el trimotor «F-31», de la SACO, paró allí veinte minutos. Bajó Gardel con sus amigos a estirar las piernas y a fumarse un cigarrillo—el último de tantos—y comentó con buen humor el cómodo viaje que llevaban.

—Nada, nada. Hay que modernizarse. ¡Y yo, que no quería viajar nada más que en trencito o en barco!...

Subieron todos al trimotor. Otro trimotor — el «Manizales»—esperaba la salida del primero para volar rumbo a Bogotá. El «F-31» arrancó su marcha. Al llegar al centro de la pista empezó a incli-



1929. Junto a un cartel que anuncia su actuación, Cátulo Castillo, uno de los clásicos del tango.



En los tiempos de oro de la canción porteña, Imperio Argentina popularizó personales creaciones.

narse sobre el lado derecho y perdió su dirección, empotrándose de repente, durante unos segundos tan sólo, sobre el «Manizales». Fué un choque violento y brutal. A un ruido aterrador siguió una llamarada definitiva, que consumió rápidamente a los dos trimotores antes de poderles prestar ayuda alguna. Algunos pasajeros que viajaban en las partes posteriores de los aparatos salieron, envueltos en llamas, en una absurda danza trágica de lucha contra la muerte. Otros ardieron dentro de los trimotores sin lograr alcanzar la salida. Garlos Gardel iba en la parte delantera del «F-31», junto al piloto. Debió de sufrir poco. Tras los espeluznantes instantes de agonía, su cadáver fué consumido totalmente por el fuego y sus restos aparecieron rodeados de numerosas monedas de oro, desparramadas al quemarse un hermoso cinturón con que adornaba sus trajes de gaucho en sus actuaciones, y que entonces llevaba puesto para ahorrar peso en el equipaje. Muchas de aquellas monedas llegaron a fundirse en el fuego, acaso algunas de las que compró conmigo, allá por el año 1929, en las casas de cambio de la Puerta del Sol de Madrid.

*
* *

Ya han pasado veinticinco años de su trágica muerte. Un cuarto de siglo que, por su desconcertante movilidad, ha cambiado por completo la faz del planeta. Para la juventud de hoy los tiempos de Gardel pertenecen al final de lo que ahora se califica, más o menos acertadamente, como la «belle époque». Aquellos tiempos pasaron, es cierto, ¡y pasaron con ellos tantas cosas! Pero los tangos de Gardel quedaron, y quedaron para siempre. Constantemente, año tras año, se reconstruyen técnicamente sus discos. Y ya han vivido tres generaciones encarnando en las penas de los tangos de Gardel sus propias penas vulgares y cotidianas.

Gardel era francés. Había nacido en Toulouse el 11 de diciembre de 1890. A los cuatro años, cuando empezaba a pronunciar y comprender sus primeras frases en el idioma francés, llegó al puerto de Buenos Aires en brazos de su madre—la buena doña Berta, que sólo supo vivir para su hijo—, empezando entonces para los dos el triste peregrinar de los emigrantes en busca del pedazo de pan diario. Madre e hijo vivieron en la calle del Uruguay, entre las de Cangayo y Cuyo, y allí pasó Carlos su infancia mísera, sin juguetes ni ilusiones, algunas veces con hambre y siempre con sed de afecto y ternura, pues su madre lo dejaba solo con frecuencia para atender a sus honrados trabajos, con los que sostenía el humilde hogar. Y él, cuando pudo, vendió diarios en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la noche, limpió botas y zapatos en tabernas de baja estofa, cargó con fardos sobre sus hombros infantiles, y en su soledad triste, al hacerse hombre, se iba dibujando una sonrisa poco a poco, que, más que de desprecio o de escepticismo, era como una exteriorización de la bondad que florecía en su corazón. Aquella bondad que fué la característica de su vida y que le hizo vivir siempre rodeado de logreros y «sablistas» que medraron a su costa durante años y años, fué sembrando de bondades su camino, acaso un poco egoístamente, ya que el dolor ajeno le dolía en sí mismo. En cierta ocasión, ya consagrado como artista, uno de esos «amigos» le robó un alfiler de corbata con un hermoso brillante, valorado entonces (1925) en unas quince mil pesetas. Y su sorpresa fué mayor que su disgusto.

—¿Pero quién ha podido ser?—decía—. ¡Qué necesidad tan grande tendría para hacerme a mí eso! ¡Pobre!

Tiene un rival en su arte: el uruguayo José Razzano. No discuten. No riñen. La simpatía arrolladora de Gardel y la comprensión de Razzano arreglan aquel desafío artístico del mejor modo posible. Se unen. Y el dúo Gardel-Razzano, que nace entonces, vive triunfalmente hasta 1925. Los dos estuvieron en Madrid, a finales de 1923, en el desaparecido teatro de Apolo, cuando Razzano se retiró de la escena, y entonces nació verdaderamente el Carlos Gardel que tantos recordamos y que hoy evoco.

*
* *

Sabido es que dos cosas muy distintas son la música «popular» argentina y la música «nativa» argentina.

Gardel, durante más de once años, fué el representante de la música «nativa» argentina. A fines de 1917 nace el primer tango con letra—«Mi noche triste»—, que aún se reproduce con éxito, cantado por Carlos Gardel en discos reconstruídos—, y Gardel encuentra entonces el verdadero camino de su carrera: el tango, que con él nació y con él murió, por lo menos en España. Es cierto que aún suenan en las radios nuevos tangos, algunos admirablemente interpretados por Edmundo Rivero y acaso por algún otro cantor; pero aquel romanticismo viril, sencillo y hasta, si se quiere, vulgar, que supo Gardel dar al tango—¡ay, los tangos de la «vieja guardia»!—, murió con él en una trágica hoguera.

Subió Carlos desde los más bajos fondos hasta la cúspide de la gloria, tanto por su voz como por su bondad y su sencillez.

Carlos Gardel filma «El día que me quieras». José Nieto y su esposa, Lolita Benavente, visitan los estudios. Con ellos y otros famosos de entonces, Rosita Moreno, compañera de Gardel en la película.



Todos los años venía a España. Los teatros Romea y Apolo, ya desaparecidos, y los cines Avenida y Royalty, en Madrid, fueron escenarios de sus triunfos. Triunfos que están ya tan lejanos...

La figura legendaria de Carlos Gardel—en una de sus fotos más popularizadas—sigue siendo el símbolo de una época.

*

* *

En 1931 el naciente cine sonoro le acapara como la máxima representación hispanoamericana. En Francia realiza las películas «Luces de Buenos Aires»—¡aquel «Tomo y obligo», que «obligaba», por única vez en la historia del cine, a dar marcha atrás a la película para repetir una y otra vez el tango tristón!—, «Melodía de arrabal», «El día que me quieras», «Espérame», «Cuesta abajo», y luego Norteamérica: «El tango en Broadway», «Tango Bar». Ya Gardel no es el muchachito «Morocho» ni el sentimental «zorzal argentino»... Es, sencillamente, «el rey del tango».

Todas sus jiras son plenamente triunfales. ¡Cuánto sufriría su modestia, tan natural y humilde, bajo el peso del nombre que él mismo creó!



FOTO: SIMON LOPEZ

El pasado renacido. Sara Montiel con Isabel Garcés y Alfonso Goda en «Mi último tango», su más reciente obra.

Y un día—¡ay, aquel día de junio!—se quebró, con acorde desafinado de hierros rotos y llamas voraces, la melodía romántica y sencilla de una vida en tiempo de tango dulzón y callejero.

Va a cumplirse ahora el XXV aniversario de la tragedia, de aquella tragedia que a solas tantas veces he pretendido rehacer, en la que, durante unos segundos solamente, imagino a Carlos—mi buen amigo—asombrado, víctima de un terror insuperable y definitivo, con su boca—la de la amplia sonrisa—contraída en una última mueca de dolor, buscando con sus ojillos desorbitados la tranquila paz que nunca logró encontrar en su vida, alzando sus manos crispadas en una suprema súplica de piedad y encomendando acaso—y así El lo habrá querido—su alma a Dios.

Texto: JULIO ATIENZA
Fotografías del autor


BANCO

EXCLUSIVO

LA INDIA,

solar de masas humanas



En la calle, en el campo, en la tierra y en la plaza la mirada del espectador se sentirá siempre turbada: «¿De dónde viene esta multitud: del estadio o del circo?»

A veces parecen los «extras» de una película de Cecil B. de Mille; pero siempre, al final, habrá de encontrarse una respuesta nueva y dramática: «Esta multitud vive en la calle, en las aceras de las grandes ciudades o siguiendo la interminable planicie soleada del continente.»

Dos formas filosóficas dominan patéticamente el alma del hombre indio: el *ahimsa* y el *satyaghra*, la pasividad y la resistencia pasiva, no violenta. Por esos dos canales metafísicos vibra el carácter de esta multitud de cuatrocientos millones de indios que ven aumentar su población cada año con cinco millones de bocas nuevas.

En el círculo concéntrico de esa doble tensión—el *ahimsa* y el desarrollo demográfico—se puede encontrar una explicación a la subyugadora variedad humana, física y metafísica, de la India. Este país no ha sido nunca—salvo con el

emperador Ashoka—un pueblo unificado. Más de un centenar de lenguas, de las que trece están reconocidas oficialmente por la Constitución como idiomas nacionales, separan lingüísticamente los territorios; pero existe algo que es semejante: el sentimiento, la manera de mirar y vivir.

Insertos en el paisaje, formando parte de la naturaleza, bañándose en las fuentes públicas a ojos de todos, pero dentro de la mayor intimidad, el indio se comporta como la misma naturaleza, y sería pueril creer que es sólo resultado de la pobreza y de la miseria su actitud. Al revés, ésta responde funcionalmente, como un guante, a esa inmersión en la naturaleza, donde todo es natural y cada gesto responde a un conflicto, a una razón y a una necesidad que a nosotros se nos escapa.

Encerrados, como entre flejes de acero, por el feroz sistema sociológico-religioso de las castas—elemento codificado del hinduísmo—, el indio ha hecho de la pasividad una forma patente y explícita de su fuerza y de su inmensa debilidad porque no ha podido separar la jungla, con su inmenso peso, de su existencia diaria. Allí donde se han construído fábricas, complejos industriales; allí donde ha surgido el obrero industrial, la naturaleza ha retrocedido y el paisaje no agobia, inundándolo, la mente del hombre.

Es cierto que en la hora actual del mundo estallan y mueren irremediablemente estas tensiones sacralizadas, estos hábitos de vida que llevan consigo situaciones tan dramáticas como el hambre, por ejemplo, y la existencia, al tiempo, de 150 millones de cabezas de ganado que no sirven apenas para dar alimento y leche a nadie porque el hinduísmo lo prohibe.



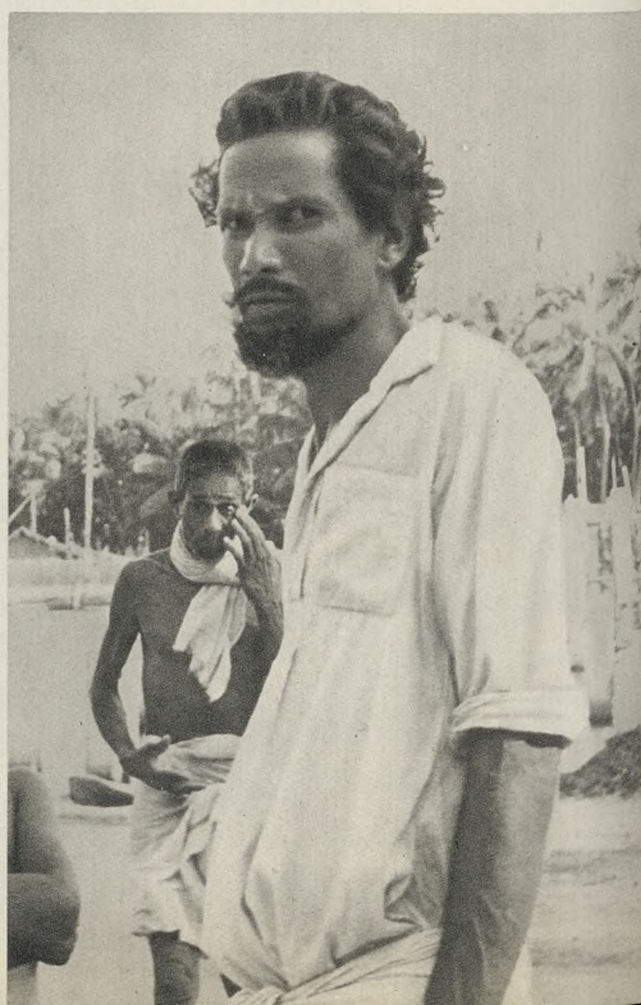
Mas no se explique con un mohín, con un gesto displicente y corre corriendo la hondura de este problema. Es irremediable que uno sienta deseos de inyectar rebelión a la hora de pasar por las grandes estaciones, los soportales y las aceras donde duermen millones de personas sin hogar; pero antes es preciso entender también a este pueblo, saber que tiene miles de años de cultura y que los niños y los viejos se transmiten, de voz a voz, los poemas épicos de «El Ramayana».

Todo ello, que es contraste y experiencia, domina la retina del viajero. Por más que uno haga no podrá eludir la impresión de que la mirada ve, por última vez, un *mundo-naturaleza* no inventado e intelectualizado, porque, de ahora en adelante, esta inmensa planicie humana se pondrá en movimiento hacia otras estructuras. Los herederos de Gandhi son ya socialistas, creadores de riqueza y de grandes complejos industriales, y el país, lentamente, comienza a agitarse y a desentumecer sus largos miembros.

La mirada se hunde, por última vez, en este inmenso continente de colores, donde cada hombre es un traje distinto y cada mujer lleva consigo el color mismo: el *sari* relampagueante bajo el sol.

La India es, pues, un inmenso solar de masas humanas cuyo promedio de vida no pasa mucho más allá de los treinta años. Un inmenso panorama de dolor humano afrontado, si es posible decirlo así, con una calma ascética y silenciosa. Mas en ese contraste, en ese contrapunto, descansa y yace el alma de este pueblo andariego que recorre los caminos descalzo mientras elefantes, antílopes, búfalos y tigres se encuentran todavía en la cercana sombra. Este *mundo-paisaje* desaparece ahora con la revolución industrial y al paso de otras rebeliones asiáticas justamente; pero bueno sería que los indios—los hindúes forman la religión más importante, pero no la única, y parece excesivo que el nombre de la religión sea el de la nacionalidad—pudieran emerger al otro lado de la orilla portando sobre los hombros algo de lo que constituye hoy su metafísica. No es preciso otra cosa que detener la mirada en estas cabezas para comprender que el espíritu es grande. Grande tiene que ser para resistir tantos tormentos. Pero la hora del salto hacia otras metas es patente y clara.

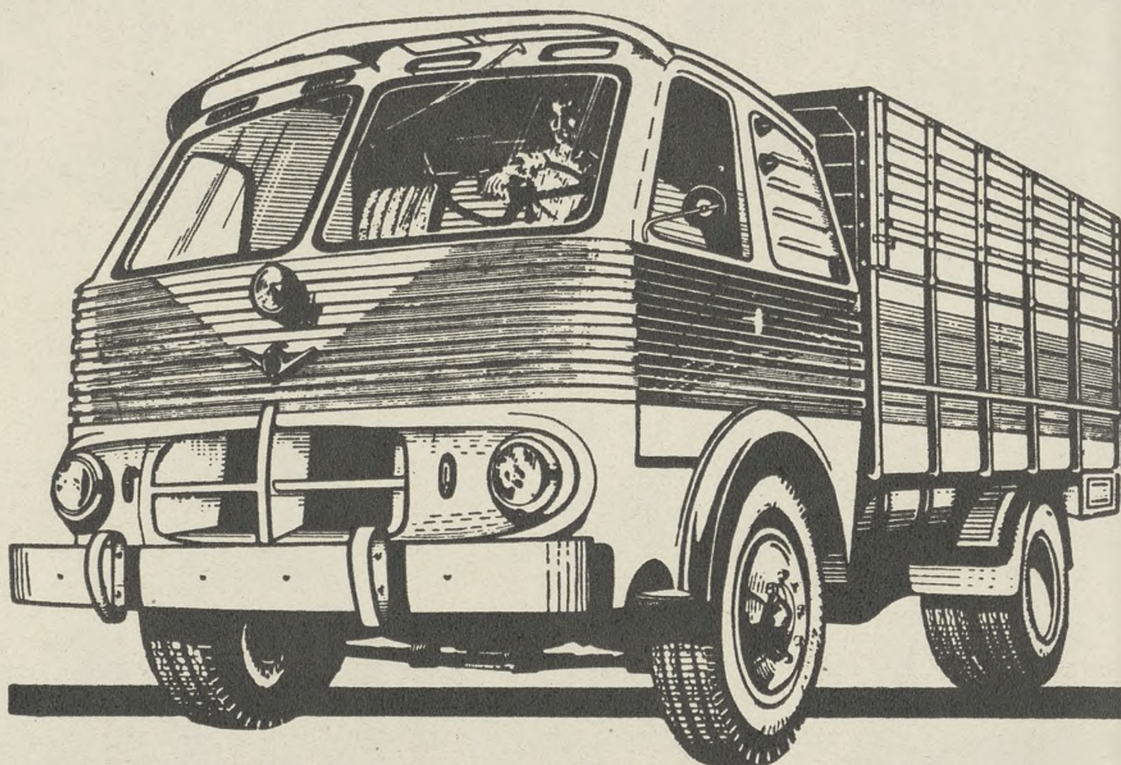
E. R. G.
(FOTOS DEL AUTOR)







SE AMORTIZA SOLO ¡HOY MISMO PUEDE SER SUYO!



PEGASO

Z-207
7 toneladas
de carga útil

Centralizada la venta para España de este modelo en:

Leyland Ibérica S.A.

Desembolso inicial: **150.000** pesetas
y el resto en **36 mensualidades de 16.000 pesetas**

- **INCLUIDO SEGURO TODO RIESGO POR 3 AÑOS**
- **MATRICULADO A SU NOMBRE**
- **LIBRE DE TODO GASTO**

Solicite información a:

Leyland Ibérica S.A.

Oficinas centrales:

P.º del Marqués de Monistrol, 7 - Tel. 47 44 00 (5 líneas)

Madrid



Distribuidores de la

EMPRESA NACIONAL DE AUTOCAMIONES, S. A.

JUEGOS DE NIÑOS

MOLINA SANCHEZ





Las cuatro pinturas que se reproducen en esta página son otros tantos fragmentos de los murales de Molina Sánchez para la Biblioteca Infantil de Murcia. Las alegres composiciones del pintor, inspiradas en el abigarrado y multicolor mundo de los juegos infantiles, dan el clima adecuado a las salas destinadas a los pequeños lectores murcianos.

JUEGOS INFANTILES

No se sabe qué calendario rige en el mundo de los niños, que para ellos son los días casi interminables. No se sabe por qué los niños ven pasar el lento desfile de los días con la pena de los domingos consumidos y con la ilusión de la fiesta nunca repetida. Ellos miden—mejor, no miden—por tardes y por juegos, y casi también por meriendas y por dulces. Volando tras sus cometas, cabalgando corceles de cartón, ejerciendo el mágico toma y daca de los cromos o de las bolas, cumplen un programa que sólo ellos conocen. Porque viven un tiempo distinto.





VIVIR consiste en ir alejándose del niño que trajimos con nosotros, del niño aquel que no sabía que lo era. Es triste, y da amarga idea del tiempo, tener que ponerse a recordar a qué cosas jugábamos para escribir sobre «juegos de niños». ¿Hace verdaderamente tantos años de aquello? ¿Dicen siempre la verdad los calendarios?

La niñez es tan importante, que sólo se puede confiar a los niños. Los mayores la destrozarían. Para perdonarnos—César Vallejo lo ha dicho—es necesario ver un certificado que prueba que nacimos muy pequeñitos. ¿Cómo hemos cambiado tanto, Señor? ¿No eran aquellos juegos suficientemente serios? Ahora jugamos—¡qué remedio!—a todo lo que obliga la impuesta profesión de ser humano, y, a veces, los juegos no resultan excesivamente divertidos. Un hombre tan «perfectamente serio» como Antonio Machado tenía, ya de polvoriento profesor de Institutos provincianos, una profunda nostalgia por los juegos de entonces, de cuando era sólo un niño en Sevilla:

Los juegos callejeros son los mejores; hay también de «cuartos de jugar», y otros, como las procesiones, van por dentro



Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

La noria del carrusel sacaba un agua de alegría. Chispeaban las candelas y muy bien se pudo creer el poeta que la feria y la fiesta eran cosas de siempre y para siempre.

¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!

No quisiera insistir en la nostalgia, pero me parece irremediable. Cuando los tópicos concuerdan con nuestra propia y auténtica verdad, sería hipócrita rehusarlos y salirse a buscar más originales ángulos de visión. Roger Caillois, en su importante *Teoría de los juegos*, nos explica que, pasadas las etapas de tocarlo todo, de destruir, de recortar, el niño experimenta la necesidad elemental del movimiento, de la agitación, del ruido y la barahunda. Después nace el impulso de inventar reglas y plegarse obstinadamente a ellas, proponiéndose y aceptando una serie de dificultades salvables en gracia a la habilidad o a la suerte.

Hay juegos callejeros, que son los mejores, y hay juegos que necesitan esa armoniosa habitación que en las casas con niños se llama «cuarto de jugar». Hay, por último, juegos que, como las procesiones, van por dentro.

El niño que se pone debajo de la manga de riego, el que se aproxima para sortear el peligro, están inventando un jubiloso deporte para el que, en realidad, ha sido creada la larga serpiente de las calles y los parques. El que le echa hilo a la cometa se divierte po-

niéndole una insignia al alto pecho del aire. Los que juegan al fútbol saben que lo importante no es merecer la victoria, sino conseguirla, y ya empiezan a hacerse una idea de lo difíciles que resultan las humanas compenetraciones.

Podría escribir uno tres folios o tres días sobre estas lejanas historias del corazón. Sobre las niñas que le piden la lluvia a la guarecida Virgen de la Cueva y sobre los niños que cuando juegan a policías y ladrones prefieren este último papel. Huizinga ha definido el juego como «una acción o una actividad voluntaria, realizada en ciertos límites fijos de tiempo y lugar, según una regla libremente consentida, pero absolutamente imperiosa, provista de un fin en sí, acompañada de una sensación de tensión y de júbilo y de la conciencia de ser de otro modo que en la vida real». Bien. ¿Pero es voluntaria esta actividad, cuando se trata de niños? ¿Quieren ellos salirse de la vida real, o la realidad es que la vida es para ellos un juego?

Creo que era Agustín de Foxá el que contaba, entristecido, que vió a unos niños cuyo juego consistía en ponerse junto a una tapia en grupo y desplomarse luego al mismo tiempo.



—¿A qué jugáis?—les preguntó.

—A los fusilamientos.

Era en Polonia, o así; y los chiquillos no encontraban cosas más divertidas que imitar.

Pero los niños, esos «locos pequeñitos», saben muchas veces lo que hacen y lo que dicen. Ciudadanos de su comarca prodigiosa y fugitiva, entienden todos el subrealismo mientras andan rompiendo zapatos. Ellos fueron capaces de inventar aquella fabulosa conflagración en la que con sólo un silbido podía conseguirse que un señor muy serio se diera con las narices en un farol. De ahí las inevitables nostalgias que decía, aunque no se me oculte que, a veces, el juego—o el fuera de juego—dure toda la vida.

De ahí también esta triste conjugación del alborotador verbo: nosotros jugábamos, ellos juegan.

MANUEL ALCANTARA
Fotografías: Henecé y Ortiz

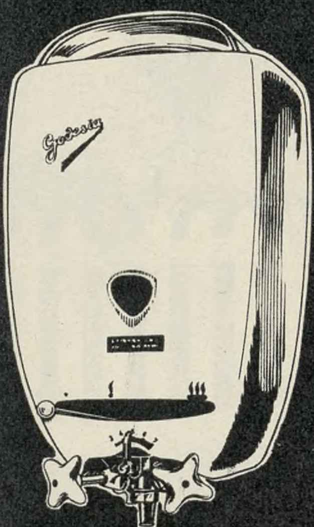


COINTRA
presenta...





Siempre agua caliente
con Godesia PICCOLINO



¡NO ES UN APARATO MAS PARA CALENTAR EL AGUA! ES EL CALENTADOR DE AGUA A GAS BUTANO "GODESIA - PICCOLINO"

La marca y el modelo más popular que ha sabido ganar la simpatía incondicional del público alemán, muy exigente en refinamientos técnicos.

Ideal para: el lavabo
el fregadero
la ducha

Caudal de agua: 5 litros/minuto de agua caliente en paso continuo.
Consumo: 13 grs. de gas butano/minuto, equivalente a 13 céntimos (consumo para una ducha, aproximadamente, 65 céntimos).
Su doble dispositivo de seguridad automático impide toda salida de gas no estando encendido.
Selector de temperatura: Elija Vd. la temperatura deseada constante (de 30 a 65°), por medio de un ingenioso dispositivo que le evitará el trastorno de manipular los grifos de agua caliente y fría. Por tanto, a su gusto, agua templada, caliente o hirviendo girando tan sólo un grifo y esto durante horas sin interrupción, si lo desea.

Godesia PICCOLINO

P. V. P. 3.250 ptas.

Fabricado por **COINTRA** (Comercio, Industria y Transporte, S. A.) P.° Calvo Sotelo, 6-Tels. 26 69 90-25 61 50-MADRID
y distribuído por su red en los buenos establecimientos del ramo



¡AHORA!* **VUELE**

SuperJet (REACCION) TWA

MADRID - NUEVA YORK LISBOA Y ROMA



Bienvenido a bordo del Super Jet Intercontinental de ***TWA*** que saldrá de Madrid, a partir del 19 de Mayo próximo, tres veces por semana a las 5,00 de la tarde y llegará a Nueva York a las 10,05 de la noche, hora local, con escala en Lisboa.
Va a volar Vd. a casi la velocidad del sonido, y con tal grado de confort que su vuelo le parecerá cortísimo. No le será posible ir más rápido ni en ambiente de mayor lujo.
Las comidas que se sirven a bordo de los Super Jets de ***TWA*** 707 están preparadas para llenar las exigencias del más experto gourmet.
Por encima de los climas y accionado por cuatro gigantescos motores de reacción, tan poderosos como sencillos, su vuelo es sereno, fácil y deliciosamente cómodo desde el despegue al aterrizaje.
¿Sigue Vd. después más allá de Nueva York? Pues sepa que ***TWA*** es la única línea aérea que puede continuar sus vuelos a través de los Estados Unidos.

* A partir del 19 de mayo de 1960

INTERCONTINENTAL ***BOEING 707***

¡Vuele la próxima vez por la línea aérea que va en cabeza!

¡VISITE LOS EE. UU. EN 1960!

Visite a su Agente de Viajes o a las oficinas de *TWA*:
AV. JOSE ANTONIO, 68
HOTEL CASTELLANA HILTON } TEL. 47 42 00

VUELE EN LOS ***SuperJets TWA a USA***

MAS PASAJEROS A REACCION (JET) QUE CUALQUIER OTRA LINEA AEREA MUNDIAL

NOVIAS EN PRIMAVERA



QUERIDA hermana: Cumplo mi promesa y te envío los vestidos de novia de algunos de nuestros modistos madrileños. Al comparar nuestras fotos con las de las revistas que ahí se reciben, verás que tienen un sentido diferente. La boda, para nosotros, sigue siendo un acto trascendental, y hay que vestirlo de una manera solemne. Las mujeres españolas nos casamos para toda la vida, y al avanzar entre flores por el pasillo de la iglesia, es todo nuestro futuro lo que ofrendamos en aquel momento, no una etapa más o menos larga de convivencia entre dos divorcios.

Y esto influye en todo. Los invitados tienen ese aire inconfundi-



Modelo de una inspiración completamente nueva. En batista perforada y bordada. Es una creación del modista Vargas Ochagavia.



Pedro Rodríguez. Falda trabajadísima en pequeños volantes de tul, lo mismo que el velo, sujeto con una diadema de brillantes.



ble de «ir de boda», desde las clases más elevadas a las más humildes. La iglesia se cuaja de flores blancas y las notas del órgano salen hasta la calle a recoger a la novia. Y la chica que hasta hace poco corría a clase saltando autobuses o daba vueltas por Serrano en grupos alegres, va hacia el altar dentro de su vestido blanco, un poco rígido, con profundo recogimiento y entrega, de completo acuerdo con su nuevo cometido de eje y base de un hogar como aún son los nuestros...

Los creadores, por su parte, también sostienen este criterio de señorío y sobriedad, y aunque ocurra, como en el modelo que abre nuestras páginas, que el material —batista bordada y perforada— es poco corriente, está tratado de tal manera que no desdice de los otros modelos, trabajados en materias más tradicionales.

Otro aspecto que abunda en las bodas españolas es el empleo de la cola y el velo largo. Y los suntuosos velos de encaje, heredados de generación en generación, junto con las joyas familiares, convierten algunas de estas ceremonias en espectáculos de rara belleza.

Hoy, como ves, estoy escribiendo más para tus amigas que para ti. No creo, hermana, que tengas borrado el recuerdo de aquellas a que acudimos juntas, y preveo que estas letras mías han de avivar hasta el infinito tu nostalgia y el deseo de volver a tu país.

▲ **Pertegaz cultiva la más sobria y señorial elegancia en este modelo realizado en seda gruesa y pesada.**

TEXTO: HELIA ESCUDER

FOTOS: BASABE

La juventud parece acompañar a los nuevos creadores. Gatell presenta un gracioso modelo con un copete de tul y velo pequeño. ▶

LA NUEVA

Vespa

125 c. c. **1960**



está garantizada por una mecánica simple y sólida.

La transmisión es directa del motor a la rueda.

hará deporte, participará en ca
rreras, en rallys, en gymkhanas..

Vespa

Y ADEMAS **ES EL SCOOTER MAS ELEGANTE**

EL MUSEO MARES

GENEROSO de espíritu, liberal y dadivoso para con su tierra, Federico Marés nos ha ofrecido el regalo de sus esculturas, esparcidas por Barcelona, en sus plazas y jardines, y por otras ciudades y lugares de Cataluña. Lo ha sido igualmente como pedagogo, porque en calidad de director de las Escuelas de Bellas Artes de la Ciudad Condal, las ha vivificado y sacado del marasmo en que estaban sumidas. Y lo ha sido como coleccionista, dando graciosamente su colección a la ciudad, sin esperar su muerte, como en un principio pensara.

Fruto de largos años de trabajo y de sacrificio, donada en gesto magnánimo a la ciudad de Barcelona, esta valiosísima colección constituye el Museo Marés, situado en el corazón del Barrio Gótico. Ocupa toda la parte que fué hasta 1936 convento de Santa Clara y con anterioridad palacio de los reyes de Aragón, y colinda con los edificios de la isla formada por la calle de los Condes, bajada de la Canonja y calle de la Tapicería, hasta la plaza de Berenguer el Grande.

El Museo Marés cuenta ya con su pequeña historia. El renombrado escultor soñaba con una instalación adecuada de las piezas que con paciencia y amor había acopiado en el transcurso de los años. Se las imaginaba rodeadas de una atmósfera apropiada. El Barrio Gótico constituiría el marco ideal para su colección. En él se hallaban disponibles algunos edificios propiedad del Ayuntamiento, y Marés inquirió si, abonando la cantidad que fuere, le cederían una parte de los locales de la calle de los Condes de Barcelona donde estuvieron alojadas un día las monjas de Santa Clara. El Ayuntamiento, presidido a la sazón por don Miguel Matéu, asió la ocasión por el copete y transfirió graciosamente al escultor el dominio de la finca. Fué entonces cuando Marés, conmovido, legó su colección a la ciudad. Se firmó la escritura de donación el 1 de junio de 1946, estipulándose, entre otras cláusulas, que el Museo, integrado por las colecciones objeto de la donación, se denominaría «Museo Federico Marés», y entraría a formar parte con todos los honores de la Organización de los Museos Municipales de Arte.



De hecho, el Museo Marés, dada su considerable entidad, completa las obras albergadas en el Museo de Arte de Cataluña, de Montjuich. El Museo Marés consta de dos secciones: la histórica de escultura española y la llamada por Marés «Museo Sentimental».

No referimos señas por menudo al contenido del Museo Marés, ya que dar cuenta muy por entero de sus innumerables piezas desbordaría ampliamente los límites de esta reseña. Bastará decir, para hacer ver la inusitada importancia de esta pinacoteca, que las obras exhibidas forman un conjunto que abarca varios siglos de la historia de la escultura española, desde los colonizadores griegos y romanos hasta el barroco, siendo trascendentes las muestras de escultura religiosa de los siglos XIII y XIV. ¿Se llegará hasta el siglo XX? No es aventurado conjeturarlo, por cuanto Marés, incansable, continúa adquiriendo piezas para acrecentar y completar su legado. El Museo va creciendo y las obras de ampliación deben ser proseguidas en los edificios de la calle de los Condes de Barcelona, esquina a la bajada de la Canonja, y en los colindantes a la calle de la Tapicería.

En cuanto al conjunto de obras que Marés ha titulado «Museo Sentimental», forman parte del mismo colecciones de objetos de arte y de uso, importantísimos en su línea y algunos de ellos de verdadera singularidad.

MYLOS

La contraportada de este número es una reproducción de la Santa Clara atribuída a Gil de Siloé. El políptico es de autor anónimo. La obra—una de las muchas que atesora el Museo Marés—es de finales del siglo XV, y procede del convento de monjas clarisas de Calabazanos, fundado por Panrique en tierras palentinas, entre San Juan de Baños y Villamuriel de Cerrato. Mide 198 por 148 cm.

III CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA

Los sefardíes

CONSIDERO como uno de los hechos más significativos del III Congreso de Academias de la Lengua Española la asistencia al mismo—como invitados especiales—de algunos delegados sefardíes. Ya en el II Congreso, realizado en Madrid, fué tratado con gran simpatía el tema del habla sefardí. Don Arturo Capdevila, delegado de la Academia Argentina de Letras, presentó la siguiente ponencia:

Grandes son por muchas y variadísimas tierras nuestros intereses espirituales por obra del idioma común. Decimos intereses espirituales, y no hay por qué no referirnos también a los de orden comercial. Pero buena parte de esta familia hispánica está dispersa e incomunicada. Aludimos a los sefarditas o sefardíes que en diversos puertos del Mediterráneo y en el mundo israelí hablan todavía en *ladino*. He dicho que el castellano ha quedado prendido a sus almas como inolvidable música. En reciente viaje por Tierra Santa he dialogado con esos españoles de ayer. Lo cierto es que hablan un español muy sabroso, bastante desfigurado a veces, pero siempre comprensible. ¿Por qué no nos comunicamos con ellos? No hay cosa del orbe hispánico que no les quede cerca del alma. El libro y el disco de lengua española deben llegar a esas regiones. En Tel-Aviv hay una emisora que dispone de una hora sefardita, muy escuchada. También cabría fundar algún periódico, ya en esa ciudad, ya en Jerusalén, escrito en nuestro idioma, como asimismo crear secciones de lengua castellana en los diarios ya existentes. Comuniquémonos. Y ellos tengan bien y nosotros también.»

En la capital de Israel existe hace algún tiempo (y en la Academia Colombiana lo recibimos con toda puntualidad) el periódico *El Tiempo*, dirigido por el novelista Ben Rubi.

Debo copiar aquí igualmente la ponencia de nuestro delegado al II Congreso de Madrid, don Julián Motta Salas, que dice así: «El Congreso de Academias de la Lengua Española saluda a los sefardíes, ya sean escritores o simples particulares, que en Marruecos, en Salónica, en Constantinopla, en Andrinópolis, Jerusalén, Esmirna, El Cairo, Rodas, Rumania, los Balcanes, etc., aún mantienen, algunos con glorioso acento arcaico, el viejo idioma español, o conservan el tesoro de los antiguos romances castellanos; les manifiesta su admiración y fraternal simpatía y los excita para que en periódicos y revistas, o por medio de la radio, sigan manteniendo el imperio del habla española.»

Por último, transcribo la Resolución núm. 3 del Congreso, que a la letra dice: «El II Congreso de Academias de la Lengua, en el deseo de atender a todos los ámbitos del castellano, y más aún a esos en que el idioma padece los males propios del confinamiento—como ocurre en los núcleos sefardíes del Cercano Oriente, donde todavía persiste como habla materna el *ladino*, según denominan aquéllos a la española; habla ladina que en ciudades como Tel-Aviv se cultiva especialmente en una hora radiotelefónica muy escuchada, lo que prueba que esa lengua sigue viviendo en los descendientes de judíos españoles—, resuelve: *Primero*: Recomendar que, por órgano de la Real Academia, se inicien relaciones directas con los centros sefardíes de aquellas tierras, para lo cual puede ser asesorada por la dirección de la revista *Sefarad*, que pertenece al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y que tiene su sede en esta capital y cuenta con las luces del señor académico de la Historia don Francisco Cantera y Burgos. *Segundo*: Que, una vez establecidas estas relaciones, se provea a las bibliotecas, centros o periódicos sefardíes de cuantas publicaciones convengan para los fines de esta ponencia. *Tercero:* Que, mientras llega el día en que los sefardíes de Israel se organicen en Academia, sea invitada la Sociedad de Escritores Israelitas de Jerusalén o Tel-Aviv a designar un delegado a los futuros Congresos.»

La última parte de esta Resolución se va a cumplir ampliamente en el Congreso de Bogotá. En efecto, la Comisión Organizadora se ha puesto en contacto con el doctor Salvador Rosenthal, cónsul de Israel en Bogotá, y con don Luis Bertrand, distinguido lingüista norteamericano, quienes han mostrado el mayor interés en la visita de los delegados sefardíes al certamen de nuestra capital. De estas conversaciones es seguro que resultará el viaje de algunos señalados representantes del *ladino*, como Moshe Attias, autor del famoso *Romancero Sefardí*, con traducción al hebreo; Ben Rubi, director de *El Tiempo*, de Jerusalén; Isaac Morjo, presidente de la Unión de Congresos Sefardíes de Israel y miembro correspondiente de la Academia de Bellas Letras de Barcelona; el rabino Isaac Alcalay, presidente de la Congregación Sefardí de los Estados Unidos; Henry Besso, bibliotecario de la Librería del Congreso de Washington (quien elabora en la actualidad una gramática del *ladino*), etc.

Justa y acertada me parece la invitación de observadores sefardíes al III Congreso de Academias. Ellos desean vivamente este reencuentro con la antigua y nunca olvidada habla. Nosotros también lo deseamos. Hay una corriente de simpatía entre los sefardíes y los hispánicos. El tema y el interés no son de ahora. Ya en el «Prólogo» de la séptima edición de sus *Apuntaciones* escribía don Rufino José Cuervo: «Sabido es que los judíos expulsados de España en tiempos de los Reyes Católicos han conservado afectuoso recuerdo de aquella tierra, que por catorce siglos llamaron su patria, hasta el punto de que, todavía en el decimoséptimo, enviaban a coger allí los ramos de limonero para la celebración de su fiesta en los tabernáculos. Este cariño se ha mostrado especialmente en la fidelidad con que han guardado la lengua castellana, tal que, de boca de los que viven en Levante, le parece a uno que oye la misma pronunciación, los mismos términos y tratamientos de la época de Juan de Mena.»

No podíamos dejar que este precioso venero lingüístico se agostara. Era preciso encauzar sus aguas hacia el gran océano de la lengua común.

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

Señal de libros

El poeta colombiano Noel Estrada Roldán ha dejado bella y poética constancia de la emoción española que en él despertó el arte, la ciudad, el paisaje y el hombre, cuando su visita y estancia en España. *Clamor de España* es el título que ampara la larga serie de sonetos dedicados a temas españoles. Unas palabras justificativas del propósito, que escribe el propio autor, y un casi soneto de José María Pemán, figuran en el pórtico de la obra, editada por el Instituto de Cultura Hispánica.

Ofrecemos como muestra el soneto a Toledo:

Esta imperial ciudad, siempre risueña
al curso de la gloria y los anales,
del Tajo taciturno en los caudales
endureció su planta berroqueña.
¡Del cuño medieval, cómo se empeña
en conservar vestigios y señales!
¡Qué timbre el de sus rancios historiales,
para quien tiempos extinguidos sueña!
El roto cinturón de tus murallas
condensa ese mutismo con que acallas
del tiempo trashumante fuga y paso.
Para que irradie en ti con plena lumbre
aquella ilustre y cara pesadumbre
que cantara el doliente Garcilaso.

Historicidad y destino del hombre es el título del libro de ensayos del escritor Desiderio Macías Silva, editado en México por «Metáfora». En torno al hombre, problema esencial y existencial, discurre el pensamiento de Macías Silva, que, dentro de las coordenadas espacio-tiempo, destaca dos aspectos en la naturaleza humana; uno, las posibilidades actualizadas, y otro, las posibilidades por actualizar. «Lo hecho más lo por hacerse; ésta es la medida del hombre», dice el autor. Transfigurabilidad del hombre, las necesidades de éste, su origen y actualidad son sustanciosos capítulos en los que el vuelo filosófico del autor queda probado.

Primera canción, de Rafael Palma, es una nueva entrega poética de la colección «Baladre», que en Cartagena (España) sigue fervorosamente dedicando su atención a las actividades de la poesía. El pequeño libro tiene aciertos, aunque se nota la excesiva junventud poética de su autor, que habrá de serenar y ahondar más en futuros trabajos.

Hay algunos momentos de sencillez, como estos versos del poema «Abecedario del amor», que nos parece el mejor de la obra:

Contestad "Buenos días"
si os dicen "Buenas noches".
Sonreíd cuando sepáis que un niño
lleva una rosa fresca entre las manos.

Vazana es el abreviado nombre, seudónimo o convención que figura como autor de una serie de aforismos, apuntes, máximas, que recoge bajo el título de *Amanecer*. La amistad, el amor, el arte, el hombre, la moral, la vida y la intimidad son glosados por *Vazana*, con propósito ennoblecedor, sin ironía, con serenidad y sentido común.

Noticia de Exposiciones

La tónica general de las exposiciones celebradas recientemente en Madrid ha sido poco interesante; la rutina ha dominado casi siempre sobre el afán de expresión y búsqueda, que constituyen características esenciales de todo arte.

No obstante, algunas de las muestras personales o colectivas que hemos visto en este tiempo han llamado nuestra atención, por su cualidad de testimonio unas, y otras por su especial significación estética.

En nuestra opinión, la más importante, sin duda alguna, ha sido la que actualmente se está celebrando en la sala de Santa Catalina, del Ateneo de Madrid. En ella hemos tenido la oportunidad de admirar treinta y siete esculturas y algunos dibujos del genial precursor de la escultura contemporánea que fué Julio González, del que por vez primera en España se expone obra.

Julio González, más allá y más acá de los novísimos conceptos de «informalismo», «arte otro», etc., ha significado para la escultura occidental de nuestros días lo que Picasso en otro orden de problemas plásticos para la pintura actual.

La escultura de Julio González, quizá la de mayores posibilidades expresivas hacia el futuro, entre las diversas invenciones de la plástica corpórea actual, presenta problemas muy complejos de interpretación formal, ya que su proyección lírica es evidente aun para el espectador no especializado en arte escultórico.

Para nosotros, la aportación esencial de Julio González a la escultura del mundo contemporáneo es su original, novísima concepción del espacio en que las formas se integran, pues esta plástica tan esquemática, tan apurada en sus presencias táctiles, se desarrolla también en el vacío que las envuelve y que adquiere así una dimensión material además de la dimensión espacial condicionante de su envoltura corpórea.

Es cierto que otros escultores contemporáneos también han especulado en sus creaciones con el elemento espacial originado por los huecos de la escultura de planteamiento clásico; pero ninguno como Julio González, al menos en su peculiarísimo terreno, ha conseguido independizar este hueco hasta el extremo de dotarle de un valor plástico por completo autónomo, dentro de la estructura total de la obra.

Esta plástica del rompimiento de la forma concreta, material, de unas superficies sumarias que se pierden en el espacio advacente para incorporarle después a la masa general que integra la obra, ha hecho posible la labor de otros artistas de hoy, cuya estética, si bien originada en la creación de Julio González, se proyecta hacia otras zonas de luz—o de sombra iluminada—, que posiblemente originen esa escultura en permanente mutación que pudiera coincidir con los aspectos más característicos del pensamiento estético del hombre contemporáneo.

En esta escultura, como apuntábamos más arriba, se patentiza una actitud esencialmente humana de su creador. Incluso las numerosas influencias que pueden percibirse en ella se justifican, evidentemente, por una voluntad de conocimiento y de aprehensión de la realidad característica de todo artista verdaderamente profundo.

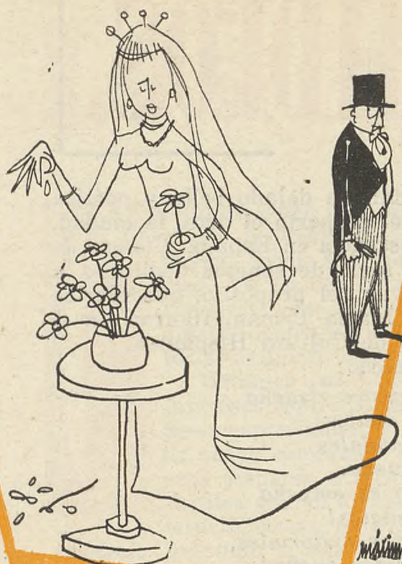
No es escultura abstracta ni escultura realista. Es escultura «real». Escultura de la realidad del ser de un hombre, que lo convierte en hierro, en vibración imperecedera y, por tanto, inactual Porque el arte, cuando llega a conseguir su expresión más alta, pertenece a un espacio en el que ni los reflejos ni los días le prestan esplendor o le restan grandeza.

Manuel CONDE

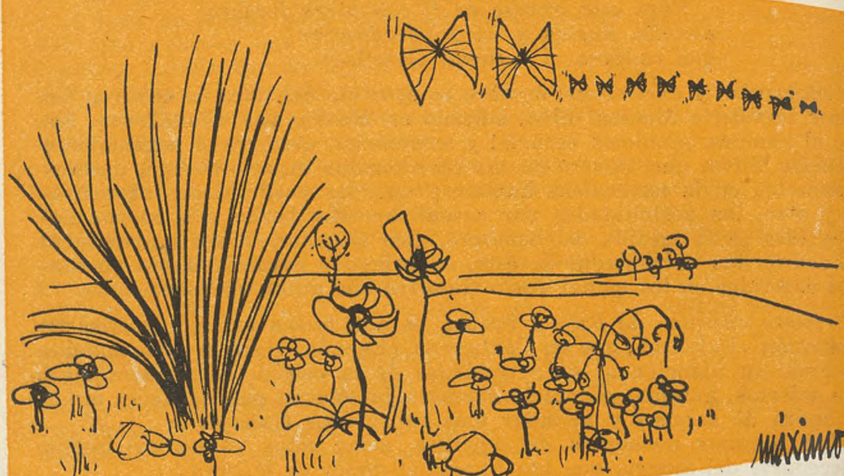
PRIMAVERA por

máximo



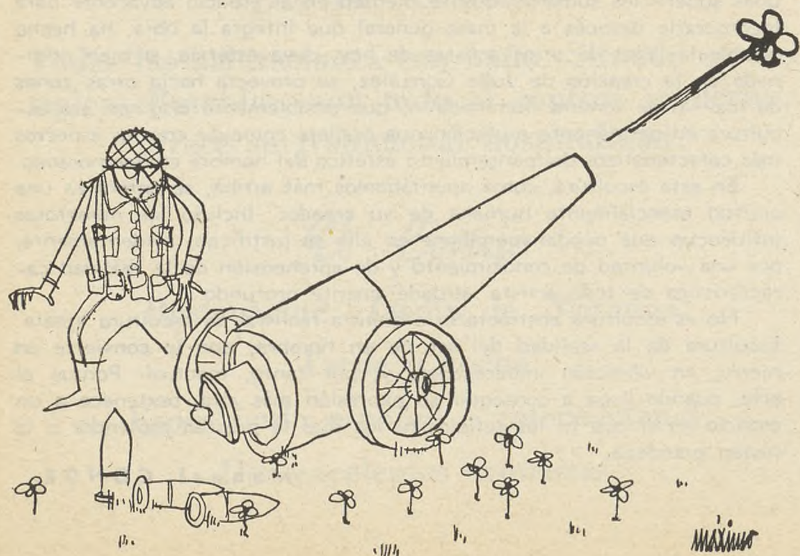


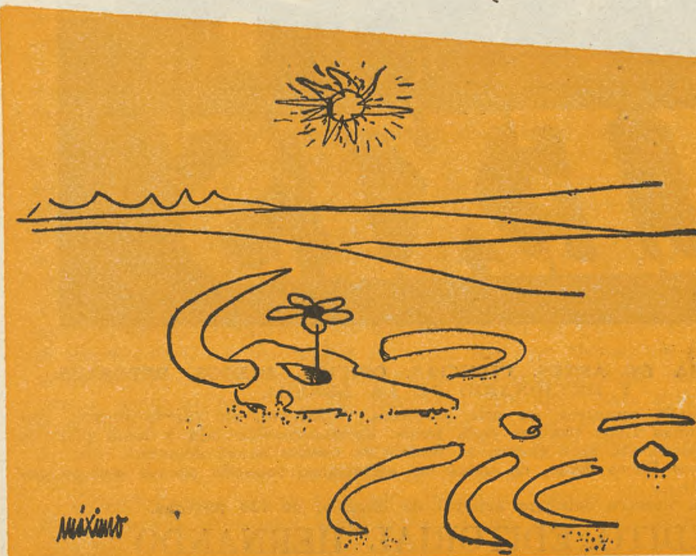


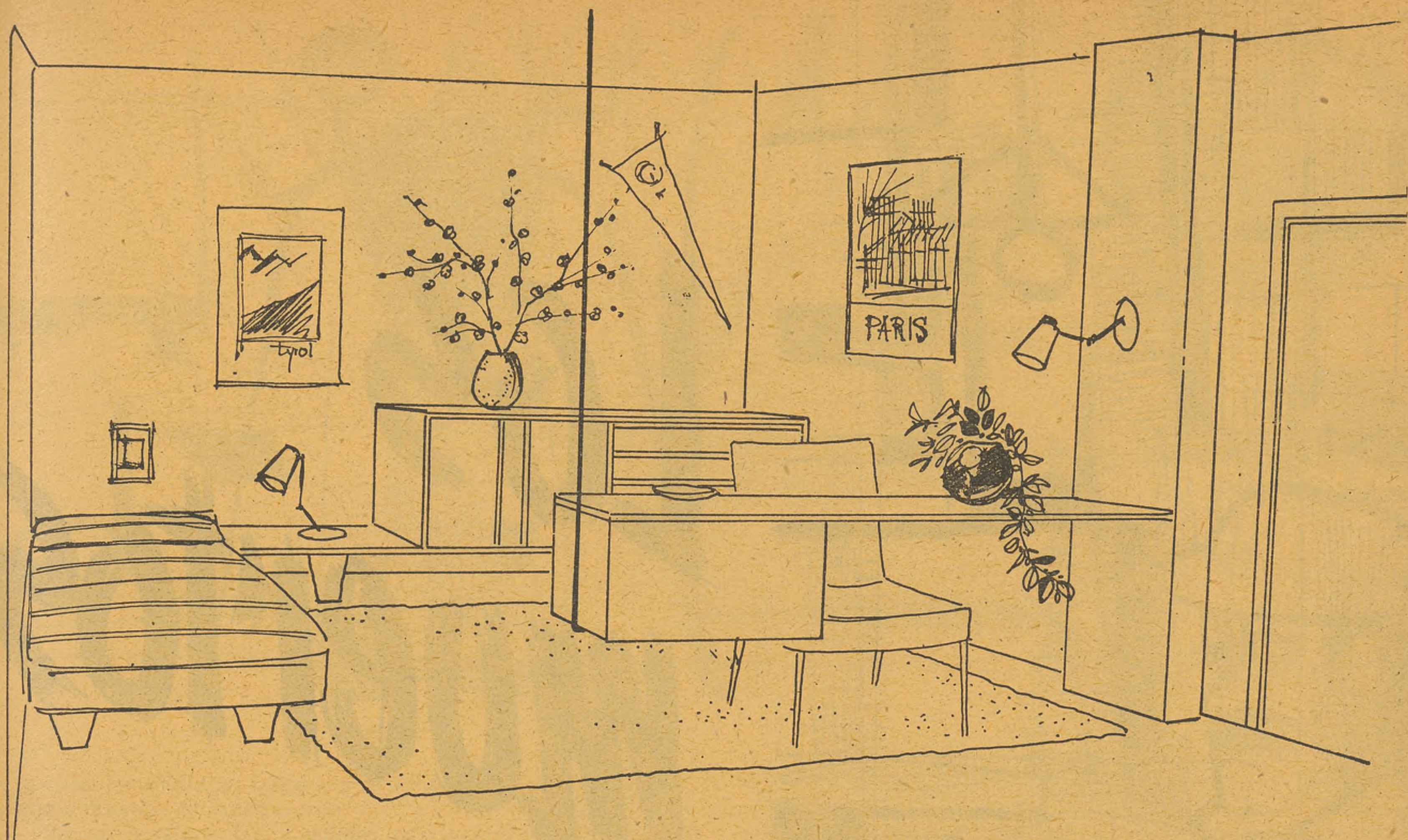








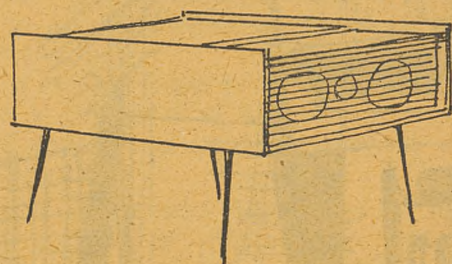


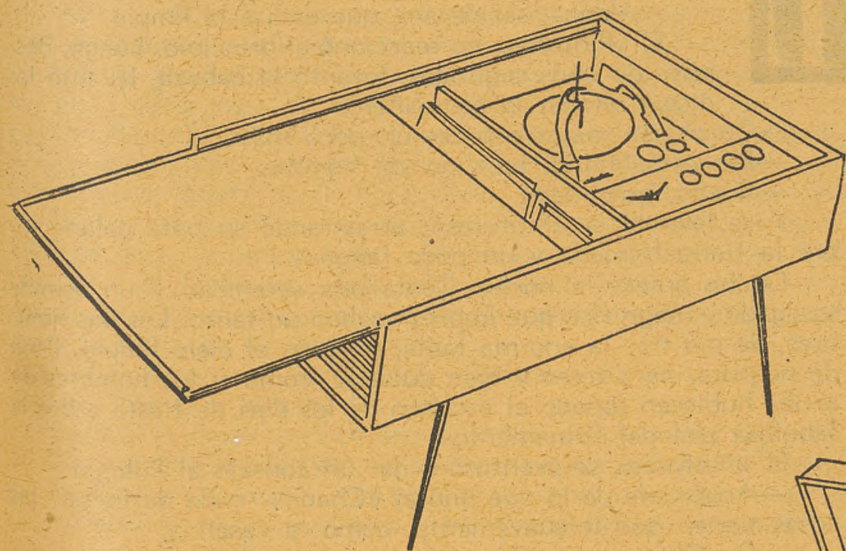


CONSULTORIO DE DECORACION

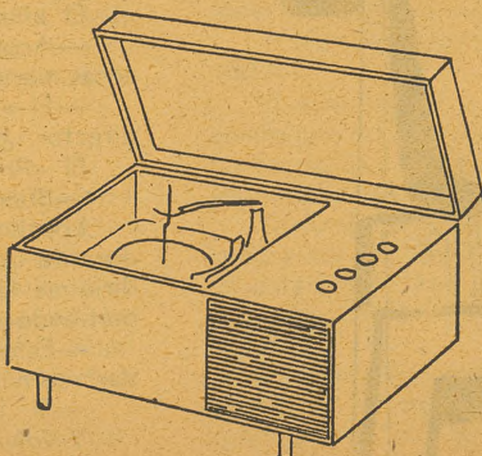
Texto: HELIA ESCUDER
Dibujos: JOSE M.ª TOLEDO

JOSEFINA IDIAZABAL (San Sebastián).—¿Un cuartito para chica que estudia? Creo haber encontrado algo que le servirá: líneas muy simples—como en todo lo de hoy—y colores muy claros. Madera de haya encerada en los muebles y una gruesa y peluda alfombra en un gris cálido. Como nota de color que avive el conjunto, tendremos la cubierta de la cama en amarillo grisáceo, con listas color naranja y amarillo limón. Carteles de turismo y unos cacharros con plantas o flores completarán la sensación, tranquila y sedante, que debe tener un cuarto donde se vive y se estudia.





R. B. (Pamplona).—Incluyo tres soluciones para el mueble tocadiscos que le interesa. Con el decorado general del saloncito que me describe, pienso que irán estupendamente. De todos modos, el tocadiscos no debe tener un carácter demasiado marcado, ya que, si hoy le interesa tenerlo en ese lugar, puede mañana necesitarlo en otra parte. Líneas tan sencillas como las de los modelos que insertamos no resultan comprometidas y entonarán con cualquier conjunto.





Los muertos

Por

JOSE MARIA SANJUAN URMENETA

EULOGIO se levantó del suelo y miró por encima de la tapia. Nadie. Ni una mala sombra que cruzase la noche, que pusiese una nota de movimiento y de vida por aquel campo. Eulogio echó su mirada, todo lo intensa y fija que pudo, por el enorme horizonte que se abría delante suyo. A sus pies, el «Pinturas» se agazapó un poco más contra la tapia. Eulogio le sacudió los hombros con el pie y dijo:

—Venga, sal de ahí, que esto está limpio.

El «Pinturas» no reaccionó al principio. Luego, después de unos segundos, levantó la cabeza, levantó los ojos y miró a su compañero.

—Quizá sea mejor esperar un poco más...

—Eso está limpio. Lo digo yo, hombre.

—Bueno, pues nada.

Y se levantó el «Pinturas», arrastrando su pata galana sobre la tierra húmeda y un poco fangosa.

Estaba quieta la noche. Tenía una serenidad y un temple sosegado y magnífico que impresionaban un tanto. Los dos hombres, de pie tras la enorme tapia, miraron el cielo limpio, lleno de negrura, pero terso y bien cuidado, como si los hombres de arriba hubiesen pasado el escobón de los días de fiesta sobre la fabulosa piel del firmamento.

El «Pinturas» se aventuró a dar un consejo al Eulogio:

—Acuérdate de lo que dijo el «Chano»: nada de forzar; las cosas tienen que ir suavemente, como la vaselina.

—El «Chano» no está aquí. Aquí estoy solamente yo como director. ¿Entendido?

El «Pinturas» elevó los hombros y contestó sin mirar.

—Bueno, está bien. Solamente estás tú.

Los dos hombres estuvieron así, pegados contra la tapia, durante unos minutos. Bastante. Ambos miraban inquietos, sin dirigirse la palabra ni la mirada. Buscaban entre la oscuridad, metiendo sus ojos entre el apretado abrazo de las sombras.

—Esto hay que liquidarlo pronto; si no, nos vamos a quedar reumáticos para toda la vida...

—Sí; la noche está perra. Esta humedad ..

Y volvieron a callar, a guardar las palabras para mejor hora.



Pasaron los minutos. Eulogio y el «Pinturas» comenzaron a ponerse inquietos. El Eulogio dijo:

—Yo voy a saltar. Tú te quedas aquí y aguardas, pero vigila bien. Un descuido puede ser fatal, ¿eh?

—Bueno.

—Yo sé lo que me hago. El «Chano» ha estado esta tarde en el entierro. Hay oro, y bastante, en la boca. Entre él y «Nico» aseguran que quizá haya hasta alianzas en las manos...

El «Pinturas» escuchaba a su amigo aplastado contra la pared, abriendo bien los ojos, comiéndose lo que el otro le decía. Eulogio siguió:

—Todo es cuestión de suerte. Ahora voy a saltar. Tú mira y aguarda. ¿Entendido?

Eulogio montó sobre la tapia, se preparó con cuidado y dejó caerse en el vacío. Sonó el ruido sordo de su cuerpo al chocar contra la tierra húmeda, y luego se vió su silueta iluminada por la luz de los altos cielos.

El «Pinturas» se puso a mirar mientras su amigo seguía por una callejuela cubierta de espinos, de cardos, de flores salvajes, de cruces y más cruces, como un interminable valle de sepulturas.

Poco tardó el Eulogio en encontrar el sitio elegido. Era una tumba bastante profunda, con algunos huecos por cubrir. Encontró los alrededores hollados por pisadas. Las observó, pero no pudo saber más de ellas. Se puso de rodillas, y sacó un gancho alargado y duro. Tardó poco tiempo en hacer el trabajo, porque algo parecía que hacía más sencilla la tarea aquella noche. Aquello estaba fácil. Poca tierra, las tablas fáciles de dominar; la caja, suelta, sin arraigar en el fanguillo aquel, era sencilla de sacar. Cuando hubo terminado los preparativos, hizo una señal al «Pinturas». Este saltó rápido la tapia y cruzó todo aquel siniestro campo con la velocidad de un atleta que corre sobre la tierra de sus antepasados.

—Tira de ahí—ordenó Eulogio, mientras el «Pinturas» agarraba el hierro y forzaba las tablas

Se oyó el crujir de la madera, y los dos hombres notaron el olor húmedo, repulsivo, de aquel estercolero humano. Eulogio se hizo a un lado y comenzó a trabajar, mientras su amigo sostenía el hierro y el peso de las maderas, arrimadas contra la esquina del hueco.

—¿Quieres luz?—interrogó el «Pinturas».

—No; no hace falta. Hoy se ve como de día...

El Eulogio era rápido y diestro en la tarea de los cementerios. Cualquier cosa le hubiese asustado más que meterse en una sepultura y desnudar a un muerto. Para él no había ni cuerpos rígidos ni olores fétidos. El era hombre de tarea dura y difícil, que igual le daba cortar un dedo para que saltase una sortija que romper a golpe de hierro la mandíbula recién enterrada. Por eso lo cogió el «Chano» en la cuadrilla, porque no se quedaba atrás en nada.

El «Pinturas», de espaldas a la fosa, sosteniendo el hierro, experimentó la sensación de que «aquello» no iba bien, no marchaba como el «Chano» había pensado. Quiso volverse para ver a su amigo, pero el peso del hierro le obligó a seguir en aquella posición. Fué entonces cuando el otro lanzó una exclamación de rabia, de furia a media voz, como si temiese que el cementerio entero se pusiese en pie. El «Pinturas» no se inmutó. Se limitó a preguntar con la voz baja y deslizante. Muchas veces había sucedido que el muerto estaba duro y era difícil operar, o que las muelas se resistían a verse desnudas del oro que las cubría. El «Pinturas» pensó lo peor, lo que cuentan las leyendas y los cuentos de porteras, pero le pareció demasiado. No, no era posible que el muerto... No, no era posible...

Eulogio saltó fuera y miró profundamente a su amigo.

—¡Hijos de perra!

—Calla, imbécil.

—Ni callar ni nada...

—¿Qué pasa?—preguntó el «Pinturas», inquieto, a punto de ponerse a temblar, con aquella temblona absurda y ridícula que se le ponía algunas veces.

—Mira, no empieces a temblar, que te mando al foso

—¿Qué pasa?—volvió a preguntar el «Pinturas».

El Eulogio se arrodilló junto a su amigo y le ayudó a sostener el hierro.

—¡Hijos de perra! Se lo han llevado. Alguien se ha adelantado. No hay nada, nada, ¿entiendes? ¡Nada!

Se miraron en la profundidad de la noche, escrutándose mutuamente, como temiendo que alguno de los dos hubiese sido el culpable, asustados de que alguien estuviese en el secreto.

—Ni oro, ni dentadura, ni alianzas. Sólo el traje. ¡Apariencias!

El «Pinturas» comenzó a sacudirse con la temblona estúpida, de poseído, de títere con pata de palo.

—¡Te he dicho que no empieces! Que te mando a la fosa, junto al muerto. Leñe, con la gente.

Tuvieron unos segundos de indecisión, detenidos en la marcha del tiempo y de la vida, allí precisamente, rodeados de muertos y de tierra fangosa. El Eulogio dijo:

—Voy a arreglar esto. Sujeta bien y no tiembles, que te mato...

El otro seguía con los inicios del tembleque, con las carnes bailándole al compás del corazón, como un discípulo fiel y burdo de San Vito, bajo el cielo limpio y el fragor inmenso y formidable de la noche.

Tardaron poco en terminar con aquello. El Eulogio salió de la fosa con las manos llenas de barrillo, salpicadas de un líquido amarillento que apestaba.

—He tenido que romper media mandíbula. ¡Y nada! Ni rastro.

El «Pinturas» soltó el hierro y arreglaron aquello. Primero avanzó el «Pinturas», luego el Eulogio, con un bulto bajo el brazo y toda su ropa llena de fango y de humedad. Saltaron la tapia y se quedaron allí, agazapados y suspensos, por algu-

nos minutos. Luego siguieron campo a través, hasta encontrar las primeras luces de los hombres.

—¿Y eso?—dijo el «Pinturas», mientras señalaba el bulto que llevaba su compañero.

—Lo único. El traje; un traje viejo y apolillado, con olor a nafta...

El Eulogio tenía el ceño de mal agüero y los ojos brillantes como dos puntitas del mejor diamante. No hablaron nada en la travesía hasta la ciudad. El «Pinturas» había dejado el tembleque, y ahora sudaba, mientras arrastraba su pierna de madera, cómica como una figura de «clown» barato.

Se metieron en una taberna, sucia y llena de un olor pestilente. Se arrellanaron en unas sillas y pidieron dos vasos. El Eulogio habló:

—El «Chano» nos espera aquí.

—Pues buena noticia le vamos a dar.

El Eulogio se hinchó de rabia. Dijo:

—Alguien se ha adelantado. Quizá el mismo «Nico». No sé. Hay mucha gente en esto. Se ha puesto de moda eso de citarse con los muertos...

El «Pinturas» se hubiese puesto a reír de buena gana con aquella salida de su amigo; era lo que solía sucederle después de las temblonas. Reír, reír como un tonto, como lo que era, un estúpido de pata galana. Pero en esta ocasión se contuvo. No estaba el patio para mayores alegrías que aquel silencio y aquel ambiente de tascucio bronco.

A través del cristal de la taberna se adivinaba la noche, los jirones negros colgados de los altos cielos. La misma negrura que había en el cementerio, con los cipreses en lo alto y el dibujo acicular de sus hojas recortándose allí arriba. Los dos hombres recordaban lo mismo, y les llenaba de cierto miedo, de náuseas. Pero era todo pasajero, como nubecilla joven y liviana.

El Eulogio bebió un trago y apretó los puños. Dijo:

—Sólo pensar cómo le destrocé la mandíbula. ¡Asqueroso! Echaba una baba amarilla... ¡Hijos de perra!, se lo han llevado todo.

El «Pinturas» recomendó calma a su compañero.

—¡Ni calma ni nada! Aquí lo que ocurre es que hay mucho hijo de mala perra... Este gremio está cada día peor.

Pasaron los minutos, pasaron las horas. Se sucedieron las botellas sobre la mesa. Llegó la noche a su profundidad culminante. El tabernero iba a cerrar.

—Estos no vienen—dijo el Eulogio, mirando con furor el reloj.

—No, no vienen—le contestó el «Pinturas».

Y se cruzó entre ambos una mirada cruel, salvaje, de hombres sin nada, sin corazón, ni alma; como si ellos dos fuesen los culpables de que el «Chano» y el «Nico» no hubiesen llegado, no estuviesen allí y no fueran a acudir a la cita.

El tabernero cerró una ventana, y luego otra y otra. Así hasta cinco. Luego apagó una luz y sacudió a los dos amigos.

—¡Venga! A la calle, que es hora...

El Eulogio se levantó sobresaltado y clavó sus ojos brillantes, magníficos, en el rostro blando del tabernero.

—¡De aquí no me echa ni la madre de todos los muertos juntos!

El tabernero se echó para atrás y se puso las manos en la cara, para guardarse quizá del olor a vino del Eulogio. El tabernero calló. El tabernero era hombre de los que saben esperar.

Volvieron a amontonarse sobre el calendario de la vida las horas y los minutos de la espera. Nada. El «Chano» no aparecía; tampoco se dejaba ver el «Nico», el enterrador confidente. La cosa se ponía fea de verdad. El Eulogio se arrimó hasta la puerta. Dijo:

—Estos canallas nos la han jugado. ¡Han sido ellos!

Desde el rincón, bajo la ventana, el «Pinturas» escuchaba sin entusiasmo alguno, con la pierna de palo bien estirada y campante. El Eulogio volvió a hablar.

—No vienen, no vendrán. ¡Su perra madre!

—Seguro que ya no vienen—intervino el «Pinturas».

El Eulogio lo miró desde la puerta y le hizo una seña.

—¡Vámonos! No vendrán...

El «Pinturas» obedeció.

—No; ya no vienen.

Y los dos salieron a la calle y se arrimaron a la noche, camino de mejores mundos.



Dos cuentos de HUGO LINDO



HUGO Lindo, salvadoreño, escritor, abogado, diplomático, poeta, tiene cuarenta y dos años. En Chile, donde fuera embajador de su país, y en Colombia, donde lo es actualmente, conocen bien su buen estilo e influencia personal en la literatura y en la diplomacia. Cerca de quince premios se han otorgado a su obra, bien a libros poéticos o de narraciones, y entre ellos se cuentan algunos de categoría internacional. Es miembro de número de la Academia Salvadoreña de la Lengua y correspondiente de la Chilena.

ABAJO Y ARRIBA

ABAJO...

¡EL pobre viejo!...—dijo Crispín guiñando un ojo.

Nicolás se hizo el desentendido, y apuró el paso con el propósito de apartarse un poco de aquel malicioso compañero. Crispín, con frecuencia inoportuno, quizás nunca lo fuera tanto como en ese momento. No es cosa de burlarse del que va en el cajón, precisamente cuando se le acompaña por última vez. Aunque en el caso—Nicolás tenía que reconocerlo—sí había motivo para sonreír, un poco piadosamente, de la suerte del difunto.

Don Anselmo había sido el más antiguo de los empleados de la Administración de Rentas. Desde que llegó a San Salvador, y ya ni él recordaba la fecha precisa, fué a parar a esos amplios predios en donde se levantan las destilerías y el fisco vigila con mil ojos, litro a litro, centavo a centavo, sus rentas alcohólicas.

Le dieron el puesto de guardián porque no bebía. Era difícil, en verdad, encontrar empleados con suficiente sentido de responsabilidad como para vivir entre vapores incitantes, caldos y fermentos sin caer en pecado...

El caso de don Anselmo era ejemplar. Era abstemio por razones religiosas. Oriundo de Santa María Ostuma, en el Departamento de La Paz, población en donde la prédica protestante lograra generosa cosecha de prosélitos, había aprendido desde su juventud a gobernar todo impulso que pudiera apartarlo de los caminos del Señor. Ajustó así su vida a los más rigurosos principios morales, de los cuales no se permitía siquiera una levísima desviación. En este punto, los Pastores habían sabido inculcar en las gentes, de tanto insistir en ella, la noción de que los evangelistas estaban en minoría, y que, por tanto, sus acciones eran más visibles y notorias que las de los católicos. Ellos debían dar el ejemplo de virtud: predicar con sus actos...

¿Mentir?... ¡Ni por asomo!... ¿Beber?... Don Anselmo no quería verse más tarde condenado a los fuegos eternos, quizás alimentados por inmensos depósitos de alcohol, por mancillar su cuerpo, «Templo del Dios vivo», como decía la Escritura, con esas químicas diabólicas que ahora le tocaba vigilar...

Crispín siempre lo llamó «pobre viejo», y Nicolás estuvo de acuerdo con él más de una vez, cuando entre ambos se empinaban alguna botella de «guaro» fuera de inventario...

Pero ahora no. Ahora que el «pobre viejo» iba metido en el coche fúnebre... Sin duda, Crispín había perdido el sentido de las circunstancias, si alguna vez lo tuviera... Aunque no se podía negar que el asunto tenía su gracia. Una gracia macabra.

La última vez que don Anselmo asistiera a su trabajo, alicaído, con fuertes dolores al hígado, se habían burlado de él, por fuerza de la costumbre:

—Lo que le hace falta, viejo, es un «mechazo»...

—Sólo el «guaro» quita la «goma»...

Sabían perfectamente que no podía ser «goma»; que esos malestares, hijos legítimos de la borrachera, no se conquistaban sino con un esfuerzo que don Anselmo no realizaba jamás.

Pero él sonreía, a pesar de su dolor. Era la suya una sonrisa triste, perdonadora, desalentada. Sabía—o al menos presentía—que esos malestares significaban algo más serio e importante que muchos otros achaques.

—Ya estoy viejo de veras... Este dolor parece que...

—Si se echara el «cañazo», ya vería cómo es de bueno...

Eran las bromas de siempre. Había que celebrarlas como siempre.

Pero hacia el mediodía, cuando el sol reverberaba sobre los blancos patios de arenisca, y el calor daba la impresión de que de un momento a otro iba a incendiar los tufosos vapores que envuelven a los edificios de la Administración de Rentas, ya el pobre don Anselmo no pudo con su humanidad, y tanto Crispín como Nicolás advirtieron la necesidad de hacer algo.

Socarrones, sí, pero buenos amigos y compañeros, lo llevaron a casa. Vivía pobremente, en el barrio de San Jacinto, con su mujer, Elvira, flaca, añosa, de sarmentosos miembros, y con la hija, una muchacha paliducha, de tísico misticismo, que no usaba colorete ni aderezo alguno.

—Viene sintiéndose mal...

—¡A ver!... ¿Qué tenés?...

—Aquí... unas puntadas... Y una falta de ánimo...

El dueño de una de las más ricas empresas licoreras distinguía al viejo Anselmo con su respeto y su cariño. Al sólo enterarse de su estado de salud, le envió un buen médico, y le indicó que no debía preocuparse por los gastos de su enfermedad. Los remedios, inclusive, correrían por cuenta del benefactor.

El doctor preguntó, palpó, frunció el ceño. Volvió a preguntar, tomó la presión arterial, gruñó:

La Elvira preguntó inquieta:

—¿Es algo grave, doctor?...

—No sé; habrá que tenerlo en observación...

A los tres días, el médico vió derrumbarse violenta y sorpresivamente todo el afecto esperanzado con que lo habían recibido las mujeres. Fué cuando expresó su diagnóstico.

El enfermo ya no estaba en condiciones de rechazarlo.

Pero la Elvira lo hizo con violencia, y la hija con fiereza:

—¿Cómo se atreve a insultar de esa manera a un pobre enfermo?... ¡Ya quisiera usted haber llevado una vida tan virtuosa como la suya!...

El médico tuvo que salir de allí, de mala manera. Humillado y contrito. Y, naturalmente, se dirigió al benefactor:

—¡Vea usted en la que me ha metido!...

Al imponerse del caso, el benefactor rió de buena gana:
—¡Qué quiere usted!... ¡Así son estas buenas gentes!...
Y luego ofreció al médico una copita de su mejor aguardiente, «para que pasara el mal rato», según le dijo.
—Bueno... Lo grave es que ese pobre viejo se va a morir sin asistencia médica...
—Entre nos, mi amigo; haciendo a un lado el incidente y hablándole sólo desde el punto de vista profesional... ¡No hace falta!... Ya no hay médico que pueda...
—¿Es caso perdido?
—Totalmente. Otro doctor sólo serviría para calmar un poco el estado de ánimo de las mujeres...
Rió nuevamente el benefactor:
—Y eso, si no se le ocurre diagnosticar en voz alta...
Al morir don Anselmo, todo estaba listo para la autopsia, pues el doctor la había exigido con el propósito de ratificar su veredicto.
Y el dictamen era exacto.
Por eso mismo, porque tenía certeza, no había querido hacerla él mismo, sino sólo presenciarla, sin emitir opiniones ni inclinar pareceres.
Lo que ocurría era que aquella gente, no por bondadosa menos ignorante, jamás había oído hablar de la ósmosis. Y la cirrosis alcohólica se había producido así, osmóticamente, de tanto que don Anselmo viviera entre vapores etílicos... Los vahos habían ido penetrando por su piel, cuyos poros se abrían más con la fuerza de los calores cenitales, como diminutas e innumerables bocas sedientas de «guaro», ávidas de una pagana y eterna embriaguez, como aquella de Noé a la cual se refería el Génesis: «...Y bebió del vino, y se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda...»
Los muchachos supieron del diagnóstico por boca de la paliducha, y si bien lograron guardar inicialmente la compostura, era inevitable que más tarde, a las horas del ocio obligado, en los corredores de la Administración de Rentas, comentaran regocijadamente el asunto:
—¡Morir borracho...—dijo Crispín—sin haber hecho nada de su parte!...
Y Nicolás, más filósofo y agudo:
—Sin gozarlo ni merecerlo...
Enfilaron, por la entrada de La Ceiba, al antiguo cementerio. Había allí dos entierros más, ambos de lujo. Los asistentes al de don Anselmo vieron a los otros con envidia. No por la pompa y vanidad, que al cabo los difuntos, ricos y pobres, serían aniquilados de igual modo... Sino por el hecho de que a ellos todavía les correspondía continuar más allá, mucho más allá, bajo ese sol sin paliativos, hasta llegar a los cuadros de La Bermeja, luego de cruzado el puentecillo estrecho que establece las mortuorias clases sociales...
—¡Qué calor!...
—¡Endemoniado!...
Adelante iba la Elvira, con entereza. Gimoteaba a ratos la hija. Todos llevaban el paso tardo de las circunstancias, y entre el rezongo de las conversaciones en voz baja, escuchábase una cantidad de rumores secos: hojitas pisadas, terrones crujientes, desgajadas ramas de ciprés.



Lo último que Nicolás, Crispín, la Elvira, la paliducha y los pocos acompañantes oyeron fué la queja desagradable del ataúd.
Luego fué un regresar en silencio.

...Y ARRIBA

Mas no ocurrió lo mismo para don Anselmo.
A poco, golpeaba con los nudillos en el inmenso y riquísimo portón, cuyo grosor apagaba las pisadas que pudiera haber del otro lado.
Todo era allí lentísimo.
¿Vendría alguien?... Mal podría saberse. Tornó a llamar, y los nudillos provocaron un ruido sordo en los áureos paneles.
Por fin—¡por fin!—, escuchó el inconfundible tintineo de un mazo de llaves, y la puerta fué abriéndose lenta, solemnemente.
La barbada figura le era familiar.
Los católicos, aficionados a imágenes, solían presentar ésta con bastante exactitud: el trazo judío de la nariz, como un tajo que separase las dos vertientes fluviales de la barba enmarañada y espumosa; los ojos, chicos y como cansados; los pies, metidos en correosas y levísimas sandalias.
—¡A ver!... ¿Tu nombre?...
—Anselmo.
—¿Procedente de...?
Hizo el anciano un evidente esfuerzo de localización mental.
—De San Salvador.
—¡Ah, sí!... ¡De El Salvador, en Centroamérica!... ¿Serás católico, por supuesto?...
—No, señor. Protestante.
—Hmmm...
Echando un poco hacia atrás el mazo de llaves, que le estorbaba la cintura, tomó los papeles que don Anselmo le tendía. Empezó a revisarlos con notarial minucia:
—Entiendo que ustedes no fuman, ni beben...
—Sería mancillar el Templo del Señor...
—Tampoco mienten...
—Procuramos sujetarnos a la verdad, porque ya está escrito: «No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano...»
Don Anselmo se sintió traspasado por una mirada profundísima, que trataba de hurgar sus secretos más íntimos. Y escuchó:
—Sin embargo, parece que ahora has mentido...
—¿Yo?
—Sí; al decir que no bebías... No es fácil engañar a un viejo más viejo que tú. Pareces olvidarte de que yo soy eterno...
—«No jurarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano...» Le juro que...
El de la hirsuta barba se caló unos anteojos de muy gruesas lentes, y analizó más detenidamente los papeles:
—¡A ver!... ¡A ver!... ¡No; no me he equivocado!
Con vehemencia y rapidez, don Anselmo protestó:
—¡Yo no he mentido!



Y el otro, apuntando sobre la boleta de defunción con un dedote grueso y lleno de ensortijadas canas:

—Aquí, si yo sé leer, dice: «Cirrosis alcohólica.» ¿No es cierto?

—Sí. Así dice.

—¡A ver!... Echame el aliento...

Y don Anselmo soltó en el venerable rostro una vaharada tal, que era casi como instalar la Administración de Rentas de San Salvador a las puertas mismas del Paraíso.

Entonces el venerable rostro se congestionó súbitamente. Pareció que le iba a dar una apoplejía. Tinto como una betarraga, el de las barbas fluviales estalló:

—¡Borracho y mentiroso!... ¡Ahora mismo te vas para abajo!...

—¡Pero señor...!

—¡No hay «pero» que valga!...

Don Anselmo revisó con rapidez las páginas de su Biblia. Las tenía todas en la cabeza. Un chispazo le indicó que lo más oportuno sería buscar su defensa en los proverbios. Y allí encontró lo que necesitaba. Procurando engolar la voz, a modo de darle una eficacia dramática, recitó:

—«Misericordia y verdad no te desamparen... Atalas a tu cuello... Escríbelas en la tabla de tu corazón...»

El sortilegio se operó ante sus ojos. Fué notorio como el interlocutor abajó sus iras y llegó a vacilar de la justicia de su veredicto.

—¿Ya leyó aquí?...

—¡A ver!... ¡A ver!... ¿Y esto qué significa?...

—Yo no lo sé.

—Ni yo tampoco.

Pero ya el interlocutor estaba temeroso de cometer, por inflexibilidad, un error tan grave como irreparable.

—Espérame aquí—le ordenó.

Y don Anselmo tuvo que permanecer a la puerta durante un rato casi eterno, mientras los ojos chicos y cegatones del portero revisaban, allá, dentro, el voluminoso diccionario:

—Osífraga... Osífrago... Osmanlí... Osmazomo... Osmio... Osmosis...

NOMBRE Y OLOR

CUANDO Recaredo advirtió que por el corredor venía el abogado Hipólito Castro, pensó con rapidez: «Una de dos: o me callo y suscito en él una suspicacia tal que me pueda considerar como un pícaro, o sigo hablando a riesgo de que me tome por tonto.» Optó por lo segundo.

Eran amigos desde la época estudiantil. Pero ahora las circunstancias recomendaban cautela. El debía estar a cubierto de sospechas y al amparo de chismes. Porque en su tribunal se ventilaba el juicio que más agitara por aquellos días la opinión pública, y en torno al proceso había toda clase de influencias, triquiñuelas, ardides, recomendaciones, intereses... Recaredo había recibido ya muchas cartas anónimas amenazándolo a muerte, y aunque no era muy medroso, sabía que el peligro era real. Era notorio que las cartas venían unas veces de un lado y otras del otro.

Saludó al recién llegado:

—¿Cómo te va?

—¿Hablaban del juicio?...

Era precisamente la sospecha que Recaredo trataba de evitar.

—No; prefiero no hablar de los procesos importantes con los otros jueces. Puede haber influencias, y no son deseables... En estos momentos comenzaba a contar a Manuel lo que anoche nos ocurrió en casa a mi mujer y a mí...

Manuel Silva Yépez, el otro juez, era joven y muy inteligente. Quizá el más inteligente y joven de los tres. Mas tenía un talante aviejado, que delataba su afición excesiva al desvelo y al trago. Se mantenía en pie dificultosamente. Acababa de salir de una larga enfermedad a las piernas, que el médico señaló como una avitaminosis. Preguntó:

—¿El cuento es largo?

—No mucho.

—En todo caso, sería mejor que nos sentáramos...

Lo hicieron en una banca verde, dura, situada en el extremo poniente del corredor. Desde ahí, hacia abajo, veíase la pequeña plaza de Sonsonate, en donde los cocoteros se agitaban apenas, como sacudiéndose el calor. Soplaba brisa, ciertamente, pero no refrescaba. Si se tendía la mirada, desde aquel segundo piso podía columbrarse toda la parte céntrica de la ciudad: las calles todavía empedradas, el trajín no muy febril de las gentes, las casas de un solo piso, españolas, grandes y pueblerinas. En verdad, era sitio grato para una plática de recreo.

—Puen bien... Ocurrió que me había llevado unos juicios a casa, porque, como a ustedes les consta, en el tribunal es poco lo que se puede trabajar mentalmente, con tanta interrupción. Comimos temprano, y cuando mi mujer acostaba a los niños, me fuí al comedor, ya que no tengo escritorio... ¿Tú conoces el comedor de mi casa?

La pregunta iba dirigida a Hipólito Castro, porque Recaredo había evitado estrechar relaciones sociales en el lugar, ya que todo el mundo, directa o indirectamente, estaba interesado en el juicio importante. Casi sólo se relacionaba con los otros jueces. El doctor Castro respondió:

—Sí; yo viví en ella antes de que tú vinieras aquí.

—¡Ah!... Entonces preparé unas cuantas resoluciones de rutina: «Como lo pide...»; «Sobre la solicitud anterior, óigase a la parte contraria...» Cuando entré en mejor ánimo de trabajo, me atreví con un grueso expediente que ya estaba para sentencia definitiva. Mi mujer volvía de acostar a los muchachos, y, como de costumbre, me preguntó: «¿Puedo ayudarte en algo?» Amelia tiene buena letra y magnífica ortografía. Yo me canso de escribir a mano. Soy para eso bastante haragán. Así que hemos tomado una costumbre que nos favorece a ambos, por cuanto ella no tendría sino que aburrirse o irse a la cama temprano; me sirve de escribiente. Yo voy revisando folio a folio los legajos, y dictándole toda la parte expositiva. Es muy cómodo, y pone de una vez en orden el material de especulación: «... la muerte del occiso se comprobó plenamente con la certificación de la partida de deceso, a folios tantos, y con el dictamen médico-legal, de folios cuantos, que a la letra dice..., etc.» De esta manera espigo todos los fundamentos probatorios del cuerpo del delito y de la delincuencia del procesado. Cuando eso está listo, concluye el papel de mi mujer, y empieza mi verdadero trabajo. Lo releo íntegramente. Ato cabos. Consulto mis códigos. Medito. Resuelvo...

—¡Magnífica idea!—interrumpió el juez Silva Yépez—. Me parece que yo también la voy a poner en práctica.

—Pues hombre... Como afirmaba, deja el material de una vez en orden. Y ya sólo eso aclara bastante el panorama...

El doctor Hipólito Castro echó una mirada a su reloj, lo que Recaredo interpretó como un signo de impaciencia.

—Pues bien—continuó—. Anoche estábamos en eso. Un delito vulgar, de esos frecuentes en la zona. Un indio macheteado. La causa de siempre: reyerta de borrachos. Ustedes saben cómo trabaja uno ya estas cosas: ni siquiera se conmueve ante el horror que humanamente representan. El papel del juez es como el del contador: clasifica las partidas y hace el balance final. Todo está ya en los códigos medido y pesado. Concluye uno por manosear nombres propios y situaciones comunes como si no fuesen más que los términos de una fría ecuación matemática.

—Cierto...

—De modo que no había nada de excepcional. El muerto se llamaba Juan Tepas. Nunca se borrará este nombre de mi memoria...

—Lo tuviste que dictar muchas veces...

—Sí, pero también he tenido que dictar o escribir muchas veces otros nombres que ya se me olvidaron... No sé quién de los dos, si mi mujer o yo, notó primero el fenómeno. Pero el caso es que cada vez que yo dictaba el nombre, Juan Tepas, ocurría algo extraño. Y como el occiso aparecía citado a cada instante, Amelia y yo nos fuimos poniendo algo nerviosos. No dije nada. Logré dominar mi zozobra, atisbando, sí, los gestos de mi mujer. Como a la quinta o sexta vez ella abandonó bruscamente la pluma y apretó con fuerza mi mano derecha, yo comprendí que ella también estaba percibiendo lo mismo, y ya no pude disimular: «¿Sentiste?» «Sí.» No hubo más que decir. Lo que ocurría a cada mención, como fenómeno fugaz, se convirtió, con sólo aludirlo, en permanente. El comedor íntegro, el pasadizo a que conducía la puerta principal, el patio, la casa toda, se llenó de un olor inconfun-

dible: el de velorio. Ese aroma que es mezcla de azucenas marchitas, de pabilo, de cortinaje, de ciprés... La cosa no tenía explicación. Y era tan ostensible, que ya nos sofocaba...

Hipólito Castro sonrió, socarrón:

—¡No le busques tres pies al gato, hombre!... ¡Habría algún velorio por el vecindario!...

Recaredo no se inmutó:

—Tratando de calmar nuestros muy excitados nervios, decidimos salir de casa y pasearnos por la acera. Así respiraríamos aire puro. Y lo hicimos. Comentando el caso, por supuesto... Amelia no es una mujer de aspavientos. Ustedes la conocen (tú no tanto, Hipólito). Es equilibrada. Más bien tranquila. Pero se hallaba estupefacta y afligida. Ibamos, pues, y volvíamos, íbamos y volvíamos por la acera del frente. De pronto desembocó por la esquina un hombre a caballo, ostensiblemente armado. Ya eran como las once de la noche, y en la soledad de la hora sólo nosotros tres... Ustedes comprenderán que por poco miedoso que uno sea, si ha recibido varias cartas de amenaza, si tiene en sus manos un juicio del calibre del que yo tengo, y si además acaba de pasar por una experiencia tan rara, no está muy sereno... Me dió mala espina aquel tipo. Pero traté de disimular mi inquietud para no alarmar a mi mujer. Continuamos a paso lento. Cuando el jinete alcanzó el sitio en donde estábamos, dió una brusca media vuelta, que me sobresaltó. Parece que la bestia caracoleó o se le puso arisca; yo no sé. Me llevé con rapidez la mano al cinto y desenfundé el revólver, a la espera de que algo ocurriese. Nada pasó. El hecho de que el hombre continuara su camino sin perturbar me indicó que mis sospechas eran infundadas. Entonces decidimos volver a entrar en casa, allanándonos al desagradable aroma mortuorio. Tuvimos que tomar pastillas para dormir...

—¡Qué raro!—comentó escuetamente el otro juez.

—Sí... Y esta mañana, conversando sobre los incidentes de anoche, advertimos Amelia y yo otra cosa más extraña: que a pesar de que el jinete se nos apareó, nosotros no escuchamos un solo instante el tamborileo de los cascos sobre el empedrado, ni encontramos natural la forma en que la doble figura desapareció, fundiéndose en la sombra... Porque no dobló al llegar a la esquina, ni se le pudo seguir con los ojos más que un breve trecho...

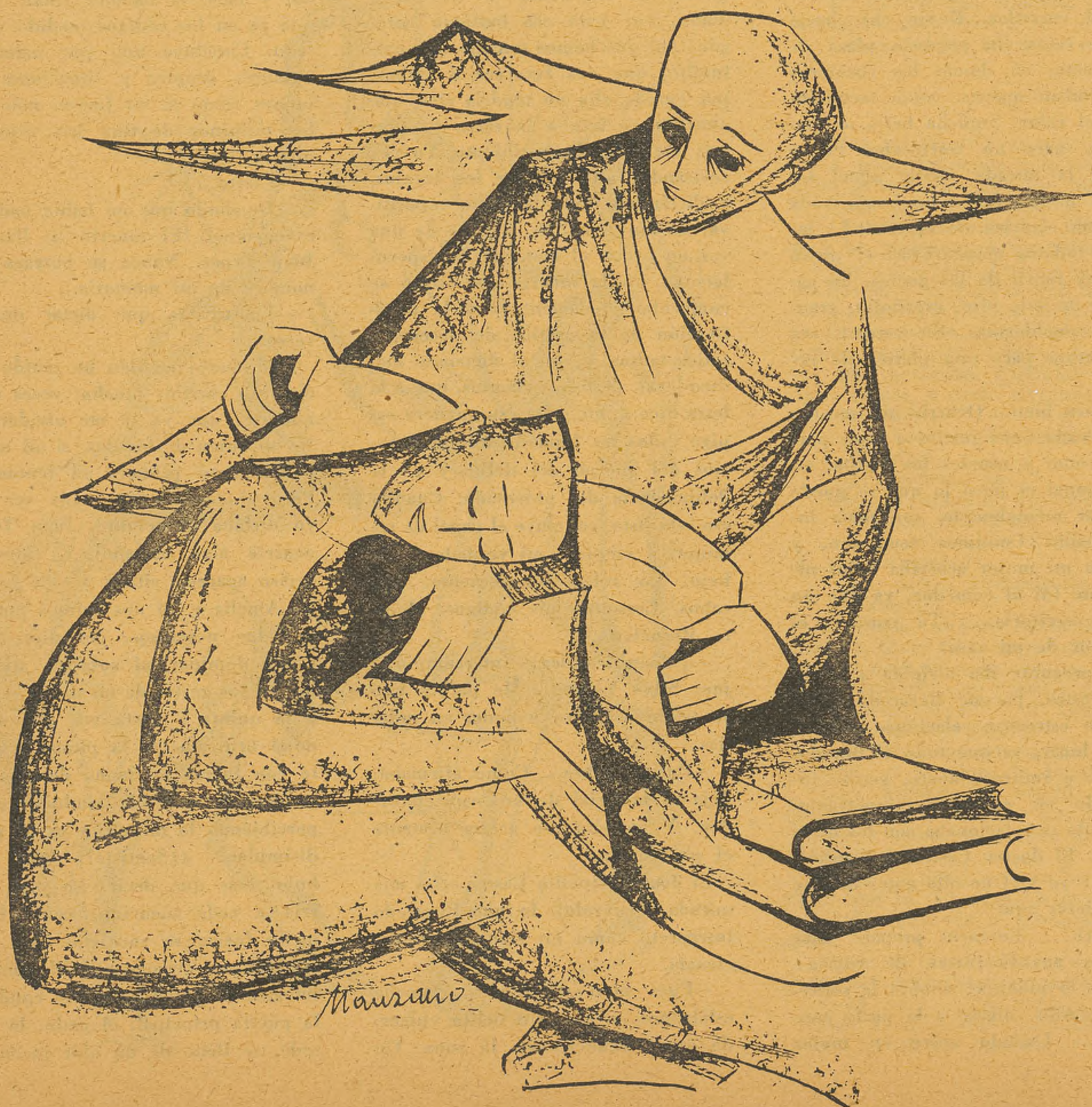
El viento jugueteaba ahora más fuertemente con las hojas de los cocoteros, y se allegaba hasta el corredor en que el abogado y los dos funcionarios judiciales se ponían de pie. Era la una de la tarde.

—Advierto—objetó Hipólito—que te hallabas bajo un estado nervioso un tanto... Porque la cosa no es tan rara: ahora que recuerdo, sí había un velorio cerca de tu casa.

—¿Sí?... ¿Dónde?

—Como a cinco o seis cuadras, del lado norte...





Desde el ancho corredor señaló el rumbo casi exacto.

—Mira, Hipólito: ni así me convenzo... Anoche no sopló brisa. Mi comedor está encerrado, formando una especie de martillo con los corredores, en donde a los comienzos no se sentía nada. Recuerda que sólo se manifestaba el fenómeno cuando mencionábamos a Juan Tepas... Además, la distancia es muy grande. De modo que el perfume tendría que haber venido casi conscientemente y a paso lento, dando vueltas por aquí, torciendo por allá, hasta dar con el sitio en donde Amelia y yo mencionábamos al occiso...

—Un asunto nervioso...

—Curioso que los nervios nos hubiesen atacado a los dos, simultáneamente y en la misma forma...

—¿Pero era efectivamente olor de velorio?—preguntó el otro juez, poniendo énfasis en las últimas dos palabras, al tiempo que se sobaba la antepierna derecha.

—Inconfundible, como les afirmé; era un olor de ciprés, de nardo, de... ¡Un olor como éste!...

Era como si a los pies de los tres juristas, frente a la plaza, en un segundo piso, con fuerte viento, hubiese estallado una bomba de aromas tristes e inquietantes.

Los hombres se volvieron a ver, asombrados. Ni se despidieron. Pasada la parálisis de la sorpresa, corrieron hacia los escalones.

Por eso el de Juan Tepas es un nombre que se puede escribir, pero no debe pronunciarse en voz alta.

